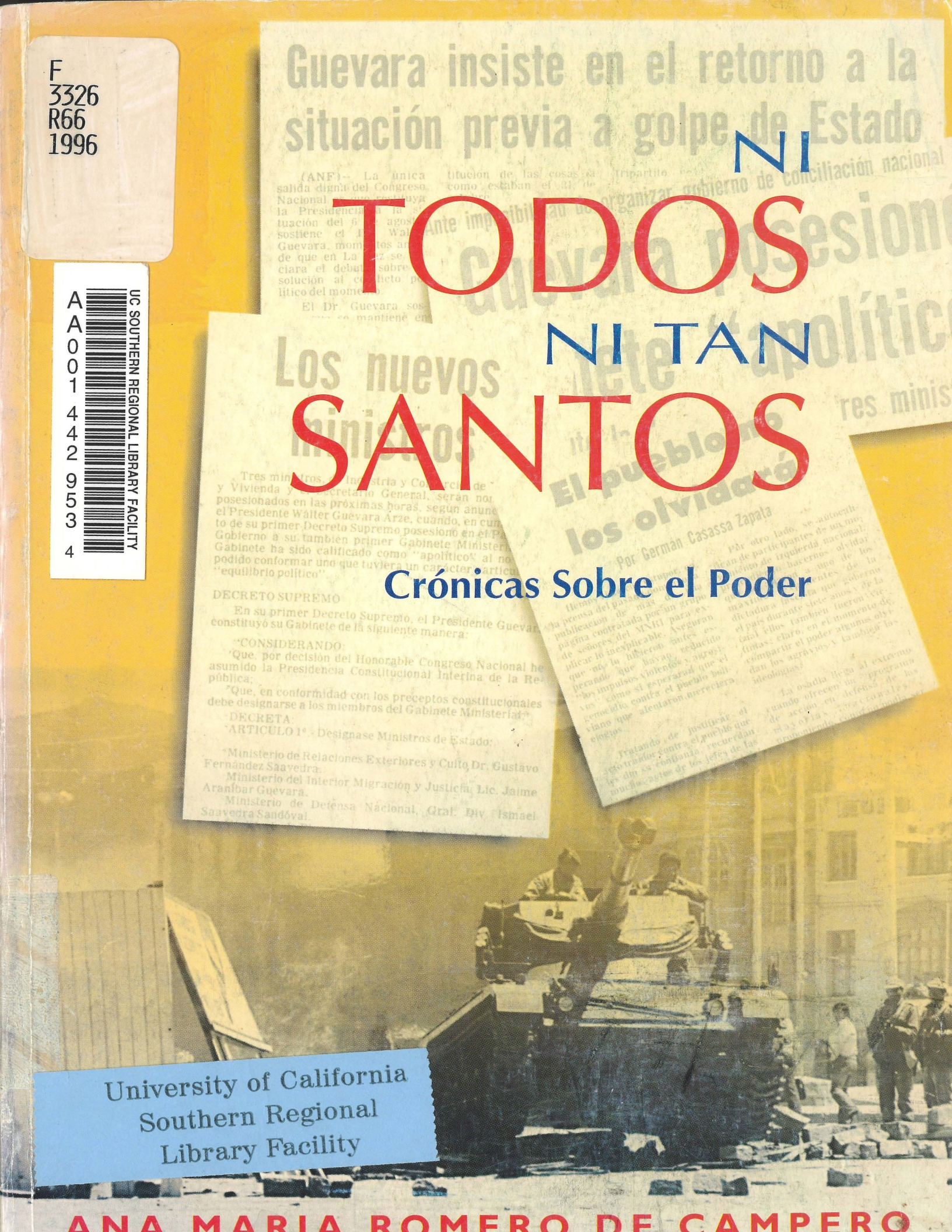
F
3326
R66
1996

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A A 0 0 1 4 4 2 9 5 3 4

NI TODOS NI TAN SANTOS

Crónicas Sobre el Poder



University of California
Southern Regional
Library Facility

ANA MARIA ROMERO DE CAMPERO

Ni Todos

ni tan Santos

Crónicas sobre el poder

ANA MARIA ROMERO DE CAMPERO

Diseño gráfico y de portada:
Natalia Campero Romero

Foto portada Freddy Alborta
Foto contraportada Jaime Cisneros

Copyright 1996:
Ana María Romero de Campero
Casilla # 135
La Paz, Bolivia

Depósito Legal: 4-1-635-96
Impreso en EDOBOL
Bolivia

A Nano,
compañero
de toda una vida

Mi homenaje
a los héroes
anónimos de la
democracia.

Indice

Prólogo 7

El contexto histórico

Resultado de las elecciones 1979 13
Cronología del empantamiento. 14
La presidencia para Guevara. 24
La primera crisis del régimen. 29

Las crónicas

En la otra orilla. 37
El gobierno por dentro. 45
Los factores de poder 51
Entre el pasado y el porvenir 59
La OEA: termómetro para una democracia 65
Yo quiero un mar. 73
En la cuerda floja 81
Golpe en la madrugada 93
Un gesto para la historia 111
Mantener la legalidad 117
SOS a América 123
Gobiernos paralelos 125
Paréntesis fatal 131
Noviembre negro. 137

Un poema como epílogo 145
Bibliografía 147
Glosario de términos 148
Agradecimientos 149

A manera de Prólogo

Las crónicas que siguen fueron escritas en diciembre de 1979, días después de concluído ese dramático episodio de nuestra historia que fue el golpe de Todos Santos. No las hice públicas antes porque las consideraba incompletas y, además, la dinámica de mi profesión no me dio la tregua necesaria para dedicarme a la tarea laboriosa de editar un libro. La aparición reciente de una obra, en la que uno de los golpistas intenta justificar lo injustificable, me llevó a la conclusión de que era imprescindible hacer pública esta parte de la historia que estaba inédita.

Luego de haber contrastado la versión original con una minuciosa investigación en la hemeroteca de la Universidad Mayor de San Andrés y otras fuentes documentales, añadí poco a lo que ya estaba escrito pues considero que el interés de este libro radica en su carácter testimonial. No pretende hacer un recuento exhaustivo de las acciones del primer gobierno civil que tuvo el país en tres lustros, pero sí recuperar algunos momentos importantes de la génesis democrática. Su intención es la de compartir con los lectores, las vivencias de una joven periodista que al aceptar una función pública se vio envuelta en una serie de sucesos insospechados. Las crónicas revelan su mirada, entre ingenua y azorada, al mundo de la política.

Como en un microcosmos, el lector reconocerá en las páginas que siguen, una serie de elementos que han sido determinantes en el proceso de democratización del país. Muchos siguen presentes en la vida política nacional, otros han sido felizmente superados.

El ciclo militar - de cuyas responsabilidades no estuvieron exentas varias agrupaciones políticas - retrasó la aparición de un liderazgo de recambio. Y algo más grave aún. Permitió que retornara y se instalara en la naciente democracia, un estilo de hacer política que ha probado ser muy negativo. Con pocas y notables excepciones, no es exagerado decir que el golpe de Todos Santos fue una síntesis dramática en la que se exhibieron las carencias que aún hoy afligen a la llamada clase política.

Pese a que nuevas generaciones pugnaban por tener un espacio en esa democracia que se abría tímidamente, el país se vio atrapado en la reaparición de pleitos de la década de los 60 que no habían sido zanjados entre los líderes históricos del MNR. En una mirada de largo plazo se percibe la falta de visión de algunos dirigentes de ese partido, su apuesta a la coyuntura y la supeditación de los intereses de la colectividad a su disputa por el poder.

Es evidente que el advenimiento del primer gobierno civil luego de un ciclo de regímenes militares, no se produjo en el vacío. En el plano continental se vivía la agonía de los regímenes militares apoyados en la doctrina de seguridad nacional alentada por el Pentágono, que había sido reemplazada por un nuevo elemento de la Guerra Fría: la política de los derechos humanos del presidente norteamericano Jimmy Carter. Visto dentro de ese marco, el proceso político boliviano tenía un ingrediente que no todos supieron percibir. Está claro que la IX Asamblea General de la OEA y el golpe de 1979 fueron algunos de los muchos escenarios, unas veces subterráneos y otros explícitos, en los que ambas concepciones se enfrentaron en la América Latina.

Estas crónicas revelan pormenores de la preparación de la primera Asamblea General de la OEA que tuvo lugar en el país y que concluyó con un apoyo contundente a la causa marítima boliviana. Es ciertamente dramático comprobar que mientras el gobierno libraba esa batalla diplomática trascendental, debió estar todo el tiempo cuidándose las espaldas.

No cabe duda que uno de los detonantes de la resistencia, fue la indignación del pueblo ante esa falta de tino. Pero, sobre todo, fue el deseo del país de dar inicio a un tiempo distinto del que estuvieran ausentes el autoritarismo militar y la corrupción política.

La derrota de Natusch fue posible gracias a la acción de las masas y también a la lúcida actuación del periodismo nacional. Pero, como ha ocurrido otras veces en nuestras historia, ese pueblo que se inmoló por la democracia e hizo retroceder a los tanques, no encontró eco en la dirigencia política. Lo que se ganó en las calles fue tranzado en la mesa de negociaciones.

Aquellas jornadas que René Zavaleta bautizó como "un abril en noviembre" por la espontaneidad y la fuerza que expresó el pueblo para defender el ideal todavía difuso de la democracia, marcaron el principio del fin de una

época. El mundo ha cambiado radicalmente en la última década y media transcurrida y, en muchos sentidos, también lo ha hecho el país. Precisamente por eso, lo ocurrido el 79 queda como un hito importante para una generación que se empeñó en construir la democracia y que protagonizó una denodada lucha por la libertad, en un tiempo en que el pragmatismo era una palabra desconocida y las utopías sociales se agitaban frescas y con promesas de mejores días para los bolivianos. Mucho se ha perdido y se ha ganado desde entonces.

Ojalá que esta mirada al pasado, que entremezcla temas del acontecer público con otros de la vida cotidiana, sirva para recuperar la memoria sobre un importante período de nuestra historia, para discernir sobre las enseñanzas que nos deja y, sobre todo, para valorar esta democracia a la que los bolivianos han contribuído con tanto sacrificio e ilusión.

LA AUTORA

El contexto histórico

Tres notas periodísticas sirven para situar el momento y los personajes

Resultado de las elecciones 1979

El domingo 1 de julio de 1979 con una participación del 88.57% de los electores inscritos y estrenando la papeleta multicolor y multisigno, se llevaron a cabo elecciones generales en Bolivia. Las celebradas un año antes habían sido anuladas por fraude.

El país pugnaba por salir de un ciclo de regímenes militares. A ello contribuían el desgaste de las Fuerzas Armadas tras quince años en función de poder y una corriente democratizadora anclada fuertemente en el pueblo boliviano.

Los cómputos oficiales emitidos por la Corte Nacional Electoral - luego de un interminable proceso de denuncias de fraude, impugnación de mesas y anulación de votos - estableció los siguientes resultados: el Frente de Unidad Democrática y Popular (UDP) de Siles Zuazo en el primer puesto con 528.696 votos, equivalentes al 31.22% del total, la Alianza del Movimiento Nacionalista Revolucionario (AMNR) de Paz Estenssoro que obtuvo 527.184 votos, equivalentes al 31.13%, en tanto que el tercer lugar correspondió a la Alianza Democrática Nacionalista (ADN) de Banzer Suárez, con 218.587 votos, equivalentes al 12.90%. La AMNR logró un mayor número de escaños parlamentarios pues ganó en siete de los nueve departamentos del país.

Configuración del Congreso de 1979:

Partidos	Senadores	Diputados	Total
AMNR	16	48	64
UDP	8	38	46
ADN	3	19	22
APIN	–	5	5
PS-1	–	5	5
PUB	–	1	1
Total General	**27**	**117**	**144**

Lo que ocurrió en el Congreso

Este documento periodístico narra, minuto a minuto, las incidencias de las sesiones congresales que fueron transmitidas a todo el país por el canal estatal de televisión.

Cronología del empantamiento

Miércoles 1 de agosto

15:00 El Ministro del Interior, coronel Raúl López Leytón, hace entrega de las instalaciones del Palacio Legislativo a los Honorables (HH) senadores y diputados elegidos en las pasadas elecciones del 1 de julio.

15:53 Se declara cuarto intermedio.

16:07 Se reinstala la sesión de la Cámara de Diputados. La UDP solicita que antes de pasar a la elección del Presidente Ad Hoc, se permita el ingreso de la barra. La solicitud es rechazada por la Alianza del Movimiento Nacionalista Revolucionario (AMNR), pero, finalmente y "para no dilatar las sesiones" accede al pedido de la UDP. Antes del ingreso de la barra, la AMNR propone como presidente de la Cámara al H. José Fellman Velarde y la UDP al H. Hernán Melgar Justiniano.

16:17 Ingresa la barra que interfiere el desarrollo de la sesión.

16:20 La Alianza Democrática Nacionalista (ADN) abandona la sesión por el bullicio existente.

16:40 La UDP y la AMNR también se retiran del hemiciclo.

16:45 El Presidente declara otro cuarto intermedio, en cuyo lapso la policía, en la plaza Murillo, dispersa a militantes de la UDP y de la AMNR concentrados en ese lugar.

18:00 Se reinstala la sesión. La UDP protesta por la actitud de la policía. Se pasa a discutir sobre la elección de la Mesa Directiva Ad Hoc. La AMNR propone que sea por simple mayoría, mientras que la UDP exige la mayoría absoluta, optándose, por último, por la mayoría absoluta.

19:32 Se realiza la primera votación para elegir al Presidente Ad Hoc. Ninguno de los candidatos alcanza la mayoría absoluta.

19:41 Se declara el tercer cuarto intermedio.

20:08 La sesión se reinicia. Nueva votación con resultado similar al anterior.

20:30 Se declara un cuarto intermedio.

20:57 Abierta la sesión. Se vota con igual resultado.

21:00 Se declara otro cuarto intermedio (el 5o.) a solicitud de la AMNR.

21:15 Nueva votación. Sale elegido Presidente Ad Hoc de la Cámara de Diputados el H. David Añez Pedraza por mayoría absoluta (71 votos), Fellman Velarde queda con 1 y Melgar Justiniano con 36 votos.

21:30 Se declara cuarto intermedio (el 6o.) para que los HH. se pongan de acuerdo para la elección de los secretarios.

21:37 Reinstalada la sesión. La AMNR propone a Oscar Bonifaz Gutiérrez y Javier Campero Paz. No existiendo otros candidatos, se realiza el escrutinio, obteniendo los nominados, la mayoría absoluta. AMNR, ADN, APIN piden cuarto intermedio, frente a la negativa de la UDP, del Partido Socialista -1 (PS-1) y del Movimiento Indio Tupaj Katari (MITKA).

22:13 Se declara cuarto intermedio (el 7o. del día).

22:25 Reinstalada la sesión, la AMNR propone, para la Comisión de Poderes, que calificará las credenciales de los diputados, a Miguel Ramírez (AMNR), Luis Saucedo (AMNR), Justiniano Ninavia (AMNR), Luis Fernando Valle (ADN) y José Mario Serrate Paz (APIN). La fórmula alcanza la mayoría absoluta, frente al voto en blanco o nulo de la UDP. Pasada la elección, la UDP dice que la fórmula se identifica con el otrora Frente Popular Nacionalista (Banzer, FSB, MNR).

23:10 Se levanta la sesión hasta las 15:00 del día siguiente.

Jueves 2 de agosto

15:58 Se reinstala la sesión. La AMNR rinde homenaje al Día del Indio. La UDP hace lo propio, pero es interferida por la barra.

16:45 Se declara el primer cuarto intermedio del día por la interferencia de la barra.

17:52 Se pide a la barra apaciguar sus ánimos, con la amenaza de suspender la sesión.

18:00 Se reinstala la sesión. La UDP pide el respeto al voto popular mayoritario. La ADN rinde homenaje al campesinado siendo interrumpida reiteradamente por la barra. El Presidente de la Cámara también rinde su homenaje al Día del Indio.

18:20 El relator de la Comisión de Poderes da lectura a un informe que reconoce a todos los diputados como tales, procediéndose, de inmediato, al juramento de rigor.

18:30 En la Cámara de Senadores se elige la Mesa Directiva, pese al abandono de las bancadas de la UDP y de la ADN, siendo elegidos, sólo en base a los votos de la AMNR, el H. Walter Guevara Arze como presidente, los HH. Leónidas Sánchez A. y Oscar Zamora M. como primer y segundo vicepresidentes respectivamente, y los HH. Benjamín Miguel H., Luis Añez y Víctor Quinteros como secretarios. Todos ellos de la AMNR.

18:42 La brigada de la ADN abandona las sesiones del Parlamento. Dice que no quiere "cohonestar, en segunda instancia, un proceso fraudulento y vergonzante para el espíritu cívico y la moral de la República".
Esta actitud provoca la amonestación del Presidente y una acusación, por parte del PS-1 en sentido de que la ADN está comprometida con un golpe de Estado que se estaría gestando en el Alto Mando Militar. El Presidente indica que se pasará según la orden del día, a la elección definitiva de la Mesa Directiva.

18:46 Se declara otro cuarto intermedio, en cuyo transcurso corre la noticia de un levantamiento en Santa Cruz, pero es desmentida por el H. Guillermo Capobianco (MIR/UDP).

19:40 Se reinstala la sesión, la AMNR solicita un cuarto intermedio hasta las 10:00 del día siguiente, mientras que la UDP pide que sea hasta las 15:00. El Presidente decide que será hasta las 10:00.

Viernes, 3 de agosto

10:30 No existe quórum reglamentario para la sesión.

10:34 Se declara cuarto intermedio hasta las 11:00.

10:56 Se pide comprobar el quórum. No existiendo el suficiente, se convoca a sesión para las 15:00.

12:00 El general Víctor Castillo Suárez, Jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, declara que "algunos parlamentarios (...) han convertido al Congreso en un circo" y que, si bien los mandos mantienen una posición de respeto a la Constitución Política del Estado (CPE), "si algo pudiera sobrepasar los límites de la tolerancia, deberemos tomar nuestro papel y poner orden en el país".

16:00 El general Hugo Banzer Suárez, candidato a la Presidencia de la República por ADN, denuncia la existencia de un golpe subversivo aprovechando el "empantanamiento" que sufre el Congreso, aclarando que su partido no participa en éste. Anuncia que ante esa situación ha invitado a Paz Estenssoro y Siles Zuazo a reunirse para encontrar alguna solución.

17:08 El general Ramón Azero Sanzetenea, Comandante del Ejército, desmiente las posibilidades de un golpe pues dice que "todo está en manos del Congreso".

19:10 Pese a la inexistencia de quórum, el presidente de la Cámara de Diputados decide otorgar la palabra a los asistentes a título de "tolerancia democrática". El PS-1 propone que la asamblea se declare en "gran comisión", lo que se acepta. La AMNR critica la ausencia de la UDP y de la ADN, acusándolas de provocar una crisis política de imprevisibles consecuencias. La UDP responde indicando que lo que sucede en el Congreso se debe a que no se quiere respetar la voluntad popular y que la viabilización de la democracia pasa por el respeto a esa voluntad popular y por la renuncia de Víctor Paz Estenssoro a su candidatura. Esto provoca el abandono de la sala por la AMNR. El PS-1 propone que el Congreso se pronuncie sobre las declaraciones de los generales Castillo y

Azero, haciendo respetar su constitucionalidad. El MITKA adelanta que no apoyará "ni a la izquierda ni a la derecha". Añez atribuye el empantanamiento del Parlamento a los 10 años de interrupción del ejercicio de la voluntad popular y suspende la sesión.

Sábado, 4 de agosto

10:00 En conferencia de prensa, la UDP informa que ha decidido reingresar a las sesiones para demostrar que el verdadero entrabador de la democracia es el Dr. Paz Estenssoro, quien "pretende lograr en el Parlamento lo que no ha conseguido en las urnas".

11:20 Se reinstala la sesión en Diputados con 98 parlamentarios presentes. La UDP desmiente la acusación de interrumpir el proceso democratizador y reitera el contenido de la conferencia de prensa.
La AMNR señala que no puede ser que el "terrorismo verbal ni la asonada populachera" inhabiliten el funcionamiento del Congreso; que la AMNR busca la institucionalización de la vida política del país y que Paz Estenssoro es la opción popular.
A continuación, se procede a la elección de la Mesa Directiva, con la proposición, por parte de la AMNR, de Lydia Gueiler a la Presidencia, José Zegarra (APIN) y Angel Gemio (AMNR) a la primera y segunda vicepresidencias respectivamente, y Jorge Alderete R. (AMNR) y Oscar Bonifaz (MNR-DC) como secretarios, sin que se nominen otros candidatos.
Una vez elegida, Lydia Gueiler agradece a "las cuatro gloriosas mujeres mineras que con su huelga de hambre abrieron las sendas de la libertad en este país" y luego, a la AMNR, por su designación y anuncia que se ha convocado, para las 17:00 a sesión permanente de Congreso con el objeto de elegir, conjuntamente con los senadores, al Presidente y Vicepresidente de la República.

16:50 Hernán Siles Zuazo, candidado a la presidencia de la UDP anuncia que iniciará una huelga de hambre dentro del Palacio Legislativo, "resuelto a defender, con mi sacrificio personal, la soberanía popular, la democracia y el derecho de los bolivianos a manejar su propio destino".

18:48 Se instala el Congreso Nacional en sesión permanente. Lo preside Walter Guevara Arze, quien, como primer punto, solicita un homenaje a Raúl Haya de la Torre, (Jefe del APRA del Perú que falleció). Su solicitud es aceptada.
La UDP informa sobre la medida asumida por el Dr. Siles Zuazo, pide que Paz Estenssoro renuncie a su candidatura y acusa a Guevara de

haber prohibido el ingreso de la prensa nacional y extranjera al recinto donde su candidato realiza una huelga de hambre. Por resolución congresal, se levanta la decisión de Guevara y se permite a la prensa visitar al Dr. Siles Zuazo.

19:30 La UDP pide que se permita el ingreso de la barra, pero el Presidente del Congreso rechaza la moción argumentando que los representantes de los medios de comunicación estaban presentes. Luego se pasa a discutir si se verificará o no el informe de la Corte Nacional Electoral, concluyéndose que simplemente se lo leerá. Entretanto, se informa que, Jaime Paz Zamora, candidato a la vicepresidencia de la UDP, se ha plegado a la huelga de hambre del Dr. Siles Zuazo.

20:30 Se decreta un cuarto intermedio.

21:30 Se reinstala la sesión congresal. El PS-1 plantea que el voto para la elección del Presidente y Vicepresidente de la República sea público. La UDP se adhiere al planteamiento que es rechazado por la AMNR aduciendo que en la CPE se establece que el voto debe ser secreto.

22:03 Primer escrutinio sobre los tres candidatos más votados. Paz Estenssoro obtiene 68 votos, Siles Zuazo 46, Banzer Suárez 22, Blancos 3, Nulos 5. Ninguno alcanza la mayoría absoluta (73 votos). Banzer Suárez queda eliminado.

22:39 Se reinstala la sesión y el H. Cesar Vela (diputado campesino de la UDP) denuncia que la AMNR ha intentado sobornarlo.

23:17 Votación para dirimir entre Paz Estenssoro y Siles Zuazo. Corresponden al primero 69 votos, al segundo 45, votos blancos 25 y nulos 5.

23:50 Nueva votación: Paz Estenssoro saca 67, Siles Zuazo 46, blancos 25 y nulos 6.

Domingo 5 de agosto

00:30 Tercera votación: Se anula por existir 145 votos, estando presentes 144 parlamentarios. José Luis Roca (AMNR-DC) propone conformar una comisión para consultar con Siles Zuazo alguna solución al empantanamiento, pero Guevara Arze rechaza la sugerencia y plantea continuar con la elección.

00:55 Cuarta votación: Paz Estenssoro 68 votos, Siles Zuazo 46, blancos 25 y nulos 5. El PS-1 presenta un proyecto de Declaración Congresal mediante la que se rechaza "toda limitación temporal y condicionamientos extraños a las disposiciones constitucionales", en directa alusión a las declaraciones de los generales Azero y Castillo.

01:30 La moción es apoyada por la AMNR y la UDP, por tanto, aprobada por mayoría absoluta.

02:50 Se declara cuarto intermedio hasta las 10:00 a.m.

12:25 Se reinstala la sesión. La AMNR plantea que la declaración congresal presentada por el PS-1 no solo se refería a las FF.AA., sino también a la presión ejercida por Siles Zuazo y Paz Zamora. La UDP reacciona de inmediato señalando que la declaración congresal no puede ser interpretada "mañosamente" y que el gesto de los candidatos de la UDP es más bien "generoso y heroico".

13:05 Se procede a la quinta votación que es anulada por existir 145 votos.

13:49 Sexta votación: Paz Estenssoro 67, Siles Zuazo 46, votos blancos 26 y nulos 5. ADN plantea que, ante la imposibilidad de que los candidados logren la mayoría absoluta, se transpase el mando sal presidente del Congreso. El PS-1 propone un cuarto intermedio para luego presentar un proyecto de Resolución Congresal. Guevara Arze decide abandonar la presidencia de las sesiones "una vez que he sido mencionado". FSB presenta un proyecto de Resolución Congresal declarando al Congreso en Asamblea Constituyente con una duración no mayor de los 180 días y la UDP solicita un cuarto intermedio hasta las 17:00.

15:30 Se declara el cuarto intermedio.

16:15 Luego de una reunión de gabinete, la Junta Militar reitera "su indeclinable propósito de encuadrarse a los preceptos de la CPE, manteniendo en el momento una posición de observación respecto a lo que acontece en el Congreso Nacional".

18:40 Se reinstala la sesión. El PS-1 protesta por la declaración de la Junta Militar y propone una resolución congresal para que se transfiera la Presidencia de la República a un "administrador interino" cuyo gabinete estaría conformado por las principales corrientes políticas y el Parlamento conformaría comisiones con participación de representantes

de la Central Obrera Boliviana. Luego, pide cuarto intermedio para estudiar los proyectos presentados.

19:00 Se declara un nuevo cuarto intermedio.

19:30 Se intenta reinstalar la sesión pero no existe quórum.

Lunes 6 de agosto

00:55 Se reinstala la sesión. La AMNR desecha la proposición del PS-1 agradeciendo su "iniciativa". Por su parte, el PS-1 denuncia la presencia de emisarios de la empresa privada, la realización de negociaciones a espaldas del pueblo y la noticia de un posible levantamiento militar en Cochabamba y Santa Cruz, por lo que se forma una comisión presidida por Lydia Gueiler, para hacerse presente en el Palacio de Gobierno y consultar con el Presidente David Padilla Arancibia, que en el momento se encuentra presidiendo una reunión de gabinete extraordinaria, la veracidad de los levantamientos.

02:50 Se declara cuarto intermedio.

03:15 La comisión congresal sale del Palacio de Gobierno e informa a la prensa que tanto la Junta Militar como el Alto Mando Militar han desmentido categóricamente cualquier levantamiento y que no existe ningún "ultimátum" para que el Congreso decida sobre la Presidencia y Vicepresidencia de la República.

12:34 Se reinstala la sesión. Las diferentes bancadas rinden su homenaje al 6 de agosto, día de la Patria.
La comisión congresal informa, oficialmente, sobre la reunión con el Poder Ejecutivo, añadiendo a lo ya comunicado a la prensa que el presidente Padilla ha solicitado que, en caso de que el Congreso no elija aún al Presidente Constitucional, éste autorice a la Junta Militar a continuar ejerciendo el Poder Ejecutivo. Esta solicitud es negada.

13.30 La UDP rechaza las acusaciones de estar en "oscuras negociaciones de pasillo". Luego presenta un documento en el cual anota la necesidad de "encontrar una solución dentro de los marcos fijados por la CPE" y propone que el "Congreso Nacional delegue el ejercicio de la Presidencia interina de la República al Presidente del H. Senado Nacional" y aclara, de principio, que la UDP "no participará en el mismo ni sus actos la comprometerán", refiriéndose al gobierno a formarse bajo la dirección del Dr. Guevara Arze.

La AMNR propone un cuarto intermedio para que los jefes de cada bancada se reúnan a fin de concertar una resolución congresal.

14:30 Se declara un cuarto intermedio.

18:30 Se reinstala la sesión. La AMNR reconoce que la proposición de la UDP es la única viable, resaltando que la actitud de Paz Estenssoro - al haber aceptado la presidencia de Guevara - es una contribución a que el país "avance". A su vez, la UDP reitera que para arribar a la solución no ha planteado alianzas y que la actitud de Hernán Siles Zuazo ha estado originada en la defensa del voto popular y de la CPE, y que una vez que se resuelva formalmente la transmisión de mando, levantará la huelga de hambre.

19:31 Se declara nuevo cuarto intermedio.

20:38 Se reinstala la sesión. La AMNR, a través del diputado Guillermo Bedregal interpreta positivamente el arribo a la solución y da lectura a un proyecto de resolución congresal confiriendo la Presidencia Constitucional interina al Dr. Walter Guevara Arze. La UDP responde a la interpretación de la AMNR, por medio de Antonio Araníbar. La AMNR aclara su postura por medio de Oscar Zamora Medinacelli.
El representante del MITKA, en un discurso en aymara, sentencia que el pueblo ha sido el gran perdedor, opinión que es corroborada por el H. Macabeo Chila (AMNR).

22:47 Se aprueba el proyecto de Resolución Congresal que encomienda el ejercicio interino de la Presidencia de la República a Walter Guevara Arze y resuelve que el mandatario convoque a elecciones nacionales para Presidente y Vicepresidente de la República para el primer domingo de mayo de 1980.

23:32 Walter Guevara, en su condición de Presidente interino electo, encabeza la Comisión Congresal que visita al Dr. Siles Zuazo para pedirle que juntamente con Jaime Paz Zamora y otros militantes que ingresaron en huelga de hambre, levanten la extrema medida. Al pedido de Guevara, Siles responde que, una vez que se ha cumplido, de alguna forma con la Constitución, lo harán. De inmediato, Hernán Siles Zuazo, en conferencia de prensa, informa que ha decidido levantar la huelga de hambre señalando que la UDP es "un instrumento digno de las verdaderas proyecciones de la gran insurgencia del 9 de abril de 1952". Por su parte, Jaime Paz Zamora califica a Siles Zuazo como "el gran conductor de este siglo".

Martes, 7 de agosto

00:16 Hernán Siles Zuazo y Jaime Paz Zamora abandonan el Palacio Legislativo y pronuncian improvisados discursos manifestando su confianza en que la UDP triunfará en las elecciones de mayo.

11:30 Se instala la sesión de transmisión del mando presidencial con la presencia del presidente David Padilla y su gabinete en pleno. El general Padilla pide la palabra para presentar su mensaje informe a la Nación en el que señala que "se inicia una nueva etapa en la historia de Bolivia al cumplir las FF.AA. su compromiso con el pueblo. Con esta actitud, franca y leal, se deben disipar todas las dudas y pensar, únicamente, en que la institución armada volverá a los cuarteles para desempeñar su misión específica. No debe olvidarse, sin embargo, que observará atentamente el desarrollo de la vida nacional para responder a sus deberes en todo momento de acuerdo a las normas constitucionales".

Pasada la ceremonia de juramento del nuevo Presidente Constitucional Interino, Dr. Walter Guevara Arze, éste pronuncia su primer mensaje a la Nación, señalando que son dos las grandes tareas que debe cumplir su gobierno: una política y otra económica. Con respecto a la primera,dice que su gobierno consolidará el proceso de constitucionalización, para lo cual "respetará plenamente los derechos de los trabajadores a organizarse y defender sus intereses; el derecho del pueblo a expresarse políticamente (...), en fin, el derecho de todos los hombres y mujeres de nuestro país, a participar en los problemas nacionales".

En referencia a lo económico, manifiesta que su gobierno "estudiará y propondrá al Congreso y al país un esquema de mediano y largo plazo para resolver o aliviar algunos de esos problemas mediante un mecanismo de diálogo y consulta con los trabajadores, los empresarios y los otros sectores. Parece indispensable añadir que la crisis económica es un problema nacional. No es un asunto que compete solamente al gobierno (...) En resumen, el país debe comenzar a marchar otra vez".

(Tomado de "COYUNTURA" No. 27 - Publicación quincenal del Centro Información y Documentación de Bolivia CIDOB - 15 de agosto de 1979).

La presidencia para Guevara

El siguiente artículo escrito por un enviado especial del diario "La Opinión" de Buenos Aires, muestra como veía la prensa internacional la situación boliviana:

Guevara Arze tendrá que domar tormentas

A último momento, las partes en colisión en el espectro político boliviano lograron un punto de contacto que les permitió recargar los hombros de Walter Guevara Arze con la responsabilidad de un breve, pero crítico período de gobierno. Sin votos propios y sin haberse puesto a consideración del elector, el nuevo mandatario salvará la responsabiblidad de los principales líderes políticos, que volverán a pugnar por la Presidencia en mayo del año próximo.

Desde el martes 7 Bolivia tiene nuevo Presidente. Debió tenerlo, sin embargo, desde el lunes; el flamante mandatario es el doctor Walter Guevara Arze, aunque debieron serlo Hernán Siles Zuazo o Víctor Paz Estenssoro, de acuerdo a lo que tuvieron *in mente* los bolivianos el 1 de julio, cuando acudieron a las urnas.

En este país de historia por lo menos turbulenta, pero lleno de hábiles políticos, por primera vez en diez años no se usó el argumento de la violencia para entronizar a un gobernante. Esta vez fueron los políticos los que definieron, con la soga al cuello, cómo será este primer año de régimen civil transitorio.

Guevara Arze es presidente por unas razones sencillas: las Fuerzas Armadas no querían conservar el poder; el encono personal que separa a Siles y Paz no aceptaba ningún tipo de acuerdo, incluso ante la eventualidad de un nuevo golpe de Estado; y porque la capacidad de maniobra de los políticos bolivianos no tiene límites.

Que las Fuerzas Armadas no querían conservar el poder ya había sido explicitado desde el año pasado cuando David Padilla Arancibia ocupó el Palacio Quemado negándose a ser cómplice del fraude que colocaba en ese lugar a Juan Pereda Asbún. Que los dos fundadores del Movimiento Nacionalista Revolucionario no estaban en condiciones de ir siquiera hasta la esquina juntos, quedó probado con las crónicas de las últimas semanas.

Fue entonces que surgió la habilidad política para darle salida a la situación. Hernán Siles Zuazo y Hugo Banzer Suárez, primero y tercero en los discutidos escrutinios, colocaron a Paz Estenssoro en un brete que, para muchos, podría llevar hasta a alejarlo definitivamente de sus expectativas presidenciales.

Fuere cual fuere el Presidente de la República que asumiera el 6 de agosto, iba a cargar sobre sus espaldas con un casi seguro fracaso en su gestión, por qué a todas las expectativas que se le abrían a Bolivia con la asunción de un gobierno civil, había que agregarle la fragilidad emanada de un Congreso dividido, en el que ninguno contaba con respaldo suficiente y las alianzas con enemigos - no opositores - políticos, eran imprescindibles para cualquier acto.

Aunque sorprenda la fórmula hallada para colocar a Guevara en el gobierno, se explica fácilmente por qué fue tan bien recibida, especialmente en las tiendas de Siles. Por haber obtenido la mayoría de votos en unas elecciones para él fraudulentas y para muchos sospechosas de serlo, la Unidad Democrática y Popular reivindicaba hasta último momento la presidencia para su líder. Aun siendo conscientes de que, en esta emergencia, mucho del prestigio ganado por Siles en 30 años de militancia política podía perderse en pocos meses, la UDP no tenía alternativa en cuanto a reclamar la victoria para sí.

Cuando interminables votaciones parlamentarias demostraban que Siles no sería presidente, pero Paz tampoco, sólo quedaba la posibilidad de aguardar un golpe de Estado que las Fuerzas Armadas no querían propinar, o la recurrencia a una fórmula mágica, salvadora, para la que Guevara era materia dispuesta.

Guevara, llamado "el tártaro" por su imponente físico, un prusiano por su metodología, lograría al fin acceder al Palacio Quemado, el primer plano al que Siles y Paz, sistemática y alternativamente, le habían negado en el transcurso de la cícilica política boliviana.

En su larga vida política - 68 años de edad, dos más que Siles y cuatro menos que Paz - Guevara ha hecho gala de una cierta inconsecuencia política que ahora le reprocha la Central Obrera Boliviana, que a su afirmación de que hará un "gobierno de centro izquierda, pero más de izquierda que de centro", le opone un terminante mote de "derechista", que Siles en cierta medida sus-

cribe, al reservarse no sólo el derecho de crítica parlamentaria sino el de no ayudarlo en la integración de un gabinete.

Junto a Siles y Paz fue cofundador del Movimiento Nacionalista Revolucionario, pero en 1960, cansado de ser relegado en las aspiraciones a que se hacía acreedor por su talento indiscutido, se separó de ambos para integrar el Partido Revolucionario Auténtico, un pequeño núcleo que en estas elecciones participó de la alianza que postuló a Paz. De ahí en adelante, como ministro de Relaciones Exteriores, asesor o delegado permanente en las Naciones Unidas ha participado de gobiernos tan opuestos como los de los generales René Barrientos, Alfredo Ovando, Juan José Torres y Hugo Banzer, aunque éste último, en 1973, después de valerse por tres años de sus servicios de veterano diplomático, optó por prescindir de él.

En esta emergencia, su apuro por llegar a la Presidencia de la República casi lo hace fracasar a último momento. Seguramente era consciente de lo difícil y lapidario que podía resultarle este año. Sus amigos políticos dicen que fue un generoso acto de desprendimiento la aceptación de este interinato, pero otros hechos parecen indicar, también, que las ansias jugaron un papel relevante. Antes de que su nombre se citara fuera de los conciliábulos como hombre de emergencia, concedió una entrevista a una televisora europea en la que hasta esbozó cual sería su postura presidencial, todo porque los camarógrafos tenían boleto en un vuelo que partía de La Paz horas antes de que se reiniciaran las sesiones del Congreso. Le jugaron una mala pasada, entregaron la grabación de la entrevista a Marcelo Quiroga, líder del Partido Socialista.

Siles y Paz - los únicos dos que hubiesen podido ser presidentes - se salvaron, así, de un cúmulo de cuestiones que se manifiestan, en primera instancia, por problemas internos de difícil solución. Una tasa inflacionaria del 50 por ciento es insoportable para Bolivia, pero mucho más lo es una deuda externa que supera los tres mil millones de dólares, con dos mil de vencimiento inminente.

El índice de desocupación muestra en los últimos meses una tendencia sostenidamente en aumento y las reservas son menores al producto de un mes de exportaciones. A todos esto debe sumársele el retraso económico en el que se encuentran los distintos sectores de trabajadores.

Sin embargo, lo peor proviene del exterior; estaño, petróleo y mar son problemas acuciantes. Los tres repercuten duramente en la economía y el último, muy especialmente, en la capacidad de maniobra interna.

La salida al mar es prioritaria para Bolivia, un país mediterráneo desde que perdió la provincia de Antofagasta a manos de Chile en la Guerra del Pacífico, hace cien años. Si desde el exterior -más concretamente desde el Departamento de Estado norteamericano- se pretendiera ayudarle, este es un aspecto que no se presenta fácil. La salida al mar sólo es posible con un acuerdo del que participen con igual poder de decisión, Chile y Perú. En Chile, las posibilidades del Departamento de Estado son mínimas; en Perú, recién se aprestan para un cambio institucional. Si Juan José Torres, pese a las afinidades que tenía con el chileno Salvador Allende y el peruano Juan Velasco Alvarado, no pudo abrir expectativas al pueblo boliviano, pocas esperanzas le quedan a Guevara.

El problema del petróleo es grave. Durante los últimos tramos de la administración Banzer, la economía se vio fortificada por exportaciones al precio OPEP de un petróleo que, se creía, el rico subsuelo boliviano tendría en cantidades más que suficientes, pero que se agotó y, algún momento, habrá que importar a los duros precios de la OPEP, naturalmente.

Con el estaño la situación puede ser distinta y el Departamento de Estado, si pretende apuntalarlo, tendría allí un buen margen de maniobra. En los dos últimos años los precios internacionales del mayor rubro boliviano de exportación se han visto retrasados por la expectativa creada por la amenaza norteamericana de lanzar a los mercados mundiales sus grandes reservas estratégicas acumuladas por donación boliviana a título de cooperación durante la Segunda Guerra Mundial y la confrontación de Corea.

La amenaza subsiste. El proyecto ya fue aprobado por los diputados norteamericanos y está a consideración del Senado. La última palabra, una vez que se dé la autorización, queda en boca de la Casa Blanca. Y no sería difícil que la administración Carter pudiera respaldar a Guevara postergando *sine die* la aplicación de esta idea, con lo que los precios internacionales mejorarían y, con ellos, los ingresos producidos por las exportaciones.

Así y todo, el prestigio de Guevara puede quedar bastante mellado en este año de interinato. Para Paz, la situación se torna menos halagüeña que en esta ocasión, pues no sólo pierde a un aliado para las elecciones del primer domingo de mayo del año próximo, sino que deberá cargar con el mote de personalista y ambicioso, después de haber insistido hasta último momento, aún después de los acuerdos tomados en privado, en ser presidente. Banzer será otra vez una incógnita aunque los observadores no creen que los electores puedan seguir siendo tan generosos con él.

Siles, que ha obtenido las mayorías relativas en las dos últimas elecciones tiene ahora la paternidad de la fórmula de Guevara Arze y se evita con este año de interinato la confrontación con problemas que lo iban a enemistar con sus electores; mantiene su prestigio intacto o, quizás, acrecentado. La otra opción para el próximo año puede ser la del mandatario saliente, David Padilla, que no sólo ha dado muestras de la firmeza de voluntad anunciada cuando derribó a Pereda Asbún para "evitar el escamoteo a la voluntad del pueblo boliviano", sino que se ha perfilado como habilidoso, condición indispensable para un político boliviano con pretensiones.

(Publicado en el diario "La Opinión", Buenos Aires, Argentina el 12 de agosto de 1979).

La primera crisis del régimen

Con este enfoque se pretende mostrar la situación del país dos meses después de la asunción de Guevara a la presidencia:

Análisis político de la Agencia de Noticias Fides

El pronunciamiento de la guarnición militar de Trinidad el pasado jueves 11 de octubre (de 1979) pidiendo el cierre del Parlamento por considerarlo "inepto" y una posible sustitución del Presidente de la República como consecuencia de una supuesta anarquía dominante, no es más que la manifestación de algo que se venía presintiendo: el descontento de un amplio grupo castrense acerca del devenir político.

El frustrado y poco comprensible intento de alzamiento militar en aquella apartada zona del país debe ser interpretado. La versión más benigna estima que a las FF.AA. se les disparó el gatillo antes de tiempo, por aquello de que es peligroso jugar con armas o por aquello otro de que las armas las carga el diablo.

La interpretación más rebuscada asegura que lo de Trinidad no ha sido más que un globo sonda o una nueva forma de advertencia de la institución armada ante el actual devenir político.

No existe gran diferencia entre ambas versiones: las dos presuponen la real existencia de un plan militar que podría colocar en difícil situación el actual proceso democrático del país. Paradoja flagrante ya que fueron las mismas FF.AA. las que hace sólo dos meses se apuntaban el tanto de conducir a la actual forma de gobierno por medio de unas elecciones.

Este aparente cambio radical de posición tiene sus orígenes. Primero, un Juicio de Responsabilidades que el Congreso tramita contra el ex presidente General Hugo Banzer, y en el que la institución armada se estima involucrada. Segundo, el reiterado hostigamiento de que los militares están siendo objeto desde la cúpula de la Central Obrera. Tercero, una intolerancia militar a cualquier critica a la institución que aumenta la irritabilidad de la misma. A lo cual se añade el creciente clima de intranquilidad social (no dramático para una mirada objetiva, pero si peligroso para los hábitos disciplinados de los soldados).

Así las cosas, las Fuerzas Armadas se han mostrado en contradicción con dos grandes frentes: con la mayoría del Parlamento y con la Central Obrera. Una peligrosa confrontación, sobre todo si ésta no se trata de solucionar por la vía adecuada que suele ser la institucional.

Desborde del orden institucional

Reduciendo el problema a la acción directa del poder militar y a la del poder obrero, ambas desbordan ese orden institucional y, por ende, ponen en peligro el afianzamiento del Estado de Derecho que el país parece desear.

El grupo militar amaga un golpe de Estado con un motín, lo cual puede ser calificado sin remilgos como una forma de violencia. Y el poder obrero responde creando un problema de orden público, como es un paro nacional de 24 horas, sin atenerse a ley alguna.

En ambos casos, se omite la vía institucional, como si ésta no existiera ni sirviera para resolver las divergencias. Con lo cual, o se está demostrando poca confianza en la fuerza del Gobierno y del Parlamento, o es que claramente se trata de suplantarlos.

Simplificando las cosas para ver más claros los peligros con los que se está jugando, la sustitución del orden institucional por la acción directa y el convertir una vieja alergia personal entre Fuerzas Armadas y la cúpula sindical en un conflicto de ámbito nacional, es ponerse al borde de la siguiente disyuntiva: O retorno a los repetidos autoritarismos castrenses, o vuelta a la efímera Asamblea Popular.

Los más advertidos sostienen que ninguna de estas alternativas se haría realidad sin un elevadísimo costo social. Ni una mayoría ciudadana aceptaría el retorno de los militares con la relativa docilidad de 1971, ni fuertes factores de poder tolerarían una reedición de aquella asamblea populista.

Sólo los robles resisten

Una de las conclusiones a la que muchos llegan a la vista de los hechos comentados es la comprobación de la debilidad del actual Gobierno, sobre todo por la falta de un fuerte respaldo parlamentario.

Al no existir en el Parlamento un bloque vigoroso y decidido que sostenga al Gobierno frente a cualquier embate, las otras fuerzas reales buscan y encuentran sus propias formas de expresión, por encima de los poderes del Estado. Y así es como saltan los motines militar-partidistas o los paros políticos-sindicales, o lo que venga en adelante.

Al otro lado del espectro interpretativo, no faltan quienes estiman que la crisis comentada ha de servir para afianzar al régimen. Porque - sostienen - la reacción parlamentaria y de la COB al pronunciamiento militar de Trinidad, desanimará a los sectores rebeldes de las FF.AA. en lo que a retornos autoritarios se refiere.

Con todo, parecería que el problemático origen del gobierno del Dr. Guevara no constituye la mejor base de sustentación como para resistir embates como los hasta ahora registrados. Sólo el roble con profundas raíces resiste los vendavales.

(Publicado en PRESENCIA el 14 de octubre de 1979).

El Congreso, luego de interminables votaciones no pudo elegir al nuevo Presidente Constitucional entre los dos candidatos más votados: Hernán Siles Zuazo y Víctor Paz Estenssoro.
En la foto superior, Siles cuando realizaba una huelga de hambre junto a Jaime Paz Zamora, pidiendo se respete la primera mayoría que había obtenido.
En la foto inferior, Víctor Paz Estenssoro, que resultó segundo en las elecciones generales.
Fotos Freddy Alborta

(LFZ-5)LA PAZ, Bolivia, Aug.8 (AP) New Bolivian Constitu-. tional president Dr. Walter Guevara Arze (center) accompanied by outgoing president Gen. David Padilla and Mrs Lidia Gueiler, president of the Senate, walks from the Congress to the Government House after Guevara was sworn-in. (AP-La Paz y 1979 edb1605atf/edb

Walter Guevara Arze electo por el Congreso como Presidente Constitucional interino cruza del Legislativo al Palacio de Gobierno flanqueado por el Presidente saliente, General David Padilla Arancibia y por la Presidenta del Congreso, Lydia Gueiler Tejada.
Radiofoto AP

Las Crónicas

"No es el mejor momento para ofrecerle un ministerio a una dama pero sé que usted es una mujer valiente", me dijo el Presidente Walter Guevara Arze, en nuestra entrevista. Había hablado ya tres veces con el Canciller Gustavo Fernández que no se daba por vencido ante mi negativa para aceptar el cargo. En verdad, me era difícil cruzar a la acera del frente, dejar mi carrera periodística.

Pero, Fernández sabía de mi pasión por el mar. Había cubierto las negociaciones Banzer-Pinochet con viajes a Santiago y Lima. Conocía el tema en sus múltiples facetas. Era tal mi pasión por la causa marítima que los colegas me habían bautizado como Ana Mar. Por eso su argumento principal giró en torno a la Asamblea de la OEA que se avecinaba y a la necesidad de cubrir el estratégico flanco informativo. Se esperaba la llegada de muchos corresponsales. Sería una tarea difícil pero digna de acometerse, me dijo.

Otro desafío no menos importante era el de cumplir el mandato que el Congreso le había impuesto a este gobierno transitorio: presidir comicios presidenciales libres de toda sospecha de fraude o favoritismo.

Era evidente que esa criatura frágil que era la democracia requería de mucho cuidado para sobrevivir. Había estallado en Trinidad la primera evidencia de que algunos militares no se resignaban a permanecer en sus cuarteles y querían terminar por la fuerza con el "experimento democrático" de los civiles.

Como corresponsal internacional, había seguido minuto a minuto ese acontecimiento. El brote aparentemente aislado parecía parte de una conspiración mucho mayor que no había alcanzado a cuajar del todo. Así me lo reveló el Presidente en la reunión que sostuvimos esa noche.

Cuando fui a Palacio para hablar con Guevara estaba prácticamente decidida a darle mi sí, aunque con una ligera condición: la de participar en el gobierno siempre que éste pudiera asegurar la realización de elecciones libres

de toda influencia. Quería creer en que era posible conducir unos comicios sin mancha y así se lo manifesté. En las elecciones de 1978 el fraude fue tan escandaloso que tuvieron que anularse y en las de 1979, se había avanzado algo con la papeleta multicolor y multisigno, aunque en la fase de los escrutinios lo ganado en las urnas se evaporaba por la anulación de mesas. El me respondió que ese era un reto difícil pero que estaba seguro que podríamos cumplirlo.

Desde que Guevara juró a la presidencia no había cesado de buscar un acuerdo político que sustentara su gestión, pues sabía que un Ejecutivo débil tenía pocas posibilidades de supervivencia. "No puedo asegurarle que no voy a conformar un gabinete político en el futuro, porque estoy empeñado precisamente en eso. Lo que sí puedo garantizarle a usted es que su despacho se mantendrá con ese carácter de equidistancia que requiere un proceso como éste. Los medios del Estado serán neutros en la campaña política y eso queda en sus manos...". Acepté colaborarlo y acordamos en que estaría en Palacio al día siguiente para la posesión del gabinete.

Creo que es importante explicar por qué me costó tanto aceptar un ministerio. Esto, que es fácil de comprender para la gente de prensa podría sonar a presunción para el resto. Una de las cualidades del buen periodista es su distancia frente al poder, cualquiera que éste sea.

Sumida en esas cavilaciones, llegué a PRESENCIA en busca de los amigos. En primer lugar tenía que comunicar la decisión a nuestro Director Huáscar Cajías quien, al oír lo que venía a decirle, me miró larga y fijamente, levantó sus pobladas cejas y se limitó a emitir un esotérico "hummmmm...". Sin esperar a que terminara mi relato, el Jefe de Redacción Mario Maldonado, me lanzó un "no se lo aconsejo Anita".

En la puerta encontré a Monseñor Juan Quiros, Director de PRESENCIA LITERARIA y cuando le conté que al día siguiente juraría como Ministra exclamó con su tradicional franqueza: "Ni te felicito, ni me alegro...".

Ya en la sala de redacción, alguien sin ninguna piedad me trató de "gubernista". Una barrera empezaba a levantarse con quienes habían sido hasta ese momento mis compañeros de trabajo haciéndome ver que debería pagar un alto precio por la experiencia de ver el gobierno por dentro.

El día de la toma de posesión del gabinete estuve puntual. Fernando, mi marido, me había dado un consejo que valía oro: "Recuerda Anita, un ministro no es un '*yes man*' o en tu caso, una '*yes woman*'. Si no estás de acuerdo en algo, lo dices, defiendes tu punto de vista y no firmas nada que no hubieras leído primero y en lo cual creas que tienes alguna observación que hacer".

En el *hall* del Palacio estaban los miembros del gabinete anterior más los cuatro nuevos ministros que se le iban a incorporar: el general Julio Herrera, en la cartera de Defensa, el jurista René Canelas como flamante ministro de Bienestar Social; el diputado democristiano Oscar Bonifaz en Minería, y yo, en la Secretaría de Prensa e Informaciones de la Presidencia. Un edecán vino a pedirnos que subiéramos al Despacho. Esperábamos a que el Presidente Guevara se desocupe, ignorantes de lo que se estila en estas circunstancias, cuando hicieron su ingreso los diputados Guillermo Bedregal (del MNR-H), Luis Ossio Sanjinés (PDC) y Oscar Zamora Medinacelli (PC-ML).

Luego de saludarme, el primero me dio la noticia de que nuestra posesión podría postergarse hasta el lunes siguiente o "tal vez indefinidamente...". "¿Por qué?", le pregunté sorprendida. "Es que somos nosotros los que vamos a entrar..." respondió. "¿Quiénes?", insistí porque el asunto me sonaba a poco serio. Con su típico gesto de suficiencia, levantando la cabeza y echándola para atrás, Bedregal me espetó: "La Alianza... nosotros vamos a ser ministros...".

No creía posible que Guevara nos hiciera pasar semejante papelón, pero las palabras de Bedregal surtieron efecto. Me envolvió una sensación de contrariedad. Las minucias del poder, las aves rapaces que se disputan sus favores, hacen que mucha gente honorable se abstenga de participar en el gobierno. No había jurado al cargo y ya empezaba a arrepentirme por la debilidad que había tenido.

Bajé a saludar a las colegas del Círculo de Mujeres Periodistas que habían ido al Palacio a presenciar la ceremonia y compartir esos momentos. Estaba departiendo con Gelsina D'Onatto, Berta Alexander, Carmen de la Vega, Aida Albarracín y Mary Larrieu cuando una de ellas advirtió que Bedregal y sus acompañantes bajaban apresuradamente las escalinatas. A los pocos minutos hizo su aparición el Presidente Guevara, flanqueado por sus edecanes y mis futuros colegas de gabinete. Mientras se pronunciaban los discursos de rigor, me enteré que la gestión de la AMNR - tan a última hora - había fracasado. ¿Por qué? No lo sabíamos.

Ese 11 de octubre de 1979, Día Internacional de la Mujer, fue especial en muchos aspectos. Había jurado no sólo cumplir sino hacer cumplir la Constitución. No era algo que pudiera tomarse a la ligera. Era una grave responsabilidad la que asumía. Pedí a Dios que me diera fuerzas para estar a la altura de las circunstancias.

El aparecer al otro lado de las cámaras de televisión como protagonista y no como testigo presencial de un acto me incomodaba. Pero eso no era todo. Era la única mujer en el gabinete. A un corresponsal extranjero que le preguntó si mi incorporación tenía algo que ver con la fecha, Guevara le dijo que no, que no había reparado en mi género cuando decidió invitarme. Así de francote era él. Las mujeres éramos lunares en las funciones de Estado. Hacía diez años que no juraba una como ministra. La primera había sido Alcira Espinoza que en 1969 integró el gabinete de Luis Adolfo Siles Salinas en la cartera del Trabajo.

Si el poder me era distante como periodista, me resultaba mucho más ajeno como mujer. El mundo vivía bajo una sociedad patriarcal. No podía imaginar, por ejemplo, a ninguna mujer presidiendo un gobierno de facto. Era impensable ver a una congénere mandando al exilio a sus compatriotas, o perdiendo el sueño, utilizando cualquier estratagema, por llegar al gobierno. Tendrá que llegar el día, me dije, en que la sociedad cambie. Y para eso era necesario que hayan mujeres opinando, decidiendo las políticas de Estado, influyendo en las grandes decisiones de la humanidad. Era preciso ir abriendo ese camino.

En la noche, asistí a un cóctel en el que el dueño de casa dejó bien en claro que me había invitado "antes de que fuera ministra". El senador Benjamín Miguel de la Democracia Cristiana, comentaba al Padre José Gramunt, Director de Radio Fides, sobre una posible salida constitucional para las elecciones de mayo próximo. Especulaba sobre la teoría de que sería innecesario convocarlas pues al no haber renunciado a su postulación presidencial ni Víctor Paz ni Hernán Siles Zuazo, el 6 de agosto de 1980 en que debía concluir el mandato de Guevara podría reabrirse la votación en el propio Congreso. "La Constitución establece que debe votarse hasta que uno de los dos resulte elegido...", sostenía. Era un punto de vista interesante pero que no compartía.

Allá me crucé nuevamente con Guillermo Bedregal quien, sin darme tiempo a reaccionar y esbozando una extraña sonrisa, me dijo: "Espero que la pega le dure...". Estaba lejos de sospechar lo que sus palabras presagiaban. Pero, la verdad es que, en ese momento, me tenían sin cuidado.

El fin de semana lo dediqué a conocer en qué consistía el ministerio. Además del consejo que me había dado mi marido, mucha gente amiga se había encargado de ponerme en guardia contra las roscas burocráticas y la necesidad de poner el máximo cuidado en todo lo referente al problema económico-administrativo.

Mi debut en la administración pública me dejó la sensación de que cambiar las cosas podría tomar un tiempo y mucha firmeza. Al fin de cuentas era todo un sistema que se había ido armando en años de regímenes militares el que habría que ajustar a los nuevos tiempos.

Entre las medidas que me proponía llevar adelante figuraba el que la información oficial fluyera libremente y esto implicaba un cambio de mentalidad en los encargados de los departamentos de relaciones publicas del gobierno. Había que abrir de par en par las ventanas y las mentes para que ingrese fresco, revitalizante, el aire renovador de la democracia.

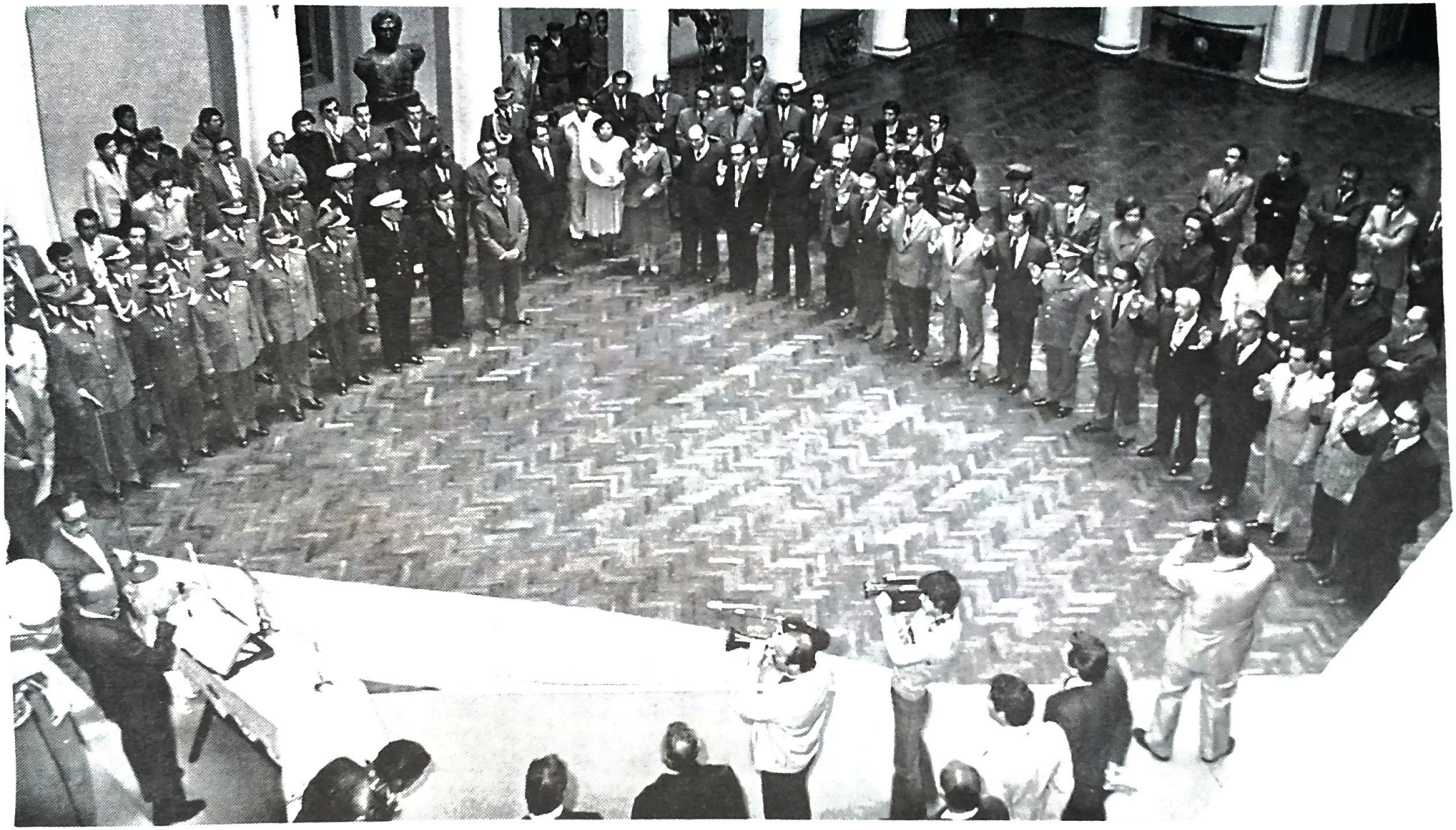
Ya le había anunciado al Presidente Guevara que una de las primeras cosas que haría luego de posesionarme, sería suprimir el editorial que se leía en forma previa al telenoticioso en el Canal Estatal de Televisión. Esa era una herencia que no condecía con los nuevos tiempos y contra la cual había protestado en su momento el Círculo de Mujeres Periodistas. Una vez conquistada la democracia el televidente no tenía por qué soportar cada noche unas filípicas que supuestamente interpretaban la opinión del gobierno y cuya redacción de corte fascistoide chocaba con el léxico de respetuoso pluralismo que debía caracterizar a la democracia. No sin dificultad, pues nadie sabía darme razón de su procedencia, descubrí que esos editoriales eran resabios de la dictadura y los hacía algún escribidor contratado por la Sección de Inteligencia del Ejército que, en ese entonces, tenía sus oficinas en el Ministerio del Interior.

Si un gobierno quiere influir tiene mil maneras de hacerlo. La más simple de ellas es actuando con transparencia y manteniendo una política de total apertura hacia los medios de comunicación social y el pueblo. Al fin de cuentas un funcionario del Estado no es más que un administrador eventual de la cosa pública. No es su propietario, como muchos creen.

Tenía una serie de ideas para poner en práctica. Una de ellas era la de alentar desde la Secretaría una verdadera política de comunicación. En una investigación que realicé para la Universidad Católica años antes, había podi-

do constatar la desvertebración que existía en el país en esta materia. Las ciudades del llamado eje central tenían muchas más posibilidades de influir y hacerse oír que las que se encuentran en la periferia. Creía necesario estudiar en qué forma podía dotarse a cada capital de departamento e incluso de provincia, de canales a través de los cuales su población pudiera participar directamente en el gran debate democrático que se había abierto. Consideraba importante que los medios estatales de comunicación se colocaran al margen de las disputas partidarias. Una infinidad de ideas bullían en mi cabeza.

Ya me lo había advertido Mariano Baptista el día del juramento: "lo bueno de estar en el gobierno es que te propones algo y lo puedes plasmar en realidad, dejas de tirar piedritas a la ventana intentando ser escuchado...".



El 11 de octubre de 1979 se produce la primera recomposición del gobierno del Presidente Walter Guevara Arce con la incorporación de cuatro nuevos ministros: René Canelas, Ministro de Bienestar Social, Oscar Bonifaz de Mineria, el general Julio Herrera de Defensa y Ana María Romero de Campero, de Informaciones. El Gabinete estaba constituido además por Gustavo Fernandez, como Ministro de RR.EE. y Culto; Jaime Aranibar, del Interior; Carlos Miranda de Planeamiento; Guido Hinojosa de Finanzas; Mariano Baptista de Educación; Hugo Zapata de Mineria; Jorge O'Connor de Energia; Mario Calderón de Trabajo; Dr. Jorge Abularach de Salud y Previsión Social; Carmelo Caballero de Asuntos Campesinos y Agropecuarios; Raúl Anze Tapia de Transportes; Fernando Gutiérrez, de Integración; Guillermo Arroyo de Urbanismo y Vivienda y Tomás Guillermo Elio de Industria y Comercio.

La primera reunión formal del gabinete se realizó el lunes siguiente a la posesión. Vale decir tres días después. Fui formalmente notificada por el Ministro Secretario, Fernando Aguirre, que me envió una copia de la extensa agenda que debíamos analizar. Mi curiosidad por conocer el gobierno por dentro era grande.

A medida que iban llegando, los ministros tomaban su lugar alrededor de la gran mesa ovalada de la Sala de Gabinete, contigua al despacho presidencial. Un estricto protocolo basado en la antigüedad e importancia de cada despacho, hacía que a la derecha del Primer Mandatario estuviera ubicado el Ministro de Relaciones Exteriores, a su izquierda el de Gobierno y así sucesivamente. Yo quedé sentada en la otra punta pues la Secretaría de Informaciones había sido uno de los últimos ministerios en ser creado.

La primera confidencia que hicieron los ministros "antiguos" a los recién llegados, tenía que ver con la inveterada tardanza del Presidente para iniciar las sesiones. Generalmente llegaba una hora más tarde de lo previsto.

Mientras esperábamos su arribo eché una mirada a mi alrededor. Pese a las dos arañas de cristal y otras lámparas laterales que estaban prendidas, el salón estaba mal iluminado. En las ventanas colgaban unas pesadas cortinas de brocado verde y en la pared dos inmensos retratos de los ex presidentes Busch y Villarroel. El trágico fin de estas figuras del nacionalismo boliviano daba un toque de dramatismo al ambiente. Era, además, una manera de recordarnos la presencia de la generación que peleó en el Chaco y que todavía controlaba la política del país. No era fácil sustraerse a la tentación de observar en detalle los uniformes de corte alemán de ambos, o reparar en sus ojos claros: verdes los de Busch, celestes los de Villarroel. Detalle por demás surrealista.

Al fondo, detrás del sillón presidencial se alcanzaba a ver un antiguo mapa de Bolivia previo a las mutilaciones que sufrió nuestro territorio en la época republicana.

Era imposible dejar de pensar en los acontecimientos que se sucedieron a lo largo del tiempo en el interior del Palacio Quemado. En las escenas de intriga

y muerte de las que fue testigo esa vieja casona, y en todas las genuinas preocupaciones por la suerte del país que se suscitaron entre sus cuatro paredes.

Estos pensamientos se cortaron abruptamente cuando hizo su ingreso Guevara. Luego de saludarnos, tomó asiento en la especie de trono que le está reservado al Presidente en la cabecera e hizo sonar la campanita que tenía al frente. Me dijeron que esa fue la más larga de todas las reuniones que se habían celebrado hasta ese momento: duró cinco horas y media (de las 10 hasta las 15:30 de la tarde). Guevara presidía la sesión a conciencia, cediendo la palabra, acotando juicios, moderando el debate. Yo lo observaba con una cierta distancia y pensé, satisfecha, que me había integrado a un equipo de gran nivel y ponderación.

Su experiencia en los asuntos de gobierno era evidente. Allá, al otro extremo de la mesa, destacaba su extraño rostro tártaro: ojos achinados, nariz pequeña, boca grande y un par de orejas en punta. El bigote fino, un tanto cano, se dibujaba discreto sobre la boca. Con la cabeza totalmente calva, con pocos pelos que peinaba a los lados, Guevara bebía, de tanto en tanto, unos sorbos de agua o golpeaba nervioso el cenicero. Fumaba mucho, apenas apagaba un cigarrillo ya estaba encendiendo otro.

Los temas que se debatían eran en su mayoría económicos y sociales: los pedidos de aumento salarial, las presiones laborales y los paros que brotaban como hongos. ¿Qué política adoptar ante el anuncio de los Estados Unidos de que lanzaría al mercado 35.000 toneladas de su reserva estratégica de estaño? Los ministros expresaban una preocupación compartida: era muy difícil trabajar con la ola de peticiones de informe e interpelaciones con que el Parlamento los agobiaba. Los más atingidos eran los del área económica.

La primera interpelación congresal en grande estaba planteada por los diputados del MNR José Fellman, Guillermo Bedregal y Agapito Feliciano Monzón y cuestionaba un decreto emitido días antes por el gobierno, que creaba la obligación de un depósito previo del 500% a las importaciones de bienes suntuarios. De él se dijo que pecaba de ingenuo y visto aisladamente lo parecía. Había surgido por la urgencia de precautelar las escasas reservas monetarias con que contaba el país y que alcanzaban apenas para 15 días de importaciones.

El ministro de Finanzas, Guido Hinojosa, había revelado que en los últimos años las importaciones habían crecido en un 113% y las exportaciones solamente en

un 21%. Existía una diferencia del 1 al 13 entre las adquisiciones de bienes de capital y las de artículos suntuarios y de consumo. Ocurrían cosas absurdas como estas: comprábamos del exterior dos millones de dólares en chicles, otro tanto en chocolates y cuatro millones de dólares en manzanas chilenas y argentinas.

Para aplicar la medida, el gobierno debía tener un estricto control de la Aduana y contar con políticas coherentes. Y estaba lejos de ello. "Lo que ustedes proponen es una lista de oportunidades para el contrabando", dijo Freddy Vargas, diputado de ADN, a los ministros Hinojosa y Miranda. Esa actividad ilegal se había institucionalizado precisamente durante los dos últimos regímenes militares y no iba a ser un gobierno transitorio el que le pusiera fin. Lo que en verdad se quería evitar era el colapso en la Balanza de Pagos. En estos momentos, la solicitud de un millón de dólares diarios que hacían los importadores al Banco Central era una forma disimulada de sacar divisas fuera del país. Hablar de las reservas era extremadamente sensible. Estas alcanzaban apenas a 40 millones de dólares. Una palabra de más y podía desatarse una corrida.

En esa y en posteriores sesiones de gabinete empecé a entender algunas cosas y a sorprenderme por otras. La iniciativa de corte "cepalino" para hacer una selección de las importaciones y ahorrar divisas había salido nada menos que del Senado y, sin embargo, poco faltó para que los ministros fueran censurados a sugerencia de la ADN. Esa posibilidad apoyada por diputados de la izquierda fue superada gracias a la opinión contraria del MNR, que había decidido ir dorando a su presa a fuego lento.

A este gobierno le había tocado jugar el papel de fiel de la balanza. Era el colchón donde se estrellaban las presiones sociales largo tiempo contenidas, la suspicacia de algunos sectores militares frente al Juicio de Responsabilidades al general Hugo Banzer que el diputado socialista Marcelo Quiroga Santa Cruz había iniciado en el Parlamento y las inocultables ansias de algunos grupos políticos que deseaban controlar aquello que Víctor Paz Estenssoro había bautizado como el "maravilloso instrumento del poder".

Una serie de acciones parlamentarias - como se vería más tarde - tenían el afán de desestabilizar a este gabinete al que había ingresado. Esto era difícil de entender a un comienzo, especialmente si se presumía la buena fe de los políti-

cos. Guevara había sido elegido por ellos. En cierto sentido, me sentía como alguien que ha llegado a película comenzada. Necesitaba con urgencia que alguien me contara la otra mitad de la historia. Porque una es la visión desde la tribuna periodística y otra, muy distinta, la que se tiene desde el gobierno.

En el fondo, la Alianza del Movimiento Nacionalista Revolucionario (AMNR) no le perdonaba a Guevara que estuviera de Presidente en lugar de Víctor Paz Estenssoro. Lo que más la irritaba era que habiendo sido dirigente de ese frente político y su senador electo, una vez de Presidente hubiera tomado distancia para jugar la carta de la imparcialidad.

La posición de Guevara Arze era *sui géneris*. Mientras insistía en conformar un gobierno de ancha base parlamentaria, su partido el PRA seguía formando parte de la Alianza MNR. Más tarde se vería que la adhesión del PRA a esa coalición era mayor que la que podía tener con el Dr. Guevara que no pudo contar con su brigada parlamentaria ni en los momentos más difíciles. Cuando el diputado Fellman Velarde se refirió a él tratándolo de autócrata y chantajista, ni una sola de esas voces se levantó para moderar los ánimos del airado contendor del Presidente.

A Guevara le dolió tanto esa embestida que dedicó toda una mañana de su precioso tiempo a escribir un " brulote" contra Fellman. Recuerdo un día que había acudido a Palacio para mi audiencia regular y el edecán me dijo que no creía que se lleve a cabo porque el Presidente estaba muy ocupado. Hizo llamar a su secretaria particular para dictarle algo.

Me retiraba cuando su hijo Walter, me llamó a un aparte. En la Sala de Gabinete me mostró un texto en cuatro páginas que el Presidente había redactado y quería que se publicara como una solicitada en la prensa. Me bastó leer unas líneas para adivinar el contenido. Estaba escrito en el típico lenguaje movimientista, aquel estilo de hacer política que había sido nefasto para el país. Se me pararon los pelos y pensé: "Por Dios, Ana María, ¿dónde te has metido?"

El Presidente charlaba con el Ministro del Interior en la puerta de su despacho y al vernos se aproximó. Era obvio que intuía de qué estábamos hablando y me preguntó que opinaba sobre el documento. Me armé de fuerzas

para decirle que debía tomar ese texto como un desahogo sicológico, pues si llegara a publicarse, así fuera bajo otro nombre, como se sugería, todos sabrían que lo había hecho él y un mandatario, un hombre de su categoría intelectual, no podía rebajarse a eso. Me observó sorprendido. Quizás no esperaba esa reacción de mi parte o no estaba acostumbrado a ser contradicho. Luego de unos minutos de tenso silencio estrujó el papel donde había volcado su exabrupto y buscó un basurero para arrojarlo. Respiré aliviada y noté que él también lo estaba.

A medida que pasaban los días se evidenciaba que la Alianza MNR quería el gobierno y sentía que tenía derecho a él, porque finalmente Guevara estuvo en sus listas. Había sido uno de ellos. ¿Y para qué lo quería? Por un lado para cumplir los compromisos contraídos en la elección y por el otro para asegurarse la victoria en los comicios fijados para el mes de mayo. Toda la enredadera política y parlamentaria con que cubría la maniobra no podía ocultar ese propósito.

Pero Guevara insistía en su imparcialidad y no se cansaba de acudir una y otra vez a la Alianza y a la Unidad Democrática y Popular ofreciéndoles participación en el gobierno, sin comprender que su interinato era una transacción, de cara al exterior, que ninguno de los frentes en pugna había digerido plenamente. El empantanamiento político al que el país llegó en las elecciones del 6 de agosto era una constante que Guevara no podía resolver por sí solo y que contribuía, en gran manera, a patentizar la orfandad de un gobierno cuyos padres negaban amparo al Presidente que habían engendrado.

Detrás del "apoyo crítico" que la UDP brindaba al gobierno estaba también el propósito de no permitir que los puestos claves del Estado fueran a dar a manos del MNR. La AMNR, por su parte, no perdía oportunidad para intentar acomodar a su gente, bien sea a través de Guevara o directamente.

En algunos casos la cosa funcionaba así. Un día recibí en mi despacho el telefonazo del senador que había sucedido a Guevara en la presidencia de la Cámara Alta y que me pedía un ítem para uno de sus conmilitones. Le dije que no sabía si existía un puesto disponible y que, si así fuera, su candidato tendría que ser apto para él. Era preciso que me volviera a llamar. Lo hizo a los dos días y cuando le manifesté que lo lamentaba pero que no habían vacancias para llenar replicó: "Mire señora, él es del partido..."

"Lo siento honorable, yo no soy del partido y aunque lo fuera no tomaría a su recomendado por ese solo hecho". Muy molesto dijo al otro lado de la línea: "Lo plantearé de otra manera: antes *ellos* ocupaban todos los puestos ahora tienen que dejarlos para que entren los *nuestros*..." Estaba claro: lo que quería el MNR eran pegas.

El asunto no terminó ahí. El honorable Leónidas Sánchez tenía su manera para demostrarme que estaba molesto. A las 24 horas supe por la prensa que me había planteado una petición de informe sobre la Empresa Nacional de Televisión (ENTV). Aunque no existía una responsabilidad directa de mi gestión sobre los antecedentes que se pedían -al igual que en la mayoría de interpelaciones que se hacían a mis colegas de gabinete- esta era la mejor manera de complicarme la vida y demostrarme que podía iniciarse una relación nada constructiva.

Mi reacción no fue adversa porque me interesaba conocer más sobre la ENTV, de manera que ordené que se empiece el estudio de los temas planteados. Para esto se conformó un equipo de cinco personas que debía dedicarse a tiempo completo a satisfacer la petición congresal dejando de lado cualquier otra labor.

De pronto me puse a pensar cuántos funcionarios estarían, en esos momentos, dedicados a resolver las aproximadamente 500 peticiones e interpelaciones que se habían planteado en el Parlamento a los diferentes miembros del Consejo de Ministros. Empecé a sospechar de que al margen de un afán legítimo de fiscalización, muchas iniciativas del Legislativo estaban teñidas de otras intenciones.[1]

[1] En su libro "Doy la cara", publicado en septiembre de 1995, Guillermo Bedregal revela que el plan golpista se apoyaba en una ofensiva frontal de la brigada parlamentaria del MNR que debía concluir en una censura a todo el gobierno de Guevara. "Al producirse una crisis de gobierno y un enfrentamiento entre el Ejecutivo y el Legislativo, se daría pie a la intervención de las Fuerzas Armadas", afirma.

El Gabinete del Dr. Guevara estaba conformado en su mayoría por profesionales que no tenían militancia partidaria, pero que no era, no podía ser apolítico - como el Presidente lo había definido - pues si existe una función política por excelencia es la que ejercita el Poder Ejecutivo.

Por entonces, la política no se hacía solamente a través de los partidos, que realizaban ejercicios de calentamiento para recuperar su contextura luego de un receso obligado de varios años. El poder real estaba en las Fuerzas Armadas y en la Central Obrera Boliviana.

Los militares tenían su representante en el Gabinete, los obreros no. Este era el Ministro de Defensa que más tarde jugaría un papel nada decoroso. Con el rostro erosionado por marcas de un acné juvenil mal cuidado, el general Julio Herrera era en extremo discreto, por no decir opaco. No se le escuchó jamás una intervención en las sesiones de Gabinete. Se limitaba a sonreír en signo de aprobación o de asentir con la cabeza. Cuando más vertía sus opiniones en los corrillos. Sabíamos que estaba allá como resultado del intento de golpe en Trinidad, conocido como el "trinitazo". Su presencia servía para recordarnos la amenaza que pendía sobre el débil gobierno de Guevara.

Parecía una manía enfermiza, pero algunos militares no habían perdido la costumbre de golpear, ni los políticos la de inducirlos a que dieran "un día de gloria a la Patria". Más que en las urnas, que eran siempre sospechosas de fraude para quien no tuviera control del mecanismo electoral, la vía preferida para los cambios de gobierno era la militar. Cada partido apostaba, como en las carreras de caballos, a su general favorito. Todos tenían almácigos de militares que cuidaban con gran esmero.

No era pues nada fácil preservar al primer gobierno constitucional que había cumplido apenas tres meses de vida en toda una década. Como se vería más adelante el Congreso era una fachada tras la cual se escondían una serie de jugadas de naturaleza nada democrática.

Era tal la cantidad de rumores sobre aprestos golpistas que fluían al Palacio, que hasta Guevara se había recubierto de una actitud entre escéptica y resignada. De tanto oír las versiones sobre presuntas asonadas, éstas parecían un tanto irreales. Alguna vez escuché al Presidente decir con angustia: "El golpe nuestro de cada día, dánoslo hoy Señor...", porque las fechas iban recorriéndose de acuerdo a los informantes.

Aunque continuaban siendo cortejados por los políticos, los militares sabían que estaban en franca retirada. Les había llegado una señal del Norte que no podían ignorar: el tiempo de las bayonetas caladas había terminado.

Replegarse a los cuarteles resultaba doloroso para generales, coroneles y oficiales de distinto rango que se habían acostumbrado a las fruiciones del poder. Para ellos era lo más normal administrar empresas, asistir a conferencias internacionales, ser designados como embajadores, ministros y cubrir infinidad de otros cargos para los que no habían sido preparados.

Al igual que un partido - en eso, más o menos, se habían convertido las FF.AA.- el hecho de estar en el gobierno, no significaba sólo ocupar tal o cual ministerio sino tener amigos en situaciones claves y por lo tanto influencia, invitaciones, "muñeca", acceso a créditos, honores de toda índole y sobre todo un poder ilimitado. Sólo durante el segundo período del general René Barrientos (1967-69) que fue elegido mediante voto popular, en elecciones tachadas de fraudulentas por la oposición, existió una Asamblea Constituyente que se transformó en Congreso Ordinario, pero luego todos los presidentes militares que siguieron y especialmente el general Hugo Banzer, que se mantuvo en el poder durante siete años (1971-1978), gobernaron discrecionalmente y sin permitir interferencias, rodeados de políticos de diversa laya, según la tendencia del régimen de turno. Entre uno y otro régimen los militares se habían pasado aproximadamente tres lustros en el poder.

Si además de la fuerza que dan las armas, controlaban sin contrapeso todo el mecanismo del poder, es fácil figurarse el sentido de propiedad sobre el Estado que habían desarrollado, en todo ese tiempo, desde el más insignificante cabo hasta el más encumbrado general.

Este se manifestaba en una suerte de complejo de superioridad alentado por los adulones de su entorno. Acostumbrados a mandar o recibir órdenes solamente de sus superiores uniformados, les resultaba incómodo encontrarse de la noche a la mañana con que tenían un civil como Capitán General. Y Guevara

no era un civil cualquiera. Es posible que le hubiera faltado tino para enfrentar algunos trances, pero no podía negarse que le sobraba prestancia.

El momento era especialmente delicado. Sin embargo, fueron pocos los dirigentes políticos que se plantearon la necesidad de ayudar a los militares a asumir su nuevo papel en el proceso de democratización del país. Todos celebraban publicamente su retirada pero no estaba entre sus prioridades el darles una salida honrosa. Era tal la estela de corrupción, abuso y desgaste que los precedía.

En la izquierda, que fue la más golpeada en materia de derechos humanos, y que esperó ansiosamente que llegara ese momento para reivindicar el exilio, los presos y desaparecidos, había un deseo de tomarse la revancha sin reparar en nada más. Había esperado mucho tiempo para obtener justicia. Más que eso, aguardaba la posibilidad de una revancha política. Vana ilusión que se desvanecería en la medida en que sus dirigentes empezarán a gustar de ese peligroso elixir del poder.

Ahora que la democracia se lo permitía, la izquierda conmemoró de manera ostentosa el onceavo aniversario de la muerte del Che Guevara en La Higuera. En la mayor parte de las universidades públicas colgaban monumentales retratos del guerrillero que tuvo tan malhadada suerte en Bolivia y cuya muerte resultó su mayor victoria.

En los sectores radicalizados menudeaban las provocaciones intrascendentes de las que se aprovechaban las corrientes castrenses "duras" en perjuicio de otra de oficiales institucionalistas que apostaban a la democracia. Estos últimos se habían percatado que estaba en franco proceso de extinción la doctrina de la seguridad nacional, un mecanismo de la Guerra Fría propiciado por los Estados Unidos que, bajo la premisa de que había que proteger a la América Latina de la infiltración comunista, sirvió para justificar toda una serie de abusos, censura y crímenes, a más del manejo discrecional de la cosa pública en la región.

La decisión del Presidente norteamericano Jimmy Carter de apuntalar la democracia, había sido mal recibida en los ejércitos de la región. Incluso los más perspicaces que eran conscientes del desgaste que habían sufrido las Fuerzas Armadas en función de gobierno, compartían una serie de reacciones con sus colegas de uniforme. Aunque se esforzaran por diferenciarse, el desgaste militar los alcanzaba. No eran "tres pasos al frente" los que estaban obligados a dar sino hacia atrás.

El Presidente Guevara, que simbolizaba al civilismo que hacía su retorno a la vida política, se convirtió en blanco preferido de las reacciones de los "enojados". Poco era lo que podía hacer para moderar los ánimos exaltados por el Juicio de Responsabilidades instaurado contra Banzer. De por medio, estaba un país que demandaba explicaciones por siete años de gobierno de facto con muertos, exiliados, presos, negociados y una serie de medidas controvertidas. Tampoco existía en el gobierno la intención de frenar otras manifestaciones del ejercicio de una libertad plena ante las cuales los autoritarios fruncían el ceño o acariciaban el gatillo.

"Los soldados deben pasar de la defensa de las fronteras a la defensa de las instituciones", les dijo el Presidente en Guaqui, con el ánimo de imbuir en los militares una nueva mística que reemplazara a la que habían desarrollado durante los últimos quince años. Más tarde, al ser derrocado, Guevara plantearía que era preciso acometer una re-educación mayor de este sector que, en su concepto seguía influído por conceptos exógenos que le inculcaron instructores estadounidenses en la Escuela de las Américas en Panamá.

El general Hugo Banzer se había dado modos para convencer a buena parte de los oficiales y jefes de las Fuerzas Armadas que el juicio que se le seguía en el Congreso era contra la institución en su conjunto. Que si fuera condenado todos caerían junto a él. Para que no lo olvidaran publicó un aviso pagado con una lista de todos los que habían colaborado a su gobierno.

Los militares se mostraban muy susceptibles. Lo que en realidad querían obtener como condición para replegarse tranquilamente del ámbito político, era que se les asegure un borrón y cuenta nueva. En todas sus reuniones con el Presidente sacaban a relucir el tema y en una de ellas hasta llegaron a proponerle cerrar el Congreso y apoyar a su gobierno. Planteamiento que Guevara desestimó inmediatamente.

Una sugerencia del máximo dirigente sindical Juan Lechín Oquendo, para que se redujera el presupuesto militar, motivó una reacción inmediata del Comandante de las Fuerzas Armadas, general David Padilla, considerado como un hombre moderado y el conductor del repliegue de su institución en pro de una apertura democrática.

Lechín era portavoz de un sentimiento antimilitarista anclado en la población. Sus declaraciones, que causaron regocijo en muchos sectores y en muchos políticos (que pensaban pero que no decían públicamente este tipo de cosas), agregaron leña a la hoguera.

De pronto, el general Padilla, dejando de lado su papel de moderador empezó a contemporizar con sus camaradas de armas. En sus declaraciones calificaba a Lechín y al líder socialista Marcelo Quiroga Santa Cruz como a enemigos de las Fuerzas Armadas. Su planteamiento estaba centrado en cuatro puntos: a) un rechazo a cualquier intento de reducir el presupuesto militar; b) la reafirmación de la presencia militar en los centros mineros; c) rechazo al pedido estudiantil para reducir el servicio militar de un año a sólo tres meses, y d) una crítica a la democracia. El Comandante planteaba que ésta no era entendida ni practicada y puso como ejemplo la ola de huelgas y desórdenes callejeros que brotaban como letanía desde que Walter Guevara asumió el gobierno el 7 de agosto de 1979.

Visto en ese contexto, el famoso "trinitazo" aparecía como el primer abceso que reventaba y cuyas motivaciones reflejaban el estado de ánimo castrense.

¿Qué pedían los militares en Trinidad? En sus primeras proclamas señalaban que las Fuerzas Armadas se habían ofrecido voluntariamente para constitucionalizar el país y, por eso, el 7 de agosto habían entregado el gobierno a un Presidente elegido por el Congreso "a pesar de que se vulneraron los preceptos constitucionales y de que existían denuncias de fraude que ponían en tela de juicio la legitimidad de quienes resultaron usurpadores de la voluntad popular".

Más tarde, avanzaron en sus pretensiones, exigiendo a sus superiores la clausura del Parlamento por inepto, la sustitución del Presidente Guevara si éste "no puede garantizar la convivencia pacífica y la defensa y respeto que se debe a las FF.AA." y su sustitución por un jefe castrense. El "trinitazo" había sido algo más que una luz roja.

Muchos dirán que, en realidad, los golpistas estaban a la espera de pretextos. Que si no eran éstos se hubieran buscado otros, pero también es cierto que no existió consenso entre los partidos para avanzar hacia lo que realmen-

te importaba: la consolidación de la democracia. Junto con la apertura, resucitaron antiguos modos de hacer política que habían probado ser muy negativos. Rencillas e intereses particulares que se sobreponían al bien común. Había quienes, para sacar tajada, no dudaban en alimentar una polarización que favoreciera a sus propósitos.

En ese contexto es fácil entender por qué cayó en saco roto la demanda de unidad que hacía el Presidente Guevara. El país había quedado atascado en el 5 de agosto. En las viejas rencillas de orden personal que mantenían entre sí los llamados líderes históricos del MNR y que impidieron la elección del Presidente de la República entre los dos más votados, como lo establece la Constitución.

El poder militar estaba intacto y se fortalecía con las divisiones que los partidos ponían al descubierto. Estos le servían en bandeja de plata el argumento que necesitaba para revertir todo lo avanzado en materia institucional. Estaba visto: la democracia no pasaría de ser un mito si la espada de Damocles que la amenazaba seguía pendiendo sobre ella. Pero el problema continuaba sin resolverse en su dimensión macro política.

Por lo que simbolizaba en ese momento y por la debilidad intrínseca de que hacía gala, era evidente que el gobierno del Dr. Guevara estaba en la mira de los potenciales golpistas. Pero eso no parecía importar a los líderes civiles que continuaron manteniéndolo en la más absurda soledad.

Luego de muchos años, un presidente civil actúa como Capitán General de las Fuerzas Armadas. Guevara rodeado del Alto Mando Militar. En la fotografía los generales David Padilla, Comandante en Jefe, Ramón Azero, Comandante del Ejército, el Comandante de la Fuerza Aérea y Víctor Castillo, Jefe de Estado Mayor.

Juan Lechín Oquendo Secretario Ejecutivo de la Central Obrera Boliviana, rodeado de Simón Reyes, Oscar Sanjinés y la plana mayor del organismo sindical, que era uno de los principales factores de poder al iniciarse la apertura democrática.

Cuando el Presidente Walter Guevara pronunció su discurso de posesión en el Congreso dijo que pretendía hacer de su gobierno "un puente entre el pasado y el porvenir". Lo estaba escuchando aquel 7 de agosto desde la galería destinada a los periodistas y encontré la frase tan pertinente que la incluí en mi despacho de prensa para la agencia alemana DPA.

Una vez en el cogollo del gobierno, comprendería lo que esas palabras significaban realmente. No era éste un puente de plata como el que se dice que los españoles podrían haber construido para unir el Viejo y el Nuevo Mundo con toda la riqueza que extrajeron de Potosí. Ni siquiera uno de concreto armado. El puente en el que el país cruzaba de los regímenes de facto a la democracia estaba construido con modestos callapos y sostenido por frágiles lianas. El gobierno debía mantenerse heroicamente sobre él para no caer en las tumultuosas aguas que corrían por debajo.

Para mucha gente la "democracia" era la palabra mágica, una suerte de conjuro, que iba a solucionar una serie de problemas acumulados y cuya atención se había descuidado por largo tiempo.

Las peticiones salariales brotaban por doquier. Los paros para que se atiendan demandas, largo tiempo postergadas, se sucedían. Todos requerían atención pronta, inmediata, del gobierno. Los empresarios no se quedaban atrás. En algunos casos empujaban a sus trabajadores a presionar por créditos estatales que "salvaran" a su fuente de trabajo de la ruina, como el caso de la fábrica de calzados Flex, de Cochabamba, que Guevara dijo que ya utilizaba ese ardid en la década del 50. ¿Qué hacer?

El ingrediente demagógico y electoralista también estaba presente. Al fin de cuentas faltaba menos de un año para los próximos comicios y la lógica del momento era que el partido ganancioso sería aquel que apoyara con mayor vigor las demandas laborales.

A poco de la recomposición ministerial, el Presidente Guevara hizo una propuesta al Congreso y al país. Dijo que veía muy difícil que en el transcurso de un año se pudiera arreglar la situación económica y llamar a elecciones. En su criterio era preciso que el Congreso encare la solución del problema. Si la idea era desestimada, él la acataría. Simplemente quería dejar constancia de la dificultad que entrañaba el llevar adelante ambos procesos en forma paralela.

Guevara creía que el reordenamiento económico del país era una tarea que estaba por encima del bien y del mal. Que debía ser fruto de un compromiso político. "Si tomamos las medidas sin ese previo acuerdo todos querran sacar tajada del asunto. Ganaría las elecciones el que ofrezca más aumentos salariales y el que brinde soluciones ideales pero no reales. Eso no me parece justo... Se tiene que obrar con seriedad en esta materia", decía.

Más que tiempo lo que en verdad necesitaba Guevara era sustento político. Sin éste, era poco lo que podía hacer.

Su planteamiento dio lugar a sospechas y malos entendidos. El tema no se trató en gabinete pero había sido discutido largamente con el equipo económico luego de concluir la interpelación a la que éste fue sometido en el Congreso. Los ministros Hinojosa y Miranda habían preparado un paquete de medidas sólidamente estructuradas que era imposible poner en ejecución sin contar con apoyo político.

La situación económica era en extremo delicada. Un informe del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, hecho público esos días, advertía sobre la necesidad de controlar el creciente déficit fiscal y decía que para ser nuevamente sujeto de crédito, Bolivia tenía que poner en práctica un programa de estabilización.

Entre las medidas que se consideraban como prioritarias estaba el aumento de los precios del petróleo y sus derivados en un 120%. (Los trabajadores petroleros sugerían un 130%). El país estaba ante el riesgo de tener que importar petróleo pues el contrabando de carburantes fluía como chorro a los países vecinos. En su informe de final de gestión, el general Padilla había advertido que la gasolina era el combustible más barato del mundo. En 1978, YPFB otorgaba 4 dólares de subvención por cada barril de petróleo crudo elaborado pese a que arrastraba un déficit de $us.356 millones.

Había llegado también el momento de empezar a pagar la cuantiosa deuda externa contraída por Banzer. Justo cuando estaban gestándose las condiciones que iban a modificar sustancialmente el escenario internacional que alentó el flujo de petrodólares a través de la banca y que fue una de las vertientes de la crisis que haría añicos la economía boliviana en los años siguientes.

El endeudamiento del país se había cuadruplicado en los últimos siete años pese a que, en el mismo tiempo, los precios para nuestras materias primas de exportación fueron excepcionales y se aprovecharon al máximo. El estaño subió de $us. 1.20 a $us. 7 dólares por libra fina y el petróleo llegó a cotizarse de $us. 2.50 a $us.14 el barril.

Un 68% de la deuda estaba contratada con la banca privada internacional y ésta exigía que se le pague. En 1974 se habían destinado 78 millones de dólares al pago de intereses por la deuda externa; en 1978 esa obligación ascendió a 355 millones de dólares y representaba un 32% del total de las exportaciones.

La tasa de inflación que heredó Guevara estaba próxima al 50% y se hacía visible en el alza de precios de los productos de la canasta familiar en los mercados, que era casi imposible controlar. Los pequeños comerciantes advertían lo que estaba ocurriendo con la economía y se guardaban las espaldas.

El precio que se pagaba por el dólar era igualmente bajo y no tenía relación con los ingresos por exportaciones, las presiones inflacionarias y la política cambiaria de los países vecinos.

Pero el propio FMI opinaba que la modificación de la tasa de cambio no podía llevarse a cabo sin resolver primero la situación financiera del sector público y la existencia de un elevado número de obligaciones bancarias con garantías de cambio. Su informe recomendaba el reemplazo de los depósitos que estaban dolarizados con incentivos al ahorro en moneda nacional.

Este panorama que era de dominio público colocaba a la economía en una situación de alta volatilidad. No era exagerado decir que el futuro de la naciente democracia dependía de la forma en que se solucione el problema. Por eso Guevara había trasladado la decisión al Congreso. Consideraba que esa responsabilidad no debía ser cargada sobre los hombros de un gobierno débil.

La crisis económica explicaba muchas cosas. Todo sería diferente si el país hubiera estado viviendo una situación de bonanza. Sin duda que habría sido más difícil que los militares entregaran el poder a los civiles e impensable que Guevara fuera electo. Ordenar la economía tenía un costo. Por alguna razón, nadie quería agarrar ese leño encendido que venía pasando de mano en mano desde 1977.

El tema económico no era políticamente neutro. Ni en lo grande ni en lo chico. Por ejemplo, los empresarios ligados a la comercialización del trigo adeudaban al Estado 3.7 millones de dólares desde 1974. Y pese a que era imprescindible que el Ministerio de Industria y Comercio lograra que esa deuda se pague para normalizar el abastecimiento de harina y la provisión de pan de batalla, hacerlo tenía sus peligros. La empresa privada era, en esos tiempos, un factor de poder que inclinaba fuertemente la balanza política y, por razones obvias, muchos empresarios preferían un gobierno sin fiscalización.

Pero además, de los problemas económicos heredados, la transición del régimen de facto al constitucional creaba una situación compleja en el ámbito jurídico institucional. Un presidente de facto, como Banzer, no requería consultar al Congreso para promulgar leyes y podía llevar a cabo una serie de modificaciones de la estructura legal del Estado como la que, en efecto, llevó a cabo. Durante su gobierno se promulgaron los Códigos en actual vigencia.

Como sus decisiones podían tomarse en el día, su capacidad de respuesta a demandas regionales o laborales era inmediata. Dependía tan sólo de su buena voluntad. No ocurría lo mismo en un régimen constitucional donde era preciso que el Poder Ejecutivo consensuara sus decisiones con el Legislativo.

Aunque cueste creer, esa celeridad de los gobiernos de facto, esa eficacia de la que hacían gala en determinadas materias, se consideraba lo más normal del mundo. Los ciudadanos se habían acostumbrado a ese *modus operandi* y quizás por eso el Congreso era objeto de tantas críticas. Más allá de las bondades y de la representatividad que le reconocían quienes tenían un arraigado sentido institucional y democrático, el resto le achacaba la lenta marcha del Estado. Era un tamiz que muchos hubieran preferido que no existiera.

En una ocasión en que varios ministros fueron a Corocoro para resolver un potencial conflicto, los trabajadores mineros, declarados en pie de huelga,

exigieron como condición para levantar su medida, que el gobierno tomara una serie de decisiones. Entre ellas figuraban la inmediata instalación de una fábrica de lixiviación de cobre con el financiamiento de Alemania y Austria por $us. 8 millones de dólares, la electrificación de la zona con un crédito por $us. 1 millón, la construcción de un complejo deportivo y otras demandas por el estilo. Grande fue su decepción cuando se les explicó que el trámite dependía de las decisiones en materia económica que debía tomar el Congreso.

El celo de la Contraloría General de la República amenazaba también con paralizar la actividades pública. El Dr. Manuel Morales Dávila, ajustándose estrictamente a la letra muerta de la ley, calificaba como nulos los actos de los regímenes de facto y detenía cuanto trámite pasaba por sus manos.

Su acción originó una serie de problemas. Tal el caso de la Fábrica de Cemento de Sevaruyo, un proyecto ubicado en el departamento de Oruro cuya adjudicación fue declarada improcedente por el Contralor. El paro departamental que se decretó con este motivo no impresionó a este diligente funcionario que con sus actuaciones hacía aun más densa la maraña jurídica en la que estaba enredado el país.

Pero los decretos-leyes no eran los únicos molinos de viento contra los que se estrellaba la acción de la Contraloría. En su afán de depurar la corrupción, se había puesto a la tarea de develar adjudicaciones de obras que se hicieron durante los gobiernos de facto generalmente sin licitación, con omisión de normas legales y una serie de hechos que juzgaba incorrectos y que posiblemente lo eran.

Este ejercicio por demás necesario y saludable se lo hacía con prescindencia de lo que estaba ocurriendo en el plano político. Lo mencionamos simplemente para mostrar lo difícil que resultaba el paso hacia la institucionalidad democrática cuando una buena parte de la armazón que sostenía al Estado estaba construída sobre cimientos deleznables desde el punto de vista jurídico, ético y administrativo.

¿Podía saltarse en garrocha todo el período de facto del que acabábamos de salir y pretender que no existía, porque estaba inmerso en una legalidad construida desde la ilegalidad? ¿O era mejor aceptarlo como una herencia

que debía irse modificando paulatinamente, con la necesaria prudencia e inteligencia? El problema iba a tomar años, no días, en resolverse.

Aunque había prisa por cambiar las cosas, la transición no figuraba en la estrategia de la Central Obrera ni en la de algunos partidos. Unos veían esa posibilidad como una traición a sus principios. Otros no se hacían problema en olvidar, perdonar y condonar. Ya lo habían hecho antes.

No se habían desarrollado mecanismos que permitieran lograr ciertos consensos en aquello que era importante para la nación sin dejar de lado las banderas por las que luchaba cada partido. Lo único que parecía animar a la dirigencia política era la disputa por ganar las elecciones que se avecinaban. La democracia era instrumental a sus propósitos. Todavía no la percibían como una demanda fuertemente anclada en la sociedad.

Con el tiempo, muchas de esas actitudes de intolerancia extrema se trocarían en un pragmatismo sin atenuantes. Esa temible sentencia de que "lo malo de los duros es que se quiebran", llegaría a convertirse en una realidad cotidiana.

La OEA: termómetro para una democracia

Entre los asuntos que el gobierno debía encarar prioritariamente estaba el de preparar y participar en la IX Asamblea General de la OEA que se instaló en La Paz el 22 de octubre, con la asistencia de cancilleres de 27 países.

Pronto me integré al excepcional equipo que manejó esta negociación. Las circunstancias de la vida me habían dado la oportunidad de trabajar en un asunto de Estado con mi padre: nuestro embajador ante la OEA, Gonzalo Romero. Su gestión diplomática en Washington iniciada durante el régimen del general David Padilla le había permitido desarrollar sus dotes de político y de estudioso de nuestros problemas internacionales. Había conseguido que la asamblea regional se realice en nuestro país en el año en que se conmemoraba el centenario de la infausta Guerra del Pacífico en la que Bolivia perdió su extenso litoral marítimo y se convirtió en un país mediterráneo. Más tarde y pese a los reclamos que presentó Chile, logró que la OEA incluyera en la agenda de la reunión el análisis del tema marítimo.

Para reforzar el equipo negociador en un asunto de tanta importancia para el país, el Presidente Guevara había convocado a La Paz, al escritor Alfonso Crespo Rodas, entonces Cónsul General en Chile, y al periodista y diplomático Walter Montenegro, embajador en el Perú. Entre los funcionarios de la Cancillería destacados a esa reunión figuraban los subsecretarios Alfredo Otero Calderón y Alfredo Jimenez Carrazana, así como el Secretario General Víctor Marquez. Todos participábamos en esa misión con un entusiasmo cercano a la mística.

La estrategia que el país tenía para la Asamblea imprimía un nuevo giro a nuestra política exterior. Pretendía insertar el problema marítimo boliviano en el marco de los factores reales de poder que se daban en el continente.

Sobre el filo ya de la llegada de los delegados, el Canciller Gustavo Fernández expuso ante el Gabinete la política a seguir. Esta partía de un rigu-

roso análisis del papel que le tocaba desempeñar a Bolivia en ese juego constante de presiones e intereses que se desarrollaba entre los diferentes países de la región. Visto en esa perspectiva, el enclaustramiento boliviano era el corazón del conflicto en el Pacífico Sur. La usurpación chilena excluyó transitoriamente la presencia soberana Bolivia en esa zona pero no pudo eliminar su gravitación económica, geopolítica y humana.

Un memorándum enviado a la Cancillería por nuestro embajador ante la OEA proponía que nuestra delegación dejara bien sentados los derechos inalienables que le asisten al país para reclamar los territorios que le pertenecieron, pero, a la vez, brindara una válvula de salida para hacer posible una solución de "paz efectiva, permanente, en la que los distintos actores satisfagan sus intereses vitales".

Algunos hechos recientes, como el acuerdo suscrito entre los gobiernos de Carter y Torrijos para devolver a los panameños su soberanía sobre el Canal, alentaban la convicción de nuestra cancillería de que debía insistirse en el apoyo de la opinión pública continental para inducir una solución al enclaustramiento boliviano. Y ésta debía darse a través del diálogo y como una necesidad imperiosa de afianzar la paz hemisférica.

El planteo recogía la dolorosa lección de la negociación iniciada en Charaña por los generales Hugo Banzer Suárez y Augusto Pinochet, cuyos alcances habían sido tratados críticamente por el Dr. Guevara en su libro "Radiografía de la negociación con Chile". Pero iba más allá. Pretendía romper el círculo vicioso de la negociación bilateral en la que nos había enredado la diplomacia chilena durante un siglo.

Las conclusiones realistas a las que Guevara llegó en su libro, se mezclaban en la estrategia marítima ante la OEA, con la necesidad de incluir en cualquier resolución la tesis reinvidicacionista que alentaban grandes sectores de opinión, uno de cuyos principales exponentes era el Comité Pro Mar.

Sin renunciar al derecho de plantear su reclamo jurídico e histórico, Bolivia mostraría su buen ánimo para respaldar una posición "pragmática" - planteada por un país amigo - y que sentara las bases para un entendimiento futuro entre los tres países protagonistas de la Guerra del Pacífico, pero que a la vez le asegurara el apoyo continental para iniciar negociaciones serias que le permitan terminar con su enclaustramiento.

Durante su visita a Panamá, el Presidente había conversado con su colega Carlos Andrés Pérez sobre el apoyo de Venezuela a la reivindicación boliviana. La generosidad y el espíritu integrador de este país hermano se mostraron nuevamente en toda su plenitud cuando se instaló la Asamblea.

Como antecedente estaba también el respaldo logrado hacía apenas un mes en la VI Cumbre de Países No Alineados. Esa reunión había servido, entre otras cosas, para establecer un contacto directo con los países del Caribe y Centroamérica, que normalmente se interesan poco por los asuntos del Sur. El prestigio ganado a nivel continental por las últimas actuaciones políticas del Grupo Andino en Centro América jugaba también a nuestro favor.

Había otro aspecto que era igualmente propicio. A nadie escapaba que al margen de la justicia de nuestra causa, existía simpatía hacia la naciente democracia boliviana mientras que *mutatis mutandi* no ocurría lo mismo con la dictadura del general Augusto Pinochet. Esta tenía en el Sur un conflicto latente con Argentina por el Canal del Beagle y había acudido a la mediación de la Santa Sede para resolverlo. Sus problemas en el flanco Norte no eran menores. El Congreso estadounidense estaba frenético por el asesinato del ex Canciller chileno Orlando Letelier, en pleno corazón de Washington ordenado por la tenebrosa DINA que dirigía el general Manuel Contreras.

En el seno de la organización interamericana que se reunía en La Paz, se enfrentaban dos diferentes modelos políticos que pugnaban por imponerse en la región: los regímenes militares (que aún regían en Argentina, Brasil, Chile, Paraguay, Perú) y los gobiernos surgidos de la voluntad popular (Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia).

Los rumores de golpe de Estado acentuaban el dramatismo de esa confrontación. Estaban presentes en las conversaciones reservadas de cancilleres, diplomáticos y periodistas que asistían al cónclave hemisférico. Y, ¡quien lo diría!, en la propia política boliviana.

La difícil negociación que debía iniciar nuestra Cancillería requería, más que nunca, de condiciones que le permitieran canalizar apoyos. Era preciso hacer malabarismos para no herir susceptibilidades y lograr el apoyo hemisférico. Bolivia resumía, en esos momentos, los avatares por los que muchos países de la América del Sur pasarían en su tránsito hacia la democracia.

En el plano bilateral debíamos actuar con la máxima discreción para que Chile no pudiera alegar que se lo estaba hostilizando. Teníamos que lograr que nuestra demanda fuera explicitada con todo vigor pero sin herir a nadie. Estábamos al tanto de que, en previsión de que los vientos le serían adversos, el embajador chileno ante la OEA, Pedro Daza, contemplaba la posibilidad de abandonar la Asamblea arguyendo que había sido ofendido.

La prohibición municipal nos impidió empapelar la ciudad con carteles de bienvenida. En su lugar acudimos a colocar banderas y pedimos a colectivos y micros del servicio público que portaran distintas leyendas reinvidicativas. Un despliegue polícromo y sugestivo de mensajes surcaba por la ciudad.

Una buena parte de los doscientos periodistas extranjeros que cubrían la reunión de la OEA, estaban interesados en obtener entrevistas con el Presidente. La pregunta casi obligada era, "¿a qué atribuye usted el "trinitazo?"

Nuestra atención se concentraba en la Asamblea. El gobierno quería que el país saliera airoso de ese compromiso. Era preciso cuidar el mínimo detalle para que la estadía de nuestros huéspedes fuera grata y se reflejara en un apoyo a nuestra causa marítima. Y posibilitar a la prensa internacional todos los contactos posibles para que pudieran reflejar en el exterior aquella mezcla de orgullo, desenfreno libertario y cierta incredulidad, con que los bolivianos vivíamos nuestra todavía incipiente democracia.

En la problemática continental habían muchos temas que nos interesaban directamente. Que provocaban la adhesión o el rechazo de la opinión pública boliviana que seguía minuto a minuto los debates de este foro ubicado excepcionalmente en La Paz. Pero había un asunto que nos quitaba el sueño: el del mar.

Cientos de mujeres desfilaron por la Avenida Arce donde estaba el Hotel Sheraton, sede de la Asamblea de la OEA, convocadas por la Confederación Nacional de Instituciones Femeninas (CONIF). Todas las banderas que portaban las manifestantes llevaban consignas que habíamos redactado cuidadosamente con Margarita Tomsich de Catacora, cuidando que explicitaran el reclamo nacional sin una pizca de agresividad. Otra manifestación muy concurrida fue protagonizada por decenas de personas que se congregaron para protestar por la violación de los derechos humanos en algunas naciones

latinoamericanas, donde permanecían los regímenes militares. La COB lideriz6 una gran marcha de repudio a la decisión norteamericana de vender sus reservas de estaño, que pasó militantemente por la Avenida Arce. Las calles se llenaron con el bullicio de voces que habían estado largo tiempo acalladas.

En el piso 12 del Hotel Sheraton - donde se había instalado el cuartel general de nuestra diplomacia - se concentraban las difíciles negociaciones encaminadas a lograr el apoyo de los delegados americanos a la resolución que presentó el Canciller de Venezuela. Por los pasillos de esa mole de vidrio y cemento circulaban los diplomáticos bolivianos concertando acuerdos y coleccionándolos con meticulosa paciencia. Los 14 votos iniciales con que contaba Bolivia, fueron sumándose y multiplicándose hasta convertirse en 26.

Era lógico pensar que cualquier polémica interna debía ingresar en una pausa. Lo que se jugaba en la OEA tenía gran trascendencia para el interés nacional permanente y todas las voluntades debían confluir hacia esa meta.

La atención presidencial pronto se vio desviada hacia otros hechos que se alzaban inquietantes sobre su gobierno. Los informativos radiales y la prensa consignaban una grave denuncia contra el Primer Mandatario: el diputado Guillermo Bedregal criticaba el planteamiento que había hecho ante el Congreso y lo acusaba de querer prorrogarse.

Recuerdo la indignación del mandatario la mañana en que leyó esas declaraciones. En consulta con sus ministros más allegados, decidió no ingresar en una polémica que podía afectar a la imagen del país. En un documento escrito que leyó ante los periodistas decía que era preciso un acuerdo con el Congreso que "facilitara la acción del Ejecutivo y no la obstruyera".

"... O afrontamos con éxito, y en conjunto, la crisis económica o realizamos elecciones el año que viene. Ambas cosas no pueden hacerse simultáneamente", insistía en uno de los párrafos de su declaración. "Para evitar cualquier interpretación personal a mis palabras reitero que no me anima ninguna intención de retener el poder más allá de las decisiones del Parlamento", concluía.

"¿Quiere decir que las elecciones podrían postergarse hasta 1981?", le preguntaron. "Podría ser, no sé, eso dependerá de lo que decida el Congreso", respondió.

Al día siguiente un importante diario nacional abría su edición con un titular que decía: "Guevara sugiere prórroga de su mandato hasta 1981". Cómo negar la desazón que me produjo esa primera plana. Las circunstancias me habían colocado al otro lado de la orilla y ahora podía palpar en toda su dimensión la influencia que una "apertura" puede tener para la suerte de un gobierno y la interpretación que puede merecer una declaración oficial de acuerdo al ángulo del que se la mire.

El Dr. Guevara había dicho en que no buscaba una prórroga sino una definición política del Congreso. Era poco sagaz insistir en una propuesta de esas características en ese momento pero la situación económica se hacia insostenible. Si Guevara actuaba por su cuenta y sin realizar esa consulta podía ser acusado de extralimitarse en su mandato. Si no lo hacía iba a ser responsable de una situación catastrófica.

La urgencia de tomar medidas económicas serias y bien estructuradas había hecho que ya durante el gobierno de Padilla algún partido planteara la necesidad de una postergación de las elecciones y una prórroga de su mandato. Pero el General no picó el anzuelo.

En una declaración al diario Clarín de Buenos Aires, reproducida esos días en La Paz, Padilla recomendaba al Dr. Guevara que eleve el precio de la gasolina. Decía que si tomaba esa medida no tendría mayores problemas en llegar hasta las elecciones; en caso de que no lo hiciera le auguraba muchas dificultades.

¡Subir el precio de la gasolina! Ahora que se había ido podía decirlo. No era una medida que se pudiera adoptar sin provocar un cataclismo social y estaba claro que un gobierno tan frágil como el de Guevara no podía hacerlo sin contar con un sólido apoyo para aminorar el impacto sobre los sectores más deprimidos.

Padilla que conocía muy bien la situación económica, no se había dejado tentar ni siquiera por el empantamiento en el Congreso y había entregado presto las llaves del Palacio Quemado a los civiles. Los que querían golpear, o no tenían idea de lo que les esperaba, o eran tan irresponsable que el tema les tenía sin cuidado. Por algo se dice que la ignorancia es atrevida.

La Novena Asamblea General de la OEA empezó con muy buenos augurios. En la foto, Alejandro Orfila, Secretario General del organismo interamericano con la China Supay de la Diablada de Oruro que bailó para los cancilleres en la Avenida Arce.

La OEA se convirtió en un escenario donde se libraba la batalla entre las democracias emergentes y las dictaduras. En la foto una manifestación en pro de los derechos humanos en el continente apostada frente al Hotel Sheraton.
Fotos Alberto Torrico

La atención de la OEA nos absorbía por completo. Por mi despacho pasaban y se entremezclaban "marólogos" y periodistas venidos de todas partes. Doña Gaby de la Reza, Presidenta del Comité Pro Mar de Cochabamba, esperaba en la antesala con una inmensa bandera boliviana que desplegaría en la marcha marítima. La nostalgia del mar nos unía en el desconsuelo y también en la esperanza.

"¿Y si me preguntan cuál es la solución que propiciamos?", me consultó Gaby que tenía pendiente una entrevista con la televisión chilena. "Debemos poner énfasis en que el pueblo de Bolivia quiere retornar al mar. El cómo lo deben definir las cancillerías", le recomendé. Una de las críticas recurrentes de Santiago es que los bolivianos no saben lo que quieren o peor aún que cada boliviano tiene una solución diferente. Parte de su estrategia consistía en destacar las divergencias que existen entre la corriente reinvindicacionista que plantea la recuperación de toda la costa que quedó en poder de Chile luego de la Guerra del Pacífico y la pragmática que tiene preferencia por una salida negociada a través de Arica.

La batalla que nos disponíamos a librar en el campo diplomático era una más de las muchas que había dado Bolivia infructuosamente desde que Chile le cercenó su cualidad marítima. Era incomprensible que un país que ha sido cuna de grandes poetas y gentes de bien, no reparara en esa injusticia histórica.

Esa noche del 24 de octubre, el Presidente daba una recepción en honor de los jefes de delegaciones que asistían a la Asamblea. Llegamos a Palacio junto a Ary Moleón, el corresponsal de la agencia Associated Press en Washington que era, sin ninguna duda, el periodista más temido y respetado por los diplomáticos latinoamericanos en la capital del Norte. Hombre muy engreído pero un excelente amigo.

Con algo de nostalgia profesional vi como éste y otros veteranos corresponsales que llegaron atraídos por la Asamblea de la OEA y por la situación política del país, se zambullían en aquel mar pleno de personalidades. Ahí estaban el Secretario de Estado norteamericano, Cirus Vance, el Secretario General de la OEA, Alejandro Orfila, dos docenas de cancilleres, embajadores e innumerables personalidades bolivianas. Más de un centenar de periodistas pugnaban por conseguir alguna confidencia que les permita redactar mejores crónicas que sus competidores.

Una orquesta de cámara interpretaba el himno nacional cuando ingresó al Salón de los Espejos el Presidente Walter Guevara vestido de etiqueta y acompañado de la Primera Dama, Rosa Elena Rodríguez de Guevara. Los mil invitados que llenaban la sala se abrieron automáticamente en U para dar paso al Primer Mandatario que lucía sobre el pecho la banda presidencial y el gran collar de la orden del Cóndor de los Andes.

De pronto un murmullo recorrió el Salón de los Espejos. No era un invitado cualquiera el que había hecho su ingreso y tampoco podía pasar desapercibido. A diferencia de los demás que estaban de traje oscuro o vestidos con esmoquin, éste lucía descorbatado y con un séquito que compartía su desprecio por las normas de etiqueta "burguesas". Se trataba de Juan Lechín Oquendo, el "maestro", que venía acompañado por la plana mayor de la Central Obrera Boliviana.

La presencia de la COB en esta reunión social tenía un claro significado político. Así me lo hizo saber el diputado comunista y líder minero Simón Reyes. El olor a golpe de Estado que emanaba del Parlamento había llegado hasta la sede del organismo sindical, situado en la Plaza Venezuela y su plana mayor había decidido que era preciso demostrar públicamente su respaldo a la democracia. No era nada común, no diremos en Bolivia sino en América Latina, que los líderes obreros concurran a este tipo de reuniones sociales, de manera que propios y extraños miraban de reojo a esos genuinos representantes del pueblo que departían amablemente con los cancilleres, incluído Vance de los Estados Unidos.

En días más iba a votarse la resolución que había propuesto Venezuela a la Asamblea de la OEA tratando de conseguir apoyo a la causa marítima y éste era un ingrediente importante que se agregaba a la simpatía que la Bolivia democrática despertaba en el mundo y entre quienes nos visitaban.

Presintiendo que saldría derrotado, el embajador chileno Pedro Daza se adelantó a decir a los cancilleres, que la OEA no tenía competencia para tratar asuntos que concernían a la soberanía de su país. Pero además dijo que Chile era un país pacífico y que la pérdida del litoral boliviano se había realizado mediante el Tratado de 1904, respaldado por el Congreso y aceptado por el gobierno de entonces. Calificó de una carga el cumplimiento de las claúsulas de libre tránsito allá pactadas.

No se dejó esperar la réplica corta pero vibrante de nuestro embajador ante la OEA Gonzalo Romero que planteó, como primer punto, que "si tan agobiantes eran esas cargas para Chile, Bolivia estaría complacida de tomarlas para sí".

Le recordó luego, al embajador Daza, que la explotación de los yacimientos de Chuquicamata había permitido a Chile convertirse en el primer productor de cobre del mundo y citó una frase del ex presidente Salvador Allende en sentido de que el cobre "era el sueldo de Chile".

¿Qué no hubo presiones? Una mención ante la Asamblea de la famosa carta que dirigió el plenipotenciario Abraham Koening a la Cancillería boliviana fue suficiente para demostrar lo contrario. En ella se planteaba que los derechos de Chile sobre el litoral boliviano "nacen de la victoria, la ley suprema de las naciones" y se decía con total desparpajo "que el litoral es rico y vale millones ya lo sabíamos, lo guardamos porque vale pues si de nada valiera no habría interés en su conservación".

Los contundentes argumentos unidos al empleo de pausas, énfasis y silencios por quien había sido un hábil parlamentario, provocaron un largo aplauso de la Asamblea. Algo no usual en este tipo de reuniones.

Chile empezaba a sentirse arrinconado. Y en verdad lo estaba. En Bolivia, por el contrario, se abrían las compuertas de la esperanza. Los medios de comunicación se hacían eco de la satisfacción que recorría por el país. Por primera vez en muchos años existía confianza en que la causa nacional estaba bien llevada y un sentimiento de identidad reforzaba el proceso de reencuentro que vivían los bolivianos.

Pero no todo era olor a rosas. Un eventual tropiezo amenazó con hacer tambalear la estrategia del gobierno: Una mano misteriosa había dejado en la sala de prensa, una copia de la resolución que Venezuela propondría a consi-

deración de los países miembros de la OEA en la sesión plenaria que se aproximaba. Hasta entonces, el documento había sido altamente reservado. La noticia salió al exterior y su rebote llegó al vespertino Ultima Hora.

El canciller Fernández no ocultaba su preocupación cuando me llamó esa noche. De pronto las cosas parecían fuera de control. Sospechábamos que se trataba de una hábil maniobra política de Chile. El documento había circulado profusamente a través de fotocopias y era la apertura que preparaban para el día siguiente todos los diarios del país.

Tomé contacto con los directores de Presencia, Huáscar Cajías; El Diario, Jorge Carrasco; Hoy, Renán Estenssoro; Los Tiempos, Carlos Canelas; El Mundo, Marcelo Terceros y El Deber, Pedro Rivero. Les expliqué las consecuencias que podían derivarse de un prematuro destape de la propuesta. Todos aceptaron sacrificar esa "pepa" siempre que les asegurara que nadie la publicaría al día siguiente, que no les jugaría sucio. Así lo hice. El patriotismo primó por sobre cualquier afán de competencia periodística y todos accedieron a cambiar una edición prácticamente armada. De esa manera la prensa puso su anónimo grano de arena para facilitar el camino a nuestros negociadores.

En una suite del Hotel Sheraton se reunían los estrategas bolivianos: embajadores Romero, Montenegro y Crespo con el Canciller Fernández. Yo circulaba por el lugar calibrando el ambiente, conversando con los colegas, conduciendo la información. Los cabildeos no cesaban. Estados Unidos hizo conocer que apoyaría el documento si se le cambiaba tal palabra, Argentina era hueso duro de roer, Panamá se había comprado el pleito y hacía causa común con nosotros, Colombia era una aliada firme, Venezuela ni qué decir. El decano del cuerpo diplomático ante la OEA, el embajador mexicano Rafael de la Colina, decía a quien lo quisiera escuchar que respaldaría la declaración. Uno a uno se contabilizaban los votos, se discutían los términos, se iban allanando los obstáculos que la diplomacia chilena nos ponía en el camino.

Cuando llegó el momento decisivo, 25 brazos se alzaron para dar su respaldo a una resolución que Venezuela propuso ante el cónclave hemisférico y que a la letra decía:

La IX Asamblea General de la OEA

Declara:

1.- Que es de interés hemisférico permanente encontrar una solución equitativa mediante la cual Bolivia obtenga acceso soberano y útil al océano Pacífico.

2.- Para lograr el objetivo señalado en el punto anterior y consolidar una paz estable que estimule el progreso económico y social en el área de América directamente afectada por las consecuencias del enclaustramiento de Bolivia, la IX Asamblea General de la Organización de los Estados Americanos, con espíritu de fraternidad e integración americana.

Resuelve:

1.- Recomendar a los Estados a los que éste problema concierne que inicien, inmediatamente, negociaciones encaminadas a dar a Bolivia una conexión territorial libre y soberana con el océano Pacífico. Tales negociaciones podrían considerar, entre otros elementos, la inclusión de una zona portuaria de desarrollo multinacional integrado y tener en cuenta el planteamiento boliviano de no incluir compensaciones territoriales.

2.- Continuar la consideración del tema "Informe sobre el problema marítimo de Bolivia" en la próxima Asamblea General de la OEA.

La victoria había sido amplia. Sólo dos países nos dieron su apoyo retaceado: Argentina que jugaba sus cartas con Chile en el asunto del Beagle, y Paraguay cuyo delegado no asistió ese día pero luego votó a nuestro favor en la sesión final. Esa actitud se interpretó en los medios diplomáticos y periodísticos como un acuerdo del APC (pacto entre Argentina, Paraguay y Chile que mantenían regímenes militares) promovido por Buenos Aires. En la medida en que avanzaba la democracia se hacía evidente un sutil enfrentamiento entre el Pacto Andino que transitaba por la vía democrática y el Cono Sur con preeminencia militar. Observadores más acuciosos veían en esa movida la mano de Santiago.

Una ola de satisfacción recorría el territorio nacional. Se trataba de uno de los pocos triunfos que el país había obtenido en el vía crucis que había empezado, cien años atrás, en 1879. El tañir de campanas se confundía con los latidos de corazones bolivianos mientras que en todos los rostros florecían amplias sonrisas.

El Presidente Guevara no tenía tiempo para ponerse a celebrar. Con motivo del aniversario de la Escuela Militar de Ingenieros, advirtió a la plana mayor de las Fuerzas Armadas sobre el peligro de que se produzca un proceso regresivo del esquema democratizador que tan trabajosamente estaba consolidando el pueblo boliviano.

"Nada sería tan grave como esto. Las fuerzas sociales y políticas del país están contenidas como con un resorte que si se suelta puede producir lamentables consecuencias para todo el mundo. Están contenidas por una esperanza, por la esperanza de la marcha continua hacia la organización de nuestro país. Si rompemos ese resorte nadie sabe lo que va a ocurrir. Ni siquiera aquellos que se afanan tanto en hacerlo saltar pueden calcular las consecuencias para el país, para sí mismos, para los demás...", planteó el mandatario.

Explicó lo que en su concepto significaba mantener la democracia. Decía, entre otras cosas, que ésta importaba "garantizar a los ciudadanos incluso aquellas libertades que conspiran contra la libertad. Mirar con tolerancia el uso inapropiado e incluso el abuso que se hace de algunas instituciones del Estado, anteponiendo mezquinos rencores personales al interés nacional. Es el precio de la democracia".

Al término de su discurso pasamos a inaugurar el nuevo edificio que estrenaba la escuela. Algunos ministros acompañábamos al Presidente, cuando lo rodeó un grupo de oficiales que bordeaban los 30 años. No podría determinar su grado pero era obvio que no estaban todavía entre los mandamáses. Elogiaron las palabras del Presidente, su sinceridad para atacar el problema y lo instaron a multiplicar sus contactos a nivel de la oficialidad joven donde - dijeron - existía un sincero deseo de apoyar el proceso democrático.

Un día antes, el dirigente de la Central Obrera Departamental de Cochabamba, Oscar Sanjinés, denunció ante una concentración masiva, que se habían detectado aprestos subversivos de la Alianza MNR, algunos parlamentarios y el Coronel Alberto Natusch Busch. El Comandante del Ejército, general Ramón Azero, desmintió terminantemente esa versión calificándola como un "irresponsable rumor".

Las ediciones de la prensa matutina del 27 de octubre consignaban otro desmentido categórico. Era del mismo Natusch, que lamentaba la "ligereza e irresponsabilidad con que se alude a instituciones, partidos y personas, con fines incomprensibles, nada positivos para la tranquilidad ciudadana y los poderes del Estado...". El coronel advertía que había solicitado, en la fecha, al Comando de Ejército que emplazara al denunciante a demostrar lo que había aseverado.

El país obtuvo una gran victoria diplomática para su reivindicación marítima. El embajador boliviano ante la OEA, Gonzalo Romero Alvarez García, en su réplica al delegado de Chile, Pedro Daza.

Fotos Alberto Torrico

Las mujeres salieron a las calles a demandar la atención de América para el problema marítimo.

Aquel lunes 29 de octubre fuimos convocados a una reunión ordinaria de Gabinete. Entre los temas de la agenda figuraban el análisis de una serie de medidas que el gobierno se proponía poner en práctica para enfrentar la crisis, la situación del equipo económico frente a una posible censura en la Cámara de Diputados y, finalmente, los resultados de la misión oficial que negoció en la Argentina un nuevo precio para el gas.

Como era costumbre participaba de la reunión el Asesor General de la Presidencia, Walter Guevara Anaya, hijo primogénito del Primer Mandatario y su brazo derecho. Bajo, de gruesos lentes y aspecto profesoral, me anunció en voz baja que habrían "interesantes novedades".

El Presidente ingresó por la puerta que daba a su despacho, se sentó con calma y el tintineo de su campanilla dio por iniciada la reunión. Se veía muy relajado y en tono satisfecho anunció que ese fin de semana había logrado consolidar su ansiada meta: el acuerdo político. Con toda franqueza anunció que eso implicaría un cambio de sus ministros ya que en reuniones con el Jefe de la Alianza MNR, Víctor Paz Estenssoro, había acordado una participación en el próximo Gabinete de ese frente político combinado con el MNRI de Siles Zuazo y la ADN de Banzer Suárez.

La noticia resultó una sorpresa para todos. No en vano éste era un gabinete conformado en su mayor parte por profesionales independientes que no tenían militancia ni experiencia política, a excepción de tres militantes del PRA, el partido de Guevara, y dos de la Democracia Cristiana. Ya habíamos conversado sobre el tema días atrás con Fernando Aguirre y Mariano Baptista y llegamos a la conclusión de que, aunque un acuerdo político de esa naturaleza, representaba nuestro inmediato retiro de la función pública, era la única salida que le quedaba al Dr. Guevara. "Tiene que entregarse manos y pies a la Alianza, no le queda otra", decía Fernando luego de analizar la situación desde su atalaya del Palacio de Gobierno.

Esta vez parecía que sí, que las cosas le salían bien al Presidente Guevara y que finalmente había logrado plasmar un arreglo que le garantizaba su supervivencia en el gobierno y por ende la continuación del proceso democratizador en el que nos encontrábamos inmersos.

Guevara informó que ese fin de semana se reunió largamente con Paz Estenssoro y que ambos habían decidido que debía anunciarse el acuerdo cuanto antes, con el objeto de frenar la posibilidad de una censura al gabinete económico que debía presentarse ante la Cámara de Diputados para continuar respondiendo a una interpelación planteada por la Alianza MNR. Paz le había dicho que no contaba con suficiente poder de persuasión sobre los congresistas de ese frente político como para ordenar que frenen su hostigamiento. El criterio de ambos había sido que el anuncio actuaría como disuasivo.

Uno a uno los ministros felicitamos al Presidente por su gestión y como era de rigor, le dijimos que lo dejábamos en libertad de conformar su próximo Gabinete presentándole nuestra renuncia. Guevara agradeció el gesto, pero nos hizo reparar en un detalle que habíamos olvidado en ese momento: la OEA. Las sesiones del organismo hemisférico se iban a clausurar en dos días y Gustavo Fernández debía presidir la última reunión en su calidad de Canciller de la República. No podíamos, por tanto, dejarlo en una posición débil luego del triunfo diplomático conseguido. La renuncia tenía que esperar.

Pero estas consideraciones chocaban con el cronograma político que había pactado y contradiciendo sus observaciones, Guevara insistía en que debía hacer el anuncio del acuerdo. ¿Qué hacer? No quedaba más que lo que finalmente hicimos: dejarlo en libertad para que actuara como buenamente quisiera.

Cuando bajé al *hall* del Palacio los periodistas me estaban esperando. Les adelanté que el Presidente realizaría un anuncio al día siguiente y les di algunas pautas sobre lo que pasaba. No dije nada todavía sobre la renuncia del Gabinete por las repercusiones que podría tener en la sesión de la OEA. Era preciso manejar el tema con el máximo cuidado.

Para mí era el fin de mi corto, meteórico, paso por la Secretaría de Prensa e Informaciones. Lo que se venía era un gobierno político en el más amplio

sentido del término. Los tiempos del "interinato" apartidista estaban a punto de concluir.

No pensaba así el Presidente Guevara que me llamó esa tarde pidiéndome que posesionáramos ya al nuevo Presidente de la Empresa Nacional de Televisión. Le recordé que ese tipo de actos debían hacerse al inicio de una gestión pero no a su término. El próximo titular del Ministerio podría observar al nombre que habíamos acordado. Guevara me dijo que no tenía intenciones de cambiarme y me pidió que fuera al Palacio a conversar con él. No le gustaba discutir temas importantes por teléfono.

Media hora después, cuando entré al despacho presidencial, encontré a Guevara con el Canciller Gustavo Fernández. En un gesto de confianza el Presidente nos mostró la lista de sus posibles ministros. El pensaba en una recomposición más que en una crisis y su intención era ceder la mitad del gabinete a la Alianza, incluir un miembro de la ADN y conservar a la mitad de los profesionales que lo acompañaban.

Según nos dijo, la inclusión de ADN pretendía balancear la influencia que podría tener en las próximas elecciones el bloque comandado por Paz Estenssoro.

Pedí al Presidente que me excluyera de su próximo equipo. Lamentaba dejar de colaborarlo pero quería preservar mi independencia como periodista. Me asustaba quedar enredada definitivamente en la política. Utilizando un término que el Dr. Guevara ha hecho famoso le dije que no estaba dispuesta a "tragarme sapos".

"Ya van a ver ustedes como vamos a pasar a la historia, ordenaremos la economía del país como Dios manda y el pueblo nos lo va a agradecer", señaló el Presidente. Tenía mis dudas al respecto. Ningún Presidente ha pasado a la historia por devaluar la moneda o subir el precio de los combustibles.

Todos sabían que la situación económica era un problema heredado y que se había acumulando. El plan que tenía Guevara y los eventuales apoyos financieros que había logrado comprometer en sus entrevistas con Cirus Vance y otros cancilleres amigos, lo hacían ver las cosas con un entusiasmo que aumentaba ante la posibilidad de eliminar (¡al fin!) aquel escollo parlamentario que no lo había dejado gobernar hasta entonces.

Al día siguiente muy temprano, el Presidente me llamó para decirme que necesitaba hablar con la prensa. Quedamos en arreglar un encuentro más o menos casual donde haría su anuncio sobre la conformación del nuevo gabinete. "¿No sería mejor anunciar primero el acuerdo político", le consulté haciéndole ver la incómoda situación en la que quedaría el Canciller.

No había manera de convencerlo de lo contrario. Estaba frente a uno de los tercos más famosos del país. Dicho y hecho: El Presidente bajó al *hall* de Palacio donde lo esperaba la prensa y anunció que había invitado a la Alianza MNRH, al MNRI y a la ADN para integrar el gabinete. Paralelamente convocó al Alto Mando Militar a su despacho para comunicarle su intención. El general David Padilla manifestó su respaldo a esas gestiones políticas. "Esto va a tonificar la estabilidad del gobierno y dará tranquilidad al país", declaró en una entrevista periodística.

Guevara había calificado al nuevo gabinete como la "expresión política de la realidad nacional" y manifestó su confianza en que el acuerdo político que propugnaba permitiría un trabajo coordinado entre el Legislativo y el Poder Ejecutivo, "cuyas relaciones mejorarán en función de los altos intereses nacionales".

El Primer Mandatario pasó el resto del día en reuniones políticas. Recibió la visita del ex Presidente Víctor Paz Estenssoro que se prolongó por más de una hora. Pero, en vez de que ese diálogo sirviera para afirmar el acuerdo, éste pareció escurrirse de sus manos. Al día siguiente (miércoles 31) la prensa matutina consignaba una crítica generalizada a su planteamiento, especialmente por la inclusión en el gabinete ministerial de gente de la ADN. Los partidos no abandonaban su posición de franco tiradores.

Edwin Rodríguez, de la Alianza MNR, anunció que ese frente político desestimaba cualquier acuerdo con los partidarios de Banzer. José Fellman Velarde, hasta entonces persistente crítico del régimen de Guevara y un hombre muy leal a Paz Estenssoro, calificó la iniciativa como "positiva", dijo que se requería un Ejecutivo vigoroso con la participación de las Fuerzas Armadas en el gobierno y planteó la necesidad de que los dos MNRs - el Histórico y el de Izquierda - integren el gabinete. "No podemos cargar sobre nuestros hombros la responsabilidad exclusiva de las medidas económicas", anotó. Empezaba a entender mejor la lógica de los políticos.

La prensa revelaba que Fellman se había reunido en el café del Parlamento con Edil Sandóval Morón, del MNRI, y con Guillermo Tineo de la ADN.

Los dirigentes del MNRI, Edil Sandóval y Abel Ayoroa, declararon, por su parte, que no co-gobernarían con la ADN "por ser un ente representante del fascismo". Aclararon que su partido ya había comunicado su deseo de participar en el gobierno al Presidente Guevara, pero dijeron que nunca se había hablado de una participación de la ADN. Estos dirigentes encabezaban el sector disidente del MNRI que entró en abierta discrepancia con Hernán Siles Zuazo.

El sector adicto a Siles, encabezado por el senador Luis Pelaez Rioja, aclaró que mantendría "su total prescindencia del gobierno, su negativa a pactar con el fascismo y la Nueva Rosca y su rechazo a todo intento de prorroguismo".

Manteniendo un inquietante bajo perfil, ADN prefirió callar y dejó en manos de su Comité Político el pronunciarse "oportunamente" sobre el tema. Daba la impresión de que estaba al tanto del juego de los movimientistas y quería dejar que se destrocen. El MIR, el Partido Socialista-1, Vanguardia Obrera y el Partido Comunista moscovita criticaron "el pacto con el fascismo" y hablaron de una reedición del Frente Popular Nacionalista, que conformaron en 1971 el MNR, Falange Socialista Boliviana (FSB) y las Fuerzas Armadas para respaldar el gobierno del general Hugo Banzer.

En el fondo, la izquierda estaba contenta con lo que pasaba. Era cierto que la inclusión de la ADN en un futuro gabinete había desorientado a muchos partidos de esa tendencia. Era un elemento nuevo con el que no contaban pero que les caía como anillo al dedo. Lo que la izquierda quería era tener una bolsa de arena donde poder ejercitar sus músculos ante las próximas elecciones. Cuanto más se derechizara el gobierno mucho mejor.

Los ministros habíamos decidido reunirnos en la Secretaría General de la Presidencia para redactar y firmar nuestra renuncia. Fuimos llegando allá uno a uno. Ya nadie parecía atingido por sus responsabilidades de Estado, como que nos tomamos toda la mañana para ese trámite sin remordimiento alguno. El documento original fue corregido tres veces en un clima de camaradería en la que todos hacían gala de un inusitado sentido de humor.

El blanco de las bromas era el general Herrera. "¿Se han fijado como todos estamos nerviosos al firmar la renuncia, pero el general no?", dijo con sorna Oscar Bonifaz. "Claro... es que los militares no se caen nunca y si lo hacen caen siempre parados...", acotó algún otro. Como de costumbre el jefe militar se limitaba a sonreir mientras el resto celebraba las ocurrencias con sendas carcajadas.

Mis otros colegas, los periodistas, me habían enviado un mensaje pidiendo que les informara sobre lo que estaba ocurriendo en el segundo piso del Palacio. Bajé un momento a charlar con ellos. Les conté que habíamos redactado la carta de renuncia pero que la presentaríamos formalmente al día siguiente en una reunión especial de gabinete. Pedí que mantuvieran la información en reserva.

Cuando retorné al despacho del ministro Aguirre, reparé en la cara de niños traviesos que tenían mis colegas... Como yo era la única mujer en el gabinete, habían aprovechado mi salida para contarse cuentos colorados.

Le recordé al Ministro de Defensa que no se olvidara de enviar las seis bandas de música del Ejército que me había ofrecido para la verbena popular que estábamos preparando luego de la sesión de clausura de la OEA. El general Herrera confirmó su decisión de colaborar a ese acto que cerraría con broche de oro la reunión hemisférica. "¿A qué hora y dónde deben presentarse", preguntó. Le dije que los esperaríamos a partir de las 8 de la noche en la Plaza San Francisco, a un lado de la Iglesia, donde la gente del Ministerio y de la Alcaldía Municipal estaban armando un proscenio.

Aprovechamos la presencia del fotógrafo oficial Román Cordero para tomarnos unas fotografías del gabinete. No habíamos podido hacerlo antes. Estábamos en esos trámites, cuando apareció el doctor Guevara y acomodándose en la silla del Ministro Secretario se dirigió a los presentes. Como primera cosa dijo que sabía que teníamos lista la renuncia, pero que era posible que no necesitáramos presentarla porque, como iban las cosas, lo más seguro era que todo el gabinete fuera ratificado.

Varias voces surgieron al unísono inquiriendo al Presidente qué había pasado con su acuerdo. El relató, con todo detalle, cómo el domingo pasado se había reunido con Víctor Paz Estenssoro y habían llegado a un compromiso

para formar gobierno. Señaló que en esa oportunidad Paz le aceptó la inclusión de la ADN de Banzer y que no alcanzaba a comprender el rechazo que su propuesta había merecido por parte del MNR. Parecía que Paz había perdido el control de su partido.

El Presidente dijo que la única forma de explicarse esa actitud era la existencia de un complot subversivo. "¿Confía en que Paz le está jugando limpio?", le preguntó un ministro. Guevara replicó que quería creer que sí: "Lo primero que hizo Paz Estenssoro cuando llegó de su viaje fue llamarme. Y en la relación que ambos mantenemos siempre cuenta quien llama primero al otro. Esta vez él me llamó y me dijo: Walter, tenemos que parar el golpe...".

Guevara estaba decididamente locuaz. No era persona afecta a compartir fácilmente sus pensamientos, pero esta vez daba la impresión de que necesitaba hacerlo. Nos contó que se había reunido en su domicilio con Víctor Paz y con el coronel Natush Bush y éste último le había asegurado que no estaba planeando ningún golpe.

Todos seguíamos el relato con la mayor atención. No era para menos. Guevara había tomado el toro por las astas y si todo marchaba como lo había previsto, su gobierno podía seguir adelante sin tropiezos. Vale decir sin golpes. Eran las tres de la tarde y ninguno de los ministros había almorzado pues, con la preocupación que nos transmitió el Presidente, habíamos perdido el apetito.

"¿Si quieren golpear qué podemos hacer?", dijo de pronto. Ahí nos dimos cuenta que no se había dicho la última palabra. Como viejo lobo de mar sabía que el escepticismo era preferible al exceso de confianza.

Las confidencias presidenciales prosiguieron ante un auditorio que lo escuchaba absorto. Nos contó de sus charlas con el general David Padilla, a quien le había advertido sobre los trajines de algunos de sus camaradas. Pero, lo más importante de todo fue su reunión con Juan Lechín Oquendo, quien compartía su inquietud sobre la posibilidad de una aventura militar. Relató que el líder sindical le había dicho que la huelga general de la COB estaba planteada en defensa del proceso democrático.

Ante la imposibilidad real del gobierno de controlar cualquier situación que pudiera producirse, el compromiso de Lechín se alzaba como la única

barrera para detener un golpe. El silencio se quebró cuando alguien opinó que era importante que esa noticia se hiciera pública.

Nos despedimos del Presidente y quedamos en que el gabinete se reuniría al día siguiente para conocer su última palabra. Nuestra renuncia estaba firmada y Fernando Aguirre la tenía guardada en el cajón de su escritorio.

Retorné al Palacio a las seis de la tarde. Había comprometido al doctor Guevara para que recibiera a los corresponsales de Excélsior de México, la revista Veja del Brasil, el New York Times y la agencia Associated Press de los Estados Unidos.

El edecán de turno me dijo que dudaba que el Presidente pudiera cumplir ese compromiso. En reserva me contó que no había hecho su acostumbrada siesta y que se veía cansado. No obstante, dijo que haría la consulta y a los pocos minutos me hizo pasar al despacho. Ahí estaba Guevara con el rostro marcado por la preocupación. El fuerte olor a cigarrillo y el cenicero lleno de colillas denotaban que había estado inquieto. Antes de saludarme, se dio una pausa bebiendo su vaso de agua de un solo tirón.

Pronto llegaron los amigos corresponsales y, como en otras ocasiones, el Presidente les dejó una excelente impresión. Harold Olmos comentó que Guevara tenía una gran claridad mental y una lógica irrebatible. Daba gusto oírlo responder a las más osadas preguntas. Su personalidad a veces ríspida, cortada en aristas muy definidas, se permitía muy pequeñas dosis de humor pero escondía una gran calidez. Bastaba ver su vida de familia, el trato que daba a su esposa Rosa Elena y a sus tres hijos.

Al salir del despacho con los periodistas nos cruzamos con el senador Guillermo Tineo, jefe de bancada de la ADN. Tuve que despedirme pronto de ellos pues el edecán me informó que tenía una llamada. Un funcionario de la Secretaría me comunicó que Guillermo Bedregal había hecho unas declaraciones acusando al Presidente de querer cerrar el Parlamento en concomitancia con los militares. Sin pensarlo dos veces dí media vuelta y comuniqué la noticia a Guevara que al oírla se levantó del asiento y agarró instintivamente el

auricular del teléfono como si necesitara llamar a alguien. "¿Qué es esto? Ya no entiendo lo que pasa", dijo. Tineo le pidió que se calmara.

Decidí bajar a la sala de prensa del Palacio para contrastar la información con los periodistas. Esta fue confirmada con un aditamento: Guillermo Bedregal había hecho una declaración ambigua. Planteaba la denuncia pero, a la vez, afirmaba que quisiera creer que estaba equivocado o algo así. También desahuciaba cualquier acuerdo con la ADN.

Adelanté a los reporteros que cubrían Palacio que era posible que el Presidente hiciera una declaración, y retorné al despacho donde continuaba de visita el senador Tineo. Esperé a que éste saliera e informé al Presidente sobre las últimas noticias. Pero alguien traía una versión más fresca que la mía... Era Walter Guevara hijo, quien venía del Congreso, donde había estado tomando un café con los diputados Fellman y Bedregal. Este último había admitido que se le fue la lengua y pedía disculpas por su intermedio. Waltercito - como lo llámabamos - recomendó al Presidente que hable con ellos pues creía que estaban dispuestos a dialogar y olvidar pasados resquemores.

Miré el reloj. Eran las siete de la noche y ni siquiera había tenido tiempo de preguntar cómo andaban los preparativos de la verbena. Le dije al Presidente que no se olvide de ir. Habían comprometido su asistencia varios cancilleres y otros personajes que llegaron para la asamblea de la OEA. Me aseguró que estaría en la Plaza San Francisco después de celebrar una importante entrevista que tenía pendiente. No reveló con quien. Luego nos enteraríamos que el senador Tineo había ofrecido ponerlo en contacto esa misma noche con el coronel Alberto Natusch, su paisano. El encuentro nunca se realizó.

La plaza San Francisco era un hervidero humano. Estaba colmada de gente que cantaba, aplaudía y participaba en la verbena. Cuando llegó Alejandro Orfila, el Secretario General de la OEA, fue recibido con manifestaciones de aprecio y una cholita lo invitó a bailar cueca sobre el estrado. El público jaleaba en las quimbas, entusiasmado por la habilidad del visitante. Mientras esto ocurría, Ary Moleón me sopló al oído que muchos cancilleres se habían quedado en el Hotel Sheraton porque sus servicios de inteligencia les habían advertido que ésa podía ser una noche peligrosa.

El pueblo no presentía el peligro y desbordaba de alegría. El ¡viva mi patria Bolivia! brotaba de todas gargantas. Jóvenes, niños y viejos, mujeres de toda condición, profesionales y obreros, todos compartían esa sensación de unidad que se deriva de una celebración colectiva. América toda había reconocido la justicia de nuestra causa marítima y aunque la votación en la OEA era apenas un hito en el largo esfuerzo del país para que se lo escuche, no había duda de que esta era la mejor noticia que los bolivianos habían recibido en cien años de fallidas negociaciones con Santiago.

Guevara y Orfila hablaron a la multitud que recibía cada una de sus frases con grandes aplausos. El Secretario General de la OEA, un gaucho simpático al que no le era ajena la política, arrancaba con sus palabras el entusiasmo de la gente. El Presidente podía haber usado aquella improvisada plataforma para desahogarse y decir todo lo que tenía adentro, los temores que lo embargaban, las ambiciones que podrían truncar esa límpida victoria nacional, pero no lo hizo. Tuvo el pudor de no lavar esos trapos sucios frente a los delegados americanos y la nobleza de respetar esa burbujeante alegría que lo rodeaba.

Habíamos preparado esa verbena con el mayor detalle, perifoneándola por todos los barrios y usando infinidad de medios propagandísticos, pero de nada hubiera servido ese esfuerzo sino tenía como transfondo la victoria en la OEA.

El número de personas que llenaba la plaza iba en aumento. Había llegado el momento de convertir la verbena en una gran fiesta. Alguien sugirió que apostáramos las bandas en los cuatro costados para que se generalice el festejo. Hablé con el alcalde Raúl Salmón pidiéndole que transmita esa instrucción a sus músicos y a todos los que, suponía, que habían enviado los militares. Ahí me enteré que sólo contábamos con las dos bandas de la Municipalidad. Las seis que había ofrecido el Ministro de Defensa nunca llegaron. No podíamos explicarnos qué había ocurrido.

Lo último que se nos pasaba por la mente era que Herrera estuviera conspirando. Muy pronto descubriríamos que sí lo estaba. La celebración que estaban preparando el general Herrera y sus amigos tenía un cariz muy distinto.

El Presidente Walter Guevara habla con los periodistas en su despacho del Palacio de Gobierno.

En el despacho del Ministro Secretario, el canciller Gustavo Fernandez explica a sus colegas de gabinete la estrategia que se habia puesto en práctica y los avances logrados por el pais en la OEA.

Debían ser las dos de la mañana cuando empezó a sonar insistente el teléfono en casa. Semidormida me levanté para contestarlo. Era Pepe Caballero, el Director de Radio Cruz del Sur, que llamaba para avisarme que había estallado un golpe de Estado.

"Los tanques están en la Plaza Murillo, en San Francisco y hay una columna que sube por la Avenida Arce", me dijo agitado. Por algunas ventanas de mi casa se alcanzaba a ver un trecho de esa avenida y del Ministerio del Interior, de manera que colgué el teléfono y fui a comprobar en persona la noticia. El ronco sonido de las cadenas chocando contra el pavimento bastó para confirmarme que la pesadilla era real.

Calculé que debían ser seis tanques los que pasaron. ¿Qué hacer? Lo primero fue despertar a mi familia y alertarla sobre lo que pasaba. Pegados a la ventana todos convinimos en que algo grave estaba ocurriendo.

Tomé el teléfono y me puse a llamar a uno y otro sitio para saber qué pasaba. Llamé a la casa del Presidente Guevara y no lo encontré. Un mozo me dijo que había ido a confirmar los partes que había recibido. El Canciller Fernández tampoco estaba en casa. Había salido de ella con destino desconocido. Desperté con la noticia a Carlos Miranda, Mariano Baptista, Fernando Aguirre, Jorge O'Connor. Los independientes. Todos se sorprendieron con mi llamado y pedían más detalles. Les dije lo que sabía, que no era mucho. Quedamos en compartir información, llamar al resto del gabinete y mantenernos en contacto. Ninguno había pensado en ponerse a buen recaudo, como era de rigor en caso de golpe, posiblemente porque esta era su primera incursión en la política.

Disqué a la casa de Mario Maldonado, Jefe de Redacción de Presencia, y Noemí su esposa me informó que no iría a dormir. El golpe era un secreto a voces. "¿Acaso no lo sabías?, me preguntó incrédula.

Me comuniqué primero con Presencia y luego con el diario Hoy. Los colegas montaban guardia y me pusieron al tanto de los hechos. El desfile de tanques era impresionante al igual que el desplazamiento de tropas. Habían copado la avenida Montes, el Prado, la Universidad, Miraflores. El coronel Mario Oxa, acababa de tomar el Palacio de Gobierno pero no había querido revelar quien era el cabecilla de la asonada.

Mis sucesivos contactos no hicieron sino confirmar los datos que ya tenía: los regimientos Tarapacá, Ingavi y la Policía Militar se habían alzado en contra del gobierno constitucional. Radio Cruz del Sur difundía un informativo de emergencia. Logré ubicar a Waltercito Guevara y le dije que era preciso que preparáramos una declaración del Presidente para Presencia, la edición estaba esperando...

Las horas pasaron volando. Era más o menos las seis de la mañana y Radio Fides acababa de iniciar sus transmisiones. Llamé y me respondió el colega Jorge "Minili" Ordóñez. Tuve una puntería increíble puesto que en ese preciso momento los efectivos del Tarapacá se descolgaban por las paredes del Colegio San Calixto que dan a la calle Sucre y ocupaban la emisora de los jesuitas. "No puedo hablarte. Estamos rodeados de boinas rojas...", me susurró Minili y colgó.

Fue la voz de alarma. ¡Había que advertir a los demás! Y, por otro lado, era preciso decir algo antes de que los micrófonos fueran acallados. No había tiempo que perder. Me senté a la máquina y redacté un llamado a la resistencia ciudadana. Eran las seis de la mañana aproximadamente cuando pedí a mi hijo Fernando que llamara a Radio Cruz del Sur.

Pepe Caballero ya estaba en línea y me solicitaba que lea el mensaje que difundió, una y otra vez, por la emisora evangélica hasta que ésta fue acallada por los golpistas. Me comuniqué con las radios Nueva América, Continental, Cristal, Panamericana y otras. Elvira Llosa, Andrés Soliz, Mario Castro y Jaime Rivero, entre muchos, me brindaron generosamente sus micrófonos. El contacto quedó establecido y desde ese momento se convirtió en un cordón umbilical que se cortaría tan sólo cuando Natusch en su desesperación decretó la censura de prensa.

Con una voz que me sonaba desconocida, leí el manifiesto que había redactado y que decía: "El intento golpista que pretende truncar un proceso

iniciado con tanto esfuerzo por el pueblo boliviano no puede prosperar por su carácter eminentemente antinacional. En momentos en que Bolivia ha recibido el respaldo de toda América para lograr una salida, soberana y sin canjes al mar que le pertenece, los implicados en el golpe demuestran que están con Chile y están con Pinochet.

"Los 26 países que dieron su apoyo a Bolivia en la reunión de la OEA, dejaron constancia que lo hacían en atención a los derechos que le asisten a nuestro país y en homenaje al proceso democrático que ungió en la Presidencia Constitucional interina al Dr. Walter Guevara Arze. Es fácil comprender ahora por qué no prosperaron sus esfuerzos para lograr un gobierno de conciliación nacional. Para vergüenza de la democracia, existen políticos implicados en este aislado intento golpista, llevados por una ambición personal que es contraria al interés popular.

"Llamamos a la ciudanía a resistir este intento de frustrar el proceso democrático, en la seguridad de que el gobierno constitucional cuenta con el respaldo de las organizaciones sindicales y universitarias, las Fuerzas Armadas institucionalistas y los partidos políticos democráticos".

Sí, había que resistir, pero ¿cómo? Apenas escucharon el mensaje mis colegas ministros llamaron y convinimos en que nos reuniríamos en casa. Teníamos que hacer algo. ¿Qué? No lo sabíamos todavía, pero no nos conformamos con lo que pasaba. Nos negábamos a aceptarlo.

En cuestión de media hora llegaron a mi casa Carmelo Caballero, Ministro de Agricultura; Carlos Miranda, de Planeamiento; Jorge Abularach de Salud; Jorge O'Connor de Energía; Fernando Aguirre, Ministro Secretario; Guido Hinojosa de Finanzas y Fernando Gutiérrez de Integración. Lo primero que hicimos fue instalar el aparato de televisión en el living y dos radios en el comedor con las que íbamos siguiendo el desarrollo de los acontecimientos. En tanto, Mariano Baptista retomó la dirección de Ultima Hora.

Luego de un primer análisis de la situación, decidimos entablar contacto con la Central Obrera Bolivia, algunas bancadas del Parlamento, el general David Padilla, el coronel Gary Prado y otros personajes.

Las radios revelaban que el líder de la asonada era el coronel Alberto Natusch Busch junto con los diputados Guillermo Bedregal, José Fellman, Edil

Sandóval, Abel Ayoroa, entre otros. Lo que importaba de momento era contrarrestar su ofensiva propagandística. Querían obligar a las radios que estaban en el éter a tomar cadena. Muchas habían sido silenciadas. Los periodistas se resistían valientemente. Iban a pasar sus comunicados, pero no admitirían que se los acalle. Los golpistas aceptaron reabrir las radios. Ahí entramos nosotros. Era importante que no se produzca el vacío. Que no callemos. Era preciso alimentar constantemente a los medios para contrarrestar la propaganda de los tanqueros.

Decidimos hacer un pronunciamiento del gabinete en apoyo del Presidente en vista de las cosas que se decían en su contra para justificar el golpe. Fernando Aguirre apuraba el texto golpeando nervioso las teclas de la máquina de escribir mientras el resto del gabinete, al que se unió mi esposo, iba elaborando ideas y dictándolas a coro. Habíamos decidido decretar legal el paro de la Central Obrera Boliviana para que, en caso dado, se paguen los días no trabajados.

Al hacerse público el decreto oficializamos la existencia de un gobierno paralelo. Ese mismo momento la noticia salió al exterior y al día siguiente todos los matutinos daban cuenta del fenómeno.

El personal de la Secretaría cumplió una increíble labor de sabotaje a los golpistas. A media mañana llegó un grupo de secretarias y mensajeros con un cargamento que no esperaba. Metidos en una bolsa traían auriculares y enchufes de teléfonos que habían sido cortados, piezas claves de máquinas de escribir, fotocopiadoras, computadoras. Guillermo Riveros Tejada, el Ministro que nombraron los golpistas, no iba a poder operar. Reímos de buena gana ante la ocurrencia y los felicité por la iniciativa.

Los primeros en llegar fueron los vecinos. La familia Barriga Antelo se ofreció a ayudarnos. Otro tanto hicieron los Bueckler. Gracias a su apoyo no faltaron cafés, galletas y luego almuerzo para el gabinete. Amigos y familiares venían a ofrecer sus casas y recomendaban que me sumergiera. Otros llegaban de puro curiosos.

Mi padre había ido primero al Hotel Sheraton a ver cómo se encontraban los cancilleres y luego al centro de la ciudad en misión de reconocimiento. No podía creer lo que ocurría. El fruto de sus desvelos, la más grande victoria

diplomática del país lograda con tanto esfuerzo, en la que se había cuidado hasta en el más mínimo detalle, había sido echada por la borda.

Las radios informaban que Orfila había salido del país en la mañana en un avión privado y que el resto de las delegaciones estaban siendo trasladadas al aeropuerto por los golpistas. Los cancilleres cargaban sus maletas personalmente. El hotel era un pandemonium. El escándalo internacional se había desatado.

Marcelo Quiroga, el líder del Partido Socialista-1, vino acompañado por el general Juan Ayoroa. "No creo que duren, el pueblo los está enfrentando en las calles", me dijo. Cuando lo invité a reunirse con los ministros me aclaró que su visita era personal. Charlamos un momento de pie pues ambos estábamos nerviosos. Luego de intercambiar algunas informaciones y escuchar su lúcido análisis de la coyuntura, partió raudamente.

Una hora más tarde llegaron los diputados Antonio Aranibar y Alfonso Ferrufino del MIR, que también venían en pos de noticias. Mi casa era, en esos momentos, el centro de operaciones. Nos informaron que la Central Obrera Boliviana había iniciado una reunión de emergencia. Ya lo sabíamos. Los ministros Raúl Anze y Mario Calderón, ambos del PRA, se habían comunicado con nosotros apenas escucharon la radio y quedamos en que se harían cargo del frente sindical y luego se nos unirían. Luis Ossio, Presidente de la Democracia Cristiana, llamó para ofrecer su apoyo y para asegurarnos que rechazaba el golpe.

Serían aproximadamente las 10 de la mañana cuando varias emisoras empezaron a pasar un mensaje grabado en el que el Presidente Guevara pedía a la ciudadanía mantenerse alerta para defender la democracia a costa de cualquier sacrificio y anunciaba que haría todo lo que estuviera a su alcance para restablecer el proceso democrático brutalmente interrumpido.

Nos entró el alma al cuerpo. En ese momento no sabíamos donde estaba. Habíamos perdido contacto con él desde que se apostaron frente a su casa tanquetas y un sinnúmero de soldados. Pero sus palabras significaban que no había sido apresado. Que estaba en algún lugar de la ciudad.

Mis colegas periodistas llegaron a casa temprano. Vinieron a ver qué pasaba, en qué andábamos, si podían ayudar en algo. Ahí estaban firmes Mery Flores, Alfonso Gumucio, Francisco Roque, Eduardo Ascarrunz, entre muchos otros. En tanto el "Negro" Benítez, Director de Informaciones de la Secretaría, realizaba un trabajo de hormiga. Se encargaba de hacer llegar la serie de pronunciamientos que emitíamos a las radios, a la Sala de Prensa de Palacio y a la que mantenían los corresponsales internacionales en el Hotel Sheraton.

Una de las líneas telefónicas de que disponíamos estaba permanentemente conectada con los medios de comunicación, mientras que usábamos la otra para establecer contactos políticos. Padilla, por ejemplo, nos dijo que el movimiento subversivo era algo aislado y que esperaba una pronta reacción de otras unidades. Un mal síntoma era que seguía en su casa y parecía difícil que un Comandante en Jefe pudiera movilizar a su gente lejos de la ciudadela de Miraflores. Esperábamos minuto a minuto que se pronunciaran algunas guarniciones en apoyo del proceso democrático. Pero todo en vano. Horas más tarde el propio Padilla nos informaría que los rebeldes habían rodeado su casa en el barrio de Irpavi y le habían impuesto el arresto domiciliario.

Entre las conversaciones telefónicas que se entablaban desde nuestro cuartel general y cuyo desarrollo seguíamos con suspenso, estaba por ejemplo una de larga distancia que se efectuó entre el general Antonio Ovando, Jefe de la Casa Militar, y el general Edén Castillo, Comandante de la VII Guarnición con sede en Santa Cruz.

"Mi general, esto es una locura. Es un atentado contra la Constitución. ¿Cómo vamos a comprometer en una aventura así a las Fuerzas Armadas? Yo le ruego que recapacite, que apoye al gobierno constitucional", planteaba el general Ovando que no podía liberarse de la costumbre de hablar por la radio del Palacio y cada vez que usaba de la palabra decía: cambio... Pero sus esfuerzos fueron vanos. Castillo le respondió que lo sentía mucho pero que ya estaba metido en el golpe: "Si me hubiera llamado una media hora antes, tal vez cambiaba de idea", le dijo sin mucha convicción.

Sinceramente angustiado el general Ovando deshaució una reacción militar a nuestro favor. Conocía a sus camaradas y tenía el convencimiento de que una buena parte de ellos estaba metida en la asonada. Natusch era un líder nato. Un resquicio de esperanza se abrió cuando alguien mencionó la posibilidad de que el coronel Humberto Cayoja pudiera resistir desde Cochabamba. Pero era imposible lograr un contacto con él.

De pronto se nos ocurrió una idea temeraria. Teníamos el número directo del despacho presidencial que, en estas circunstancias, resultaba ser oro en polvo. Discamos. Tal como lo esperábamos del otro lado contestó Natusch. Uno de los ministros - cuya voz tenía un cierto timbre marcial - se hizo pasar por un poderoso jefe al mando de una guarnición: "Mi general, ¿Qué es esto? ¿En que ha metido usted a las Fuerzas Armadas?", dijo. Siguió un momento de silencio. Natusch estaba sorprendido, que duda cabía, pero el momento no le permitía distinguir perfectamente de quien se trataba. Le dio mil explicaciones, se quejó de que las cosas se habían precipitado, que los comandantes de grandes unidades y los políticos lo habían metido en esto, le pidió paciencia. Pero nuestro "general" no se dejó convencer y advirtió a Natusch sobre las consecuencias que la aventura podría tener para las FF.AA. Todos los ministros escuchábamos la conversación sin quitar nuestra vista de la puerta. Temíamos que, en ese preciso instante, irrumpiera en mi casa un grupo armado y nos pescara con las manos en la masa.

Cuando el amigo colgó el teléfono nos miramos asustados. ¿Habrá tenido algún efecto esa llamada? No teníamos manera de saberlo pero una cosa estaba clara: habíamos introducido un elemento de confusión en el campo enemigo.

Una de las radios había dicho que Paz Estenssoro estaría apoyando a Natusch, pero la noticia no se había confirmado. Jorge O'Connor, el Ministro de Energía, se ofreció a hablar con el ex Presidente y utilizando su mejor entonación chapaca le pidió que se pronunciara contra el golpe. Con el mismo acento, Paz le aseguró que no estaba involucrado y anunció que diría algo al respecto.[2]

Otro contacto clave fue el que establecí con mis colegas que cubrían Palacio. A través de ellos nos enteramos de los últimos acontecimientos que se

---

[2] De acuerdo a otro testimonio de Guillermo Bedregal (Ob. citada) el MNR tomó contacto con Natusch en abril de 1979 o sea en forma previa a las elecciones. El golpe debía producirse en los primeros días de agosto pero luego se decidió postergarlo hasta noviembre. La embajada estadounidense hizo que Víctor Paz se desmarcara del golpe de Todos Santos. Cuando VPE ordenó a Fellman Velarde que diera marcha atrás éste le preguntó: "Jefe, ¿entonces todo este trabajo de meses, todos estos compromisos y desvelos son un simple error?". Paz respondió: "No doctor, el objetivo de fregar a Guevara lo hemos cumplido..."

Paz Estenssoro negó haber participado en el golpe y sindicó a Bedregal de acusarlo con el propósito de exculparse del "democraticidio". (Citado por I. Alcaraz en "El Prisionero de Palacio")

registraban en el Palacio Quemado e incluso fuera de él. Habían creado ahí dentro una especie de "pool" noticioso que facilitaba mucho nuestra labor. Cuando llamábamos para pasar alguna información, al otro lado de la línea Humberto Vacaflor u otro colega, la grababa para hacerla escuchar a los demás o hacía una copia con varios carbónicos que se distribuían entre las decenas de periodistas bolivianos y extranjeros que merodeaban por la Plaza Murillo. La cobertura que recibíamos sólo se interrumpió cuando los golpistas repararon en el Caballo de Troya que teníamos en Palacio y decidieron cerrar la sala de prensa.

Al mediodía casi habíamos agotado todas nuestras posibilidades de contactos. Eramos - no hay que olvidarlo - un grupo de profesionales apartidistas los que formábamos aquel gabinete del Dr. Walter Guevara. No teníamos pues bases a quienes recurrir, ni más instrumento para presionar a los golpistas que nuestra imaginación y la solidaridad de los periodistas. Las circunstancias nos habían colocado ante la responsabilidad de salvaguardar el proceso democrático que tan trabajosamente estaba empezando a construir el pueblo boliviano. No nos movía ni siquiera la ambición de conservar unos cargos públicos que horas antes estábamos dispuestos a dejar para que el Presidente formara un gabinete político, en el más amplio sentido del término.

"Pueden ser los mejores pero no representan a nadie", había dicho de nosotros, noche antes, uno de los diputados golpistas. Pero se equivocaba. Representábamos el anhelo nacional de dignidad, y éramos, sin habérnoslo propuesto, una garantía de equidistancia frente a la pugna partidista por el poder que amenazaba con echar a pique a la naciente democracia. No es aventurado decir que, por un momento, encarnamos a esa mayoría silenciosa que contribuye firmemente a construir la nación boliviana. Que cree en ella y en su posibilidad de afirmar su personalidad frente a sus vecinos y el mundo. Que está presta a servirla y no servirse de ella.

Contra todas las previsiones de los golpistas que pensaban amedrentar al pueblo con su despliegue de tanques y tanquetas, la gente empezó a reunirse en plazas y calles. No salía de su asombro e indignación ante lo sucedido. "Ayer no más la OEA...", "¿Cómo han podido hacernos esto...?", "Abajo los gorilas, no los queremos más...". Eran algunas de las frases que recogían los periodistas.

Como llamados por un pututu invisible hombres y mujeres, gentes de toda condición social, empezaron a confluir al centro de la ciudad donde se levantaban barricadas. Sus rostros denotaban estupor e ira. No había miedo ante la fuerza bruta. Nada que arredrara a la población. Ni los cañones amenazantes que apuntaban a quienes miraban altaneros a soldados y oficiales. Ni las metralletas que colgaban relucientes del hombro de la tropa apostada en las esquinas. Ni los aviones que pasaban rasantes. Ni el helicóptero que ametrallaba a mansalva.

La primera manifestación de protesta surgió en la plaza San Francisco. En el mismo sitio donde noche antes gobierno y pueblo festejaron el triunfo en la OEA y homenajearon a los cancilleres que nos visitaban. Desarmados pero movidos por una fuerza mayor a ellos mismos los más osados empezaron su desigual lucha apedreando a esas fortalezas de metal bajo las cuales se escondían los militares. Las torretas giraban apuntando sus caños primero al aire y después a los cuerpos. De algún lugar surgió una bandera nacional y los manifestantes se cubrieron con ella simbolizando a la resistencia civil que comenzaba. No faltó el fotógrafo que capturó esa escena para la posteridad.

En las esquinas del centro se levantaban barricadas en un santiamén. Una complicidad colectiva para impedir el paso de los tanques, hacía que grupos de personas sacaran con las manos adoquines de la calle mientras otros los iban apilando. De los lugares más impensados surgían adobes y ladrillos. Una ola de furia contenida recorría la ciudad sacudiendo el letargo de ese día destinado a honrar a los muertos, no a incrementar su número. El fuego que vomitaban aviones y tanques aumentaba el número de seres a quienes llorar, mientras que el dolor de los heridos se hendía profundamente en todo el cuerpo social.

Nadie hubiera imaginado que en ese Día de Todos Santos, la muerte desafiaría a la vida de esa manera.

Los golpistas, en tanto, habían tomado control absoluto del Palacio de Gobierno y se proclamaron como el nuevo "gobierno constitucionalista". Pero los apoyos al gobierno Constitucional interino surgían por doquier. Se habían pronunciado la COB y varias universidades. Un oficial de la línea "institucionalista" nos hizo saber que existía preocupación en las filas castrenses. No todos apoyaban a Natusch. Algunas bancadas habían condenado el golpe: la Democracia Cristiana, el MIR, el Partido Socialista-1 y el PRA.

El general Juan Ayoroa ofreció el concurso de la Agrupación Topáter para defender al gobierno constitucional. Lo instamos a que inicie sus contactos ya que afirmaba contar con un fuerte apoyo en la oficialidad joven. Los Ayoroa eran un clan poderoso dentro de las Fuerzas Armadas. No sabíamos si estaban dispuestos a rifarse por un gobierno civil o lo harían más bien por otras razones. Juan era un inveterado aspirante a la presidencia.[3]

A eso del mediodía pasaron por casa los ministros Bonifaz y Baptista acompañados por el diputado del MNR Gonzalo Sánchez de Lozada. Al verlo nos entró el alma al cuerpo: quería decir que no todo el MNR estaba en el golpe. Goni con su buen genio y Boni con su inigualable gualaicherío nos liberaron por unos instantes de la tensión a la que estábamos sometidos. Oscar Bonifaz pidió que se le asignaran tareas. Le dimos la misión de ubicar al Presidente. Era preciso que se dejara ver por la prensa, si posible ese mismo día.

El barbado ministro retornó al cabo de una hora y nos avisó que había omado contacto con Guevara: "Ha decidido ofrecer una conferencia de prensa y quiere que la convoques", me dijo. Inmediatamente tomé contacto con los colegas de la prensa nacional y extranjera. Fijamos las tres de la tarde para reunir a un buen número de periodistas y organizar su movilización. A la hora establecida partimos en automóviles que salieron de distintos lugares y debían confluir en la Iglesia de San Miguel en Calacoto. De allí continuaríamos hasta la zona de Ovejuyo. Luego de una serie de maniobras (para despistar a posibles seguidores) llegamos a una casa a medio construir rodeada de chacras lecheras. Ajenos a lo que ocurría, los campesinos del lugar observaban sorprendidos ese inusitado despliegue de automotores.

Allá nos esperaba el Presidente acompañado de Tomás Guillermo Elío y Ramiro Bedregal, su Secretario Privado. Guevara llevaba lentes oscuros y melena hasta el cuello con un cerquillo que le cubría la frente. En otras circunstancias y sin estar al tanto de lo que ocurría, hubiera sido imposible re-

---

[3] Juan Ayoroa rechazó la invitación de Natusch para ser Prefecto de La Paz y lo instó a que devuelva el poder al Congreso. En declaraciones que hizo, luego de entrevistarse con Natusch, dijo que "las Fuerzas Armadas habían sido engañadas y arrastradas al golpe. Les hicieron creer que tenían el respaldo de partidos políticos mayoritarios y a la hora de la verdad, vemos que apenas tienen algunos políticos en forma individual". *(Alcaraz, Ob. citada)*

conocerlo. Cuando se quitó la peluca, emergió su reluciente calva flanqueada por ese inconfundible par de orejas puntiagudas. ¡Era nuevamente él!.

"Creo que es razonable empezar diciendo que éste debe ser un día muy feliz para Chile y los chilenos. Todo lo que hemos hecho durante varios meses, trabajando afanosamente, todo lo que hemos logrado en la OEA se destruye con un acto verdaderamente incalificable. Por otra parte, este es un día muy triste para los bolivianos, el día en que algunos de los jefes y oficiales que juraron cumplir su promesa de mantener el proceso democrático la han roto y han comenzado su gobierno ensangrentando al pueblo de Bolivia", declaró el mandatario.

Ministros y periodistas lo escuchábamos con la sensación de estar viviendo un momento único en nuestras vidas. Ni unos ni otros habíamos reparado en los peligros que corríamos. El deber estaba primero.

"¿Mantiene usted su posición de continuar como Presidente interino?", le preguntó un corresponsal extranjero. "El cargo de Presidente en sí mismo, no me interesa, nunca me ha interesado. Lo que ocurre en este caso, es que esta presidencia constituye un símbolo de la resistencia de este país a semejante atentado", respondió.

Guevara anunció que encabezaría la resistencia al gobierno de facto y que continuaría ejerciendo sus funciones de gobierno "desde algún lugar del país".

"Este gobierno no puede durar y no va a durar", fue una de las frases salientes de esa improvisada rueda de prensa que en pocas horas más sería transmitida a todo el mundo a través de las agencias internacionales.

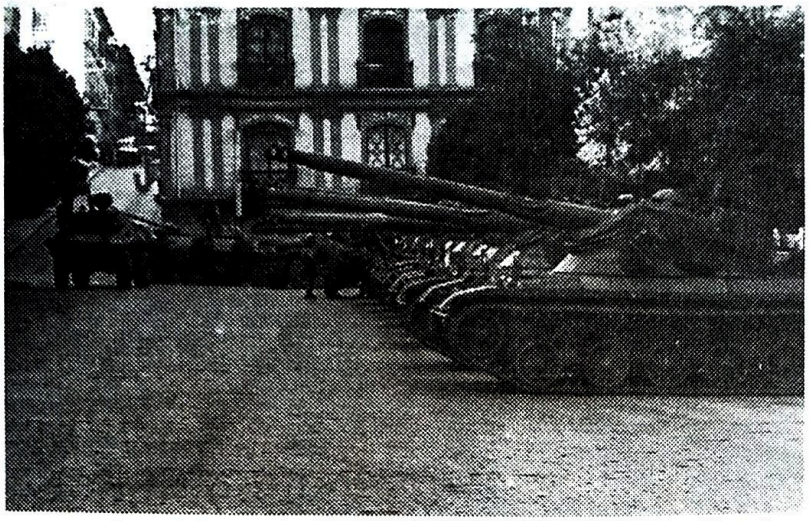
La resistencia popular empezaba a ser contagiosa. Esa misma tarde, la COB y varios partidos hacían pública su decisión de conformar un Comité Democrático Antifascista al que se definía como "un instrumento de lucha contra la pretensión de restaurar el régimen antidemocrático, antinacional instaurado el 21 de agosto de 1971".

El Comité desconocía el régimen de Natusch Busch y convocaba al pueblo a una movilización de resistencia contra el régimen de facto. Este ya había tomado la delantera.

La ofensiva militar contra las barricadas que se fueron levantando valerosamente por calles y avenidas había cobrado varias víctimas. La gente no se arredraba ante nada. Edgar Arandia, artista e ilustrador gráfico de Presencia, cayó gravemente herido luego de haber protagonizado la pedrea contra un tanque. "No podía dejar de hacerlo. Era más fuerte que yo...", comentó a los amigos que fueron a verlo en la clínica.

La periodista Amalia Barrón, de la revista española Cambio 16, nos relató una escena que por sí sola refleja la valentía del ciudadano común. El hecho se produjo en la avenida Mariscal Santa Cruz. Envuelto en santa ira un hombre se sacó el zapato para golpear enardecido una de las tanquetas.

Desde otras ciudades llegaban noticias que nos alentaban y acongojaban al mismo tiempo. Era el país entero que se rebelaba contra este intento de imponerle un gobierno de fuerza. De someterlo otra vez con la idea de que era un menor de edad que requería ser tutelado. Los intentos de disfrazar la aventura militar con un lenguaje seudo revolucionario, caerían luego por su propio peso cuando los actores, obligados por la presión popular, optaran por sacarse la máscara.

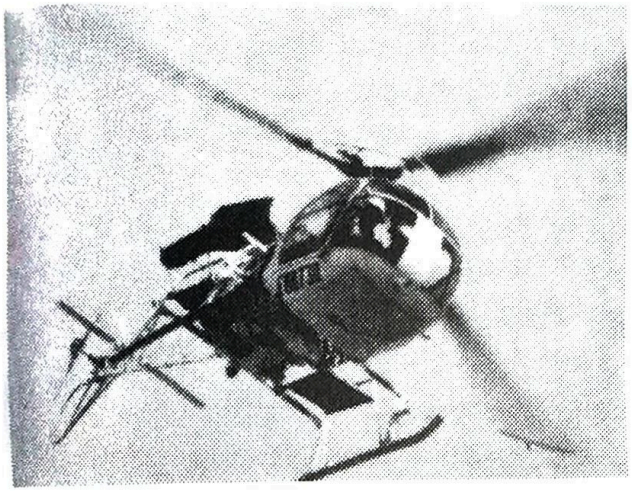


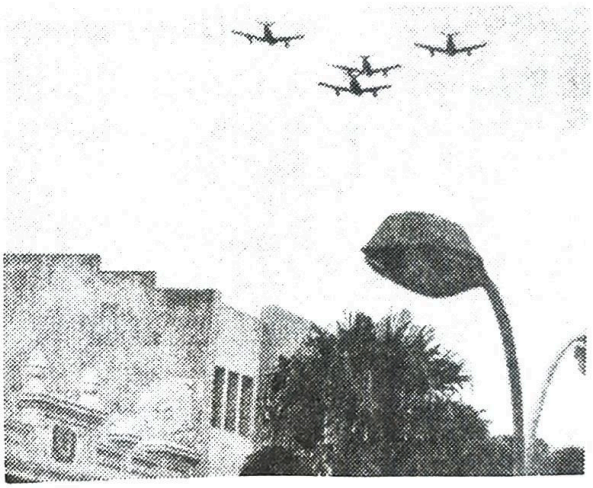
Tanques de diferentes modelos y capacidad de fuego recorren las calles de La Paz . Han tomado la Plaza Murillo por los cuatro costados.

Foto Crónica

Natusch habla desde Palacio de Gobierno a pocas horas de producirse la asonada. Lo rodean sus ministros Guillermo Bedregal y Abel Ayoroa, y varios de los jefes militares que han precipitado el golpe.
Foto Crónica

Los cancilleres y las delegaciones que asistieron a la asamblea de la OEA se dirigen hacia el aeropuerto de El Alto escoltados por tanquetas y camiones con efectivos militares. La columna el momento que sália del hotel Sheraton.
Foto Freddy Alborta

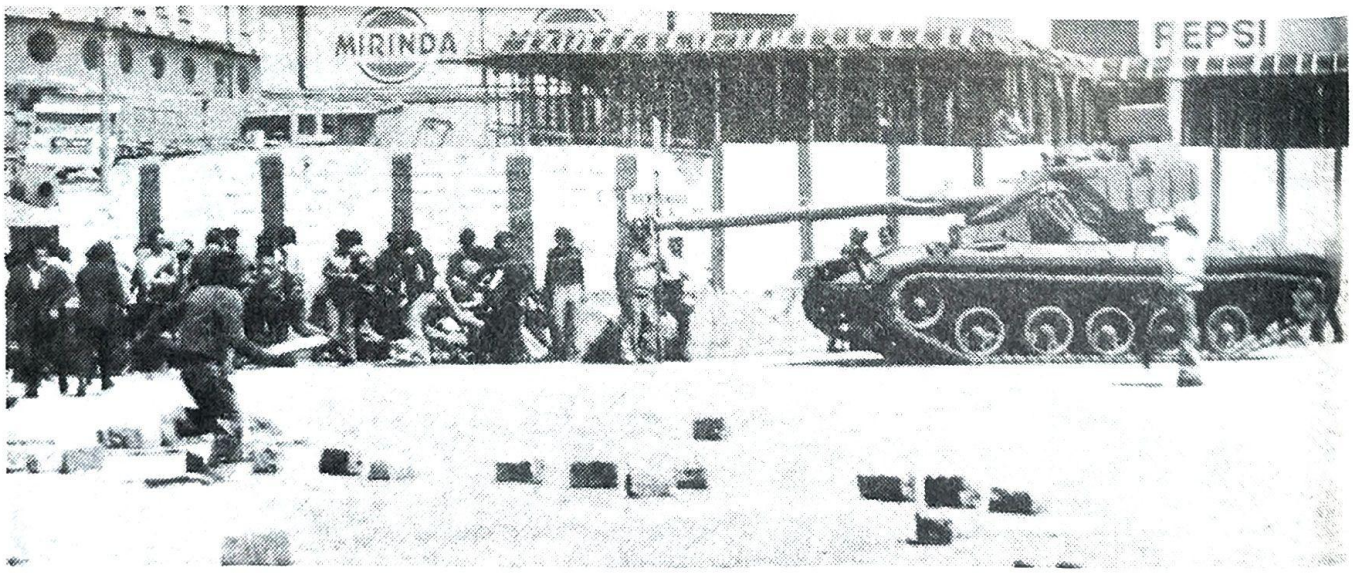




El "helicóptero asesino" sembró la muerte a su paso. Aviones de combate F-86 sobrevolaron La Paz, Cochabamba, Santa Cruz y las minas.

Los voluntarios de la Cruz Roja trasladan a uno de los cientos de heridos que cayeron en La Paz el dia de Todos Santos.

La gente sale de sus casas a manifestar su repudio a los golpistas. Sin temor a los tanques levanta barricadas, apedrea a los tanques y defiende la democracia.
Foto Freddy Alborta



David frente a Goliat....

Foto Domingo Politti

En distintos puntos de la ciudad de La Paz se levantan barricadas para frenar el avance de los tanques. La juventud es la gran protagonista de esas jornadas de protestas que terminaron trágicamente.

Guevara hace un llamado a los pueblos del mundo en busca de apoyo. Los periodistas jugaron un papel clave en la resistencia.

Reunido en algún lugar de la ciudad, una parte del Gobierno en la Resistencia que se enfrentó a los golpistas durante dos semanas.

Fotos Alberto Torrico

Ese Congreso que había vuelto a funcionar gracias a la democracia, que debía su existencia misma a ese sistema de gobierno, tenía ante sí una grave responsabilidad.

De pronto muchas cosas aparecieron claras para los honorables "padres de la Patria". Me imagino que se dieron cuenta de que habían sido usados. Que sin quererlo habían puesto más piedras de las necesarias en el camino de un gobierno provisional al que ellos habían ungido y que, de alguna manera, a través de algunos de sus miembros, también habían intentado tumbar.

¿Qué fueron sino la innumerables interpelaciones y las peticiones de informe que se habían exigido al gabinete? Desde la nueva perspectiva aparecían como una maniobra urdida sin disimulo en el hemiciclo parlamentario. Allá frente a todos ellos y con el apoyo de una gran parte de los congresista. Nadie se imaginó lo que podría ocurrir hasta que ocurrió.

Bastaba ver a los jefes civiles de la asonada. Todos ellos provenían de esa mayoría parlamentaria que se fue construyendo en base a la Alianza MNR y al MNRI.

En pocas ocasiones de la historia política del país se dio el caso de gente que buscara el poder en la forma que lo hicieron los miembros de las brigadas parlamentarias de esos dos partidos. ¡No! No era ningún secreto. Era *vox populi* que ellos querían el gobierno. Lo decían abiertamente, contradiciendo inclusive las directivas de sus jefes.

¡Las veces que habrán salido del Palacio de Gobierno alicaídos porque el Presidente Guevara no daba luz verde a su deseo de participación en el Ejecutivo! Ese exceso de celo por cumplir el mandato que recibió el 6 de agosto y que puso Guevara en la posición de árbitro *inter pares* era considerado por algunos observadores como una falta de perspectiva. No faltaron los que le aconsejaron que debiera armar su propio juego, aprovechar del apoyo

que se le brindaba aun a costa de sacrificar la equidistancia que se había propuesto observar.

Era cuestión de aceptar esas ofertas, condicionadas a unos cuantos puestos públicos, una cuota de poder. Eso le hubiera asegurado la más amplia mayoría parlamentaria. Y eso era lo que buscaban algunos de sus antiguos compañeros de partido. Pero Guevara no quiso prestarse a ese juego y eso tenía, tuvo, un precio.

Analistas de la situación veían en el pacto tácito que existía entre la Alianza MNR y un sector del MNRI, una jugada política con miras a las próximas elecciones. En una primera aproximación parecía que los adeptos del Dr. Siles Zuazo lo dejaban y pasaban a engrosar el tronco originario del cual habían salido. Podía ser un golpe de muerte para el ex Presidente y se preveía que un drenaje de esa naturaleza tendría también sus consecuencias dentro de la UDP ya que varios de los partidos que la componían empezaban a buscar sus propios rumbos.

Pero, cuando los rumores de golpe comenzaron a rondar por el Parlamento la alianza de los dos MNRs empezó a mirarse con sospecha. No se descartaba que entre ambas corrientes, se estuviera gestando un acuerdo de mandos medios para unificar al MNR por encima de sus líderes históricos, a manera de forzar el relevo generacional que éstos se negaron a llevar a cabo ya en la década del 60.

Lo cierto es que muchos diputados y senadores estuvieron informados a tiempo de los afanes golpistas de sus colegas, pero no les asignaron mayor importancia. No eran cábalas sobre lo que podría ocurrir si los militares eran tentados las que ahora debían enfrentar los "honorables" que no habían sido picados por el mosquito de la ambición arropada en guerreras militares. Era la triste realidad. El propio Congreso estaba complicado en este cruento golpe de Estado al gobierno que surgió de su seno. Unos dieron la cara, otros la escondieron.

De lo que parecían las cenizas de una respetable institución republicana, surgió una reacción de decencia, de honor, de dignidad. Una buena parte de los congresistas salió en defensa de la democracia. Debían demostrar que eran apenas unas cuantas "ovejas negras" las que habían deshonrado al Parlamento y que la mayor parte de ellos estaba al lado del pueblo que los eligió.

Desafiando a los tanques que se apostaron en fila apuntando al Palacio Legislativo, los congresistas empezaron a llegar al hemiciclo. El escenario estaba a la espera de los actores. Y los hubo de todo tipo.

A las 19:15 horas, la Alianza Democrática Nacionalista, del general Hugo Banzer abandonó el Congreso. Los miembros de esa bancada parlamentaria adujeron la tardanza de sus colegas para reunirse. No obstante esas defecciones, el Congreso empezó a deliberar a las 19:30. Quiroga Santa Cruz del PS-1 propuso que se reunieran representantes de las distintas brigadas a fin de redactar una resolución.

Por intermedio del Director de Informaciones, Manuel Benitez, habíamos hecho llegar al Congreso el mensaje del Presidente Walter Guevara Arze. El mandatario nos había enviado el borrador con Norah Claros, Subsecretaria de Bienestar Social, con el pedido de que modificáramos lo que nos pareciera. Por esa razón, el original que mandamos al Congreso llevaba las firmas de los ministros como garantía de que se trataba de un mensaje del Presidente. Pero al no consignar su signatura autógrafa una mayoría de los jefes de bancada decidió no darle lectura.

Esa noche sintonicé una emisora que transmitía en directo lo que sucedía en el Parlamento. Imaginé que una gran parte de la población estaba pegada a la radio, ansiosa de conocer noticias.

Eran aproximadamente las 21 horas cuando terminó la reunión de las bancadas y se leyó la histórica resolución del Congreso que decía: "El Honorable Congreso Nacional resuelve: 1.- Condenar el golpe de Estado producido el día de hoy que quiebra el proceso democrático abierto y desarrollado por el pueblo de Bolivia. 2.- Ratificar la resolución del 6 de agosto de 1979 y reiterar la vigencia de todas las decisiones aprobadas por el H. Congreso Nacional. 3.- Reafirmar su inquebrantable decisión de asumir en plenitud el ejercicio de las prerrogativas que le confiere su condición de poder del Estado, constituido por voluntad popular".

La resolución llevaba las firmas de los representantes de las brigadas parlamentarias de la Alianza MNR, la Unidad Democrática y Popular, el Partido Socialista y el Movimiento Tupaj Katari. En el Congreso se comentaba que

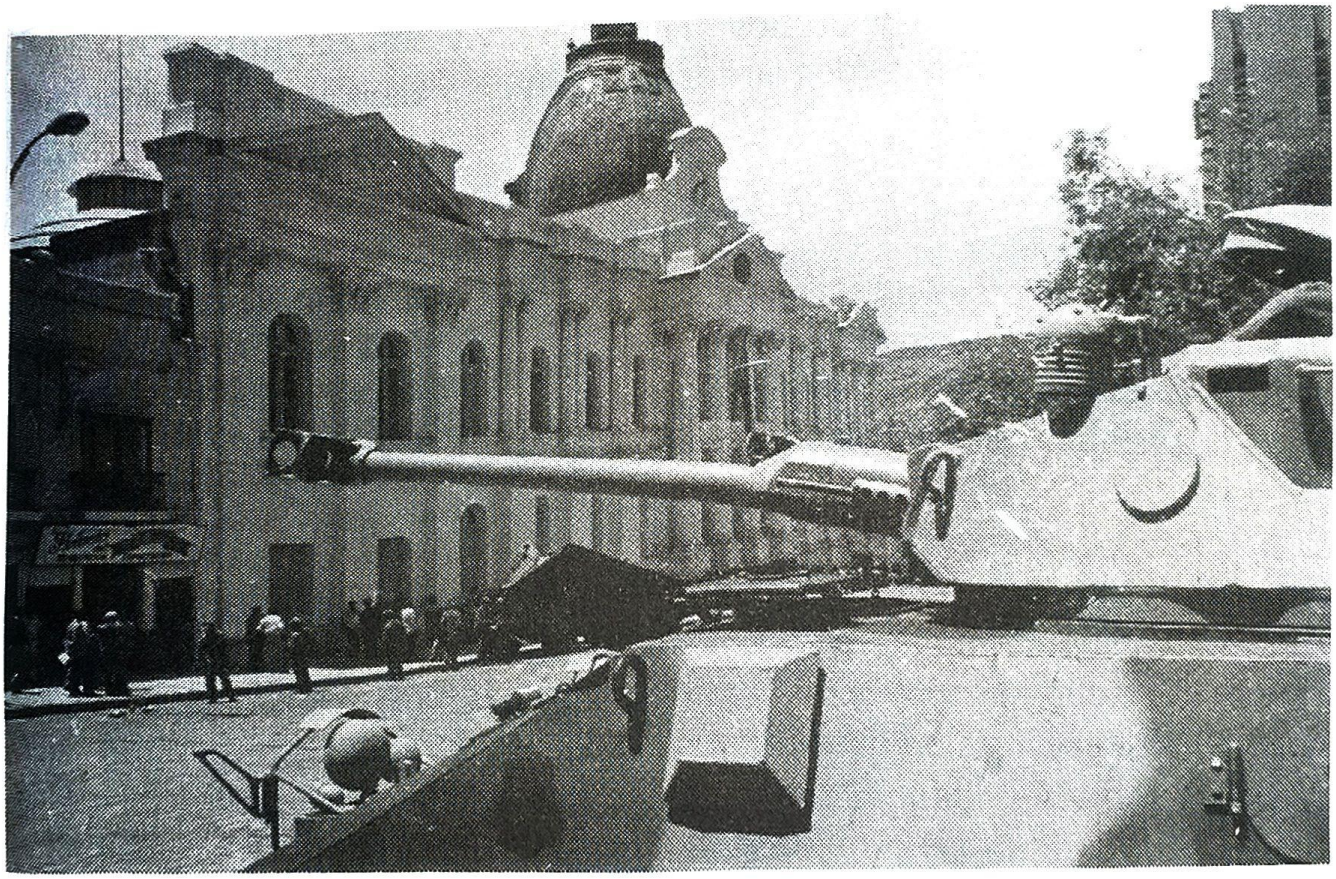
una llamada de la embajada norteamericana había logrado que Paz Estenssoro se desmarcara del golpe. Eso explicaba que muchos diputados de ese partido, incluido Fellman Velarde, hubieran echado pie atrás.

Cuando acabó la lectura de ese documento histórico los honorables entonaron las notas del himno nacional. Era reconfortante saber que no todo se había perdido. El Parlamento estaba dando una muestra de valor civil en consonancia con la que había demostrado el pueblo, todo el día, en las calles.

El "morir antes que esclavos vivir..." de nuestro himno nacional, cobró un sentido trágico en esas circunstancias. Tenía la fuerza de un juramento.

Pero la reacción de los ocupantes del Palacio Quemado fue distinta. El coronel Alberto Natusch indignado por lo que pasaba y seguramente decepcionado porque sus colaboradores civiles habían faltado a la promesa que le hicieron de un total respaldo congresal, optó por decretar el cierre del Legislativo.

Ese Congreso que se animó a sesionar desafiando a los tanques que apuntaban contra él, compartió la suerte que se había querido imponer esa madrugada al Poder Ejecutivo. El recién estrenado dictador quería áulicos que corroboraran sus planes, no parlamentarios que defendieran su fuero y el de la Nación. En menos de 24 horas el Parlamento había sido clausurado.



Desafiando a los tanques que se apostaron en fila apuntando al Palacio Legislativo, los congresistas empezaron a llegar al hemiciclo. El escenario estaba a la espera de los actores.

Foto Crónica

El gabinete del Presidente Guevara había intuido que su principal misión en las circunstancias que vivía el país era contribuir a mantener la legalidad. Demostrar que en la resistencia funcionaba un gobierno que tenía el consenso ciudadano. No más que eso.

Una de las modalidades que utilizamos para mantener esa vigencia fue la aprobación de decretos. Uno de ellos tuvo una historia curiosa. Lo sugirió el Ministro de Salud Jorge Abularach pues tenía el proyecto escrito en papel membretado. Se trataba de una disposición legal en favor de la Policía - que había hecho conocer que no apoyaba a los golpistas - que instituía un aporte patronal del 1% sobre el total de remuneraciones de los asegurados en el Fondo Complementario de la Policía Nacional.

La iniciativa se había originado un mes atrás en la propia Policía pero era difícil que fuera aprobada mientras no se resolviera el grave déficit fiscal que enfrentaba el Tesoro. En ese momento, era el único decreto que no necesitaba ser redactado así que decidimos aprobarlo luego de algunas consideraciones. Los golpistas le asignaron una intencionalidad política. No tuvo otra que no fuera la de mantener activo el hilo noticioso.

Otro decreto de carácter político para el cual obtuvimos la aprobación del Presidente, fue la ratificación del general David Padilla Arancibia como Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas.

Un tercer decreto declaraba nulos de pleno derecho los actos del gobierno sedicioso e instaba a los empleados públicos a la resistencia pasiva.

Nadie mejor que el equipo económico para conocer el estado crítico de la economía nacional y su extrema fragilidad. Las autoridades de facto también eran conscientes de esto. En la última interpelación parlamentaria a que sometieron los del MNR al Ministro de Finanzas Guido Hinojosa, lo obligaron a hacer públicos detalles sobre las reservas monetarias que, de haberse cono-

cido, hubieran ocasionado una corrida bancaria. Ese era el Talón de Aquiles del gobierno de Natusch, al igual que lo había sido del nuestro.

Con Guido Hinojosa decidimos que era preciso tomar alguna acción para evitar que los golpistas pudieran acudir a los organismos internacionales. En un cable que enviamos a los máximos ejecutivos del Banco Mundial, BID, Corporación Andina de Fomento, Fondo Monetario Internacional, la OPEP, el Banco Central de Argentina, la Comunidad Económica Europea, la Cuenca del Plata, dejamos constancia de la ilegalidad de los actos del gobierno de facto.

"Para los fines legales consiguientes ruego a usted tomar nota que el Congreso Nacional en sesión extraordinaria de fecha 1 de noviembre ratificó al gobierno constitucional interino que preside el Dr. Walter Guevara Arze. Firmado: Guido Hinojosa, Ministro de Finanzas del Gobierno Constitucional de la República de Bolivia".

Carlos Olea, asistente de Hinojosa, fue comisionado a llevar los cables hasta la oficina de la empresa "All America" donde tenía un amigo. Salió con esa misión a las cuatro de la tarde y retornó recién a las ocho de la noche. A medida que pasaban las horas crecía en nosotros la angustia sobre su suerte. Un exceso de celo lo retuvo. Quiso asegurarse de que cada uno de los cables llegara a sus destinatarios y tener la posibilidad de decir "misión cumplida" cuando retornara.

Quienes conocen los organismos internacionales de crédito saben lo complicados que estos son cuando se trata de problemas legales. La advertencia estaba ahí, por si acaso, destinada a trabar cualquier acción que pudiera realizar en ese plano el Ministro del régimen de facto, que tenía nombre de boxeador: Agapito Feliciano Monzón.

En el plano militar se barajaban muchas hipótesis. Una de ellas era la de una reacción de los llamados "institucionalistas" comandada desde Cochabamba por el coronel Humberto Cayoja. El Canciller Gustavo Fernández, que estaba en contacto con ellos, sugirió que todo el gobierno clandestino se traslade a esa ciudad. Había a nuestra disposición un avión de YPFB que

podría transportarnos si lográbamos burlar la vigilancia de la Fuerza Aérea. La idea se descartó luego de un análisis. No había razón para dejar La Paz donde se decidía la suerte de la democracia.

A momentos, Fernández no podía vencer su vocación diplomática y se alarmaba por la forma en que la que actuaba el resto del gabinete. "No debemos radicalizarnos", repetía. No pude evitar preguntarle si creía verdaderamente que era posible tomar las cosas con calma. Estos acontecimientos en los que nos veíamos envueltos por un azar del destino me habían afirmado en la convicción de que es imposible dejar de tomar partido cuando se trata de defender los valores en los que uno cree.

El doctor Guevara, aunque observaba nuestra actuación con cierta sorpresa, nos dejaba hacer. Era evidente que no se había esperado que esos profesionales independientes, a los que reconocía muchas virtudes pero, cuya condición de apolíticos había remarcado en distintas ocasiones, estuvieran poniendo en jaque a profesionales en la materia.

La nuestra era apenas una trinchera. Habían otras más y cada una cumplía un papel determinado. El Congreso había decidido desafiar al gobierno de facto y convino en normalizar sus actividades a partir del día 5. Las cámaras iban a funcionar en otro recinto ya que el Palacio Legislativo había sido tomado por los militares. (Un periodista nos comentó que aquel día un destacamento armado ingresó hasta la Cámara de Senadores y allá protagonizó una sesión bufa en la que un Mayor iba cediendo la palabra a los uniformados que, uno tras otro, pronunciaban largos y jocosos discursos que eran ruidosamente festejados por sus compañeros).

En ese marco de mofa de nuestras instituciones no podía faltar la opinión de Chile. La reacción sobre el golpe de Estado surgió inmediatamente en Santiago y fue el propio embajador Pedro Daza, a quien días antes le había tocado espectar la derrota de su país cuando Bolivia cosechó 26 votos sobre 27, en apoyo de su demanda marítima, quien dijo con sorna que nuestro país no era un interlocutor válido. Que nos faltaba seriedad. Toda la victoria conseguida con esfuerzo, aquella que hizo vibrar de emoción a todo el país, se había ido al tacho. ¡Y todo por la ambición de unos pocos!

¿Querían el gobierno los señores del MNR? Tenían otros canales para obtenerlo. Ya casi lo tenían en las manos...

Los adversarios del país y los amigos de las dictaduras estaban de plácemes. El Mercurio de Santiago calificó al golpe militar como una demostración de nuestra inmadurez y lo consideró como un "escándalo internacional" por haber ocurrido en presencia de los diplomáticos que asistieron a la reunión de la OEA.

El diario opinaba que "el curso general de la política boliviana ha sido comentada muchas veces y sus signos principales revelan inmadurez y falta de consenso mínimo para encarar un sistema de gobierno capaz de asegurar una cierta continuidad interna y externa".

"La evidencia boliviana muestra el juicio liviano de algunos gobiernos que saludaron apresuradamente la restauración de la democracia en el Altiplano y luego prestaron todo su concurso a la maniobra del mandatario depuesto (Walter Guevara) para socavar la validez de los tratados, piedra angular de la paz en el continente".

El Cronista, por entonces el diario oficial chileno, nos calificó de "un lastre para América". Su editorial afirmaba que Bolivia era un país que no tenía instituciones y que no tenía seriedad ni siquiera para consolidar sus iniciativas internacionales.

Pero eso no era cierto. El coronel Natusch estaba cada día más solo. En un despacho desde La Paz la agencia EFE decía que "mientras que en el interior los partidos se muestran renuentes a colaborarlo, en el exterior no encuentra reconocimiento".

Los pronunciamientos contra el régimen de facto se multiplicaban en la sociedad civil. Aunque tímidamente la empresa privada salió por los fueros del Estado de Derecho. Las universidades, los partidos, los campesinos, las organizaciones de derechos humanos, todos rechazaban el golpe.

Surgieron voces valientes que decían las cosas como debían ser. El periodista Juan Pereira Fiorilo, en un *post-scriptum* que cerraba una serie de comentarios sobre la IX Asamblea de la OEA, pidió a los golpistas que reco-

nozcan su error y devuelvan el poder a las autoridades legítimamente elegidas: "Apelamos a su sentimiento cívico para hacerles notar que todo el pueblo los repudia. Que están cavando una peligrosa zanja de desprestigio..."

El ex Presidente Luis Adolfo Siles Salinas vaticinaba que "la acción de fuerza no tiene porvenir alguno". "Sé positivamente - decía - que no cuenta ni siquiera con un apoyo total de las Fuerzas Armadas".

Eduardo Arze Quiroga, ex Canciller de la República, se lamentaba que "el golpe busca desquiciar torpemente la composición de un esquema lógico y permanente que, tanto en el orden interno, como en el internacional, cubre todos los resortes de la seguridad de la Nación..."

"Bolivia, en particular, podía sentirse satisfecha y sin duda lo estuvo por los sorprendentes resultados de la IX Asamblea, pues, no sólo alcanzó los beneficios directos de la Resolución sobre nuestro centenario enclaustramiento sino que tuvo, incluso, un pronunciamiento claro contra los procedimientos desestabilizadores de precios de materias primas en el mercado mundial concernientes al proyecto norteamericano de venta de 35.000 toneladas de estaño de sus reservas estratégicas", señalaba este notable internacionalista en un artículo que la censura evitó que se publicara.

Al analizar los diversos factores geopolíticos que concurrieron al golpe, Arze Quiroga sugería que se trataba de una movida contra el Pacto Andino mediante estímulos extra-nacionales procedentes de las dictaduras vecinas.

Tiempo después se conocería la verdad en detalle. En ese momento lo único que cabía era el asombro y la indignación.

Otra conferencia de prensa en la clandestinidad. El Presidente constitucional acompañado de su Ministra de informaciones.
Foto Freddy Alborta

111002.-LA PAZ BOLIVIA.-11/10/79.- EL DOCTOR WALTER GUEVARA ARZE CONVOCO A UNA CONFERENCIA DE PRENSA, LA QUE SE LLEVO A CABO EN EL JARDIN DE SU REGIDENCIA DEL BARRIO DE LA FLORIDA ANTE UN MEDIO CENTENAR DE CO RRESPONSALES EXTRANJEROS DE PRENSA Y TELEVISION. Radiofoto United Press International.fa/Freddy Alborta.

Radiofoto Upi/Freddy Alborta

En su prisa por apoderarse del gobierno los golpistas habían subestimado otro elemento que conspiraría contra ellos desde el primer día: la repulsa internacional. La magnitud que ésta alcanzó se podía medir en la reacción de los cientos de delegados que asistieron a la Asamblea de la OEA. Obligados a permanecer encerrados en sus hoteles, aquellos testigos involuntarios de la asonada dejaron escuchar su expresión de repudio al golpe apenas cruzaron la frontera. Despachos de agencias daban cuenta que los diplomáticos lamentaron al unísono "que el proceso democrático se hubiera interrumpido cuando estaba empezando a desarrollarse y convertirse en una esperanza para América Latina".

"Nos sentimos frustrados por lo que acontece en Bolivia, país al que hemos llegado a querer en estos pocos días", comentaron otros.

Su asombro se vio colmado la noche de Todos Santos, cuando por el canal estatal de televisión vieron la posesión del gabinete del coronel Alberto Natusch Bush. Tres elementos saltaban a la vista para el más agudo observador: La presencia de varios congresistas comprometidos en el golpe; la aparición de una figura que a muchos les era familiar, el general Julio Herrera, Ministro de Defensa del Presidente Walter Guevara que figuraba como Ministro de Industria y Comercio del régimen de facto; y, finalmente, la orfandad política de Natusch que no había podido siquiera completar su equipo ministerial.

En el Gabinete estaban además: Guillermo Bedregal como Canciller, Carlos Mena de Interior, Migración y Justicia; Oscar Larraín de Defensa, Wilfredo Cossio A. de Educación, Edil Sandoval Moron de Transportes, Raúl Guzman del Trabajo; Abel Ayoroa de Minería; Carlos Fernández Narvaez, de Asuntos Campesinos y Agropecuarios, Aroldo Cortez de Urbanismo y Vivienda; Raúl Roca Rivero de Bienestar Familiar y Boris Marinovic, Ministro Secretario.

La agencia EFE citaba el comentario de uno de los diplomáticos ante el golpe: "Parece como si los militares se hubieran propuesto demostrar a los demócratas americanos que la fuerza sigue en sus manos".

Pero no era así. Aunque esa fuera la intención de los golpistas, el pueblo boliviano se encargó de poner en evidencia lo contrario. Que no lo arredraba los tanques ni la metralla y que estaba dispuesto a defender la democracia. Para ello necesitaba, eso sí, todo el apoyo de sus hermanos de América.

Los ministros del gobierno constitucional decidimos pedir a nombre del Presidente Guevara el respaldo de sus colegas del continente y de los responsables de organismos internacionales. Redactamos un cablegrama que decía: "Golpe subversivo estalló esta madrugada pretende truncar el proceso democrático boliviano que estábamos empeñados en consolidar. Gobierno constitucional que presido pide apoyo y respaldo su país, así como repudio a los que usando de la fuerza pretenden torcer la voluntad del pueblo".

La nota fue dirigida a los presidentes de las 26 naciones que asistieron a la Asamblea de la OEA (con excepción de Chile), a la Comunidad Económica Europea, a Kurt Waldheim, Secretario General de las Naciones Unidas, a Alejandro Orfila de la OEA y a la Organización de Países no Alineados.

Es preciso confesar que me serví de una maniobra para hacer llegar esos cables a sus destinatarios. No teníamos en ese momento los medios para acercarnos a las empresas cablegráficas y corríamos el riesgo de que el gobierno se alertara sobre nuestra actividad.

Esos telegramas nunca se transmitieron. Lo que hice fue copiar los mensajes en la máquina de telex de la agencia DPA que tenía en casa, para luego repartirlos a todos los medios nacionales y agencias internacionales que se encargaron de divulgar la noticia a los cuatro vientos. De esa manera, sin gastar un sólo centavo, pudimos transmitir nuestro mensaje al exterior.

Es probable que los mandatarios o personalidades a los que nos dirigimos, atribuyeran a la censura el haberse enterado por la prensa sobre aquel S.O.S. que les envió el Presidente Guevara. Pese a que nunca lo recibieron personalmente le dieron respuesta inmediata.

Cuando empezó a recibir llamadas desde diversas partes del mundo, Guevara quedó sorprendido con nuestra eficiencia. Un día de esos me dijo preocupado, "Yo le debo a usted mucho dinero. ¿Cuánto ha gastado en mandar tantos telegramas?". "Nada, doctor, nada...", le respondí. Y no mentía.

Las primeras planas de los diarios de los días subsiguientes reflejaban un hecho inédito: el país tenía dos gobiernos. Uno con el apoyo del pueblo, el otro con el de los tanques en las calles.

En "algún lugar de la ciudad", que en realidad eran varios, manteníamos las reuniones del gabinete. El paradero del doctor Guevara era reservado por razones de seguridad pero estábamos en constante comunicación con él.

El "gobierno en la clandestinidad" estaba compuesto por personas de buena voluntad decididas a defender el proceso democrático, ya que el poder real estaba en el movimiento obrero liderizado por la COB, en el Congreso donde estaban representados los partidos y en las Fuerzas Armadas. Pero sus iniciativas habían ayudado a cambiar en algo la correlación de fuerzas y habían obligado a más de uno a desertar de sus compromisos con los golpistas.

Era preciso mantenerse alertas a fin de no perder el hilo de los acontecimientos. El 3 de noviembre nos enteramos que Natusch estaba buscando un diálogo con la COB por intermedio de la Iglesia.

"Ellos nos invitaron y supongo que tendrán algo que decirnos, nosotros no tenemos nada que plantearles", había dicho Lechín aclarando, sin embargo, que la COB respaldaba a Guevara porque su gobierno había surgido del Parlamento y éste había sido electo mediante el voto popular.

Con Fernando Gutiérrez, Carlos Miranda, Oscar Bonifaz y Jorge O'Connor, visitamos la sede del organismo sindical en la Plaza Venezuela para dar ánimo a los trabajadores e instarlos a que no desfallezcan. Vana pretensión la nuestra. Cualquiera podía haber alzado las manos menos el pueblo. Unas dos mil personas se habían agolpado frente a la COB y exhibían su rechazo al golpe militantemente. Estribillos de "tanques fuera de aquí", "todo el poder para los obreros" y "abajo la bota militar" mostraban que la gente no temía a las balas que esos días habían cobrado cientos de muertos y heridos.

No bien llegamos a la sede del organismo laboral, alguien nos reconoció y alertó al resto gritando: "son los ministros..." Casi automáticamente se produjeron aprestos para levantarnos. Miranda fue capturado y una cadena de manos lo trasladó raudamente hasta uno de los muros del edificio, desde donde improvisó un fogoso discurso. Los demás logramos camuflarnos en la masa y avanzar hasta el segundo piso de la casona donde la Central Obrera sesionaba de emergencia.

En un salón del ala izquierda, con buena parte de los vidrios rotos y signos de las violentas ocupaciones que el local había sufrido durante el ciclo militar, tenía lugar una reunión presidida por Juan Lechín Oquendo. El "maestro" se paró para recibirnos e hizo que se desocuparan algunas sillas para que nos sentáramos. A su alrededor estaban, entre otros, Oscar Sanjinés, Líber Forti y los líderes mineros Víctor López, Filemón Escobar y Simón Reyes. Con trazas de estar preparados para cualquier eventualidad, un medio centenar de fabriles, campesinos y universitarios participaba en la reunión que fue interrumpida con nuestra llegada.

Lechín pidió que se quedaran solamente los integrantes del Comité Ejecutivo de la COB, pero sus palabras cayeron en el vacío pues nadie se movió. Frunciendo el ceño y muy serio, los instó a obedecer con un convincente: "Por favor, compañeros...". Luego de remolonear un poco, las "bases" se dieron cuenta de que el "maestro" no bromeaba y abandonaron la sala.

La primera pregunta que lanzó Don Juan nos dejó fríos. "¿Con qué fuerza cuentan?", dijo observándonos inquisitivamente. Daba la impresión de que en ese momento las declaraciones líricas estaban demás, se requerían apoyos concretos. Los ministros nos miramos sin saber a que atinar. Superada la sorpresa, respondimos que nuestra única fuerza era moral. No podíamos cuantificarla. Relatamos a los dirigentes sindicales las acciones que habíamos realizado en el plano nacional e internacional, los telegramas enviados a mandatarios y organismos diversos, los contactos con la prensa extranjera. !Natusch estaba virtualmente cercado!

Como parte de esos intangibles, leímos un mensaje del Presidente Guevara a la COB, en el que felicitaba a los trabajadores y los instaba a no desmayar en la defensa de la democracia. La COB era la única capaz de mantener la movilización que se había producido frente al golpe tanto en las ciudades como en el campo. La huelga general había sido un éxito y el bloqueo

campesino planteaba a los militares serios problemas de logística. Hicimos entre todos un análisis de la situación y Lechín reveló que esa misma noche podrían haber definiciones: el coronel Natusch quería irse pero no lo dejaban.

El líder minero sobaba nerviosamente un cigarrillo mientras sus ojos de doble pupila no perdían detalle de lo que pasaba. Entre una y otra pausa se acariciaba el bigote que empezaba a canear.

Evaluamos las diversas hipótesis sobre una probable retirada de los militares, teniendo como telón de fondo un reverberante bullicio que venía de la calle. La multitud se mostraba impaciente y reclamaba acción. Bonifaz resultó el más perceptivo a esa demanda. Apenas se hizo una pausa pidió la palabra y propuso que encabezáramos una manifestación hasta el Palacio. Era preciso, dijo, ayudar a que Natusch acabe con sus dudas existenciales. Lechín lo calmó. Consideraba que si seguíamos los impulsos de la calle daríamos pretexto a los tanquistas para descabezar al movimiento sindical y al gobierno en la resistencia.

Con la tranquilidad de quien ha capeado tormentas peores, la COB continuó la sesión. Uno de los dirigentes daba lectura a un pronunciamiento de rechazo al golpe que esa misma tarde había emitido un grupo de oficiales de la Policía, cuando empezaron a sonar unos tiros... Quienes, momentos antes habían sido obligados a salir de la habitación, prorrumpieron en ella trayendo noticias: el batallón policial de la calle Colombia había sido rodeado y estaba siendo reducido por el Ejército, porque los policías se habían negado a colaborar en la represión.

A medida que el tiroteo arreciaba, el nerviosismo iba en aumento. Y no era para menos. El enfrentamiento tenía lugar a sólo dos cuadras de la Plaza Venezuela y podía extenderse hasta la COB en cualquier momento. Convinimos en que lo prudente era dispersarse. La consigna se difundió como un reguero. Salimos casi sin despedirnos y bajamos las gradas en tropel. En menos de diez minutos no quedó nadie en el viejo edificio de la Federación de Mineros.

Pero la gente de la calle se había vuelto sorda. Sólo se oía a sí misma. Esa multitud de puños que se levantaban desafiantes y de rostros convulsionados por la furia, parecía no temer a nadie. Había olfateado que el enemigo estaba débil y quería enfrentarlo. Le dolían sus muertos. Le dolía la Patria. Le emplumaban los tanques que habían madrugado al país a balazos. De la

misma manera en que se congregó sin que nadie la convocara, empezó a extenderse como un manto vibrante de humanidad que cubría la Mariscal Santa Cruz, la Loayza, el Prado, la Colombia. Un estallido de voces roncas llenaba el aire el momento en que nos alejamos del lugar.

Oscurecía cuando llegué a casa. Allá estaban María Elba Gutiérrez y el corresponsal de la televisión francesa Raymond Leroux. Nos esperaban con la noticia de que habían sido apresados los coroneles Gary Prado Salmón y Raúl López Leyton, importantes líderes de la corriente institucionalista. Ambos estaban incomunicados en el Gran Cuartel de Miraflores. Se hablaba de una reacción al golpe que habría surgido en la guarnición en Oruro. Otras versiones mencionaban la posibilidad de un endurecimiento del régimen de Natusch.

Luego de compartir las noticias, el colega francés decidió retornar a su hotel para enviar un despacho. Pero más tardó en salir que en retornar alarmadísimo afirmando que una columna de soldados se acercaba a la casa. Bastó que sacáramos la cabeza a la calle para comprobar lo que decía.

Todos opinaban que tenía que esconderme, pero con los nervios no se nos ocurría dónde. Estaba por meterme debajo de las gradas pero María Elba opinó que era lo primero que buscarían. Recordé un lugar estratégico del que solía hablar mi padre: el entretecho que estaba encima del comedor. Con la ayuda de mi esposo, en cuestión de segundos levantamos las tejas para que pudiera ingresar al escondite. El alero quedaba justo frente a la Avenida Arce y al Batallón Policial 110.

Aparentemente los soldados no venían en mi búsqueda sino que intentaban rodear ese cuartél policial. En ese momento no lo sabíamos y pasamos por una gran tensión esperando un asalto a la casa que felizmente no se produjo. La columna de uniformados que había rodeado la manzana, estaba inspeccionando el jardín de la planta baja cuando empezaron a tronar las ametralladoras. Esperamos lo peor, pero no ocurrió. A una voz de mando los soldados partieron tan misteriosamente como habían llegado. Muy pronto, el silencio de la noche se quebró con una feroz baleadura. Natusch había decretado la Ley Marcial.

A través de este hecho, que hoy es una anécdota familiar, reviví sin quererlo las mil y un peripecias que vivieron tantas personas a lo largo de nuestra historia. Como en otras jornadas de esas dos semanas trágicas, mi hogar no contó con más resguardo que la constante presencia de los amigos periodistas. Leroux que había servido en la aviación y presumía de ser un entendido en materia militar y esa entrañable amiga que fue María Elba Gutiérrez. Su capacidad de denuncia resultaba nuestra única protección.

Lo que el país buscaba, sin lugar a dudas, era superar esos sobresaltos que innumerables familias tuvieron que sobrellevar a lo largo de nuestra historia y que había sido una constante en la vida política nacional. La democracia significaba, entre otras cosas, aprender a disentir civilizadamente, dirimir las diferencias a través del diálogo, aceptar la alternabilidad de los partidos en el poder por medio de elecciones, ampliar la participación de la ciudadanía en los asuntos públicos. Significaba terminar con presos, exiliados y desaparecidos. No más golpes ni angustias, no más "salvadores " mesiánicos de la Patria, ni partidos únicos.

La Ley Marcial nos obligaba a actuar con mayor sigilo. La censura de prensa había afectado a nuestra campaña y, por otro lado, brindó a los golpistas un margen mayor para los contactos subterráneos. Así pudimos comprobarlo una noche en que el diputado Ramiro Velasco me hizo decir que deseaba conversar conmigo. Acudimos a su casa, a la medianoche, con María Elba Gutiérrez que me recogió presta en su "cucaracha" Volkswagen.

"Hemos tenido una reunión de Congreso", dijo apenas nos sentamos. "Nosotros de gabinete", le respondí. No dejaba de existir un cierto grado de ficción en lo que ambos relatábamos. Oficialmente esos dos poderes habían sido sustituidos por uno de facto.

Velasco nos relató que esa tarde (viernes 4) se había reunido una comisión del Parlamento en la oficina de Benjamín Miguel de la DC y había encomendado a Lydia Gueiler, entonces Presidenta del Congreso, que entregue una nota al Presidente de facto coronel Alberto Natusch Bush.

La resolución que se había aprobado decía, "El Honorable Congreso Nacional resuelve: Encomendar a su Directiva exija la suspensión de las medidas que obstaculizan su libre funcionamiento, en cumplimiento del mandato

constitucional y de la resolución congresal aprobada por unanimidad en la reunión del 1o. de noviembre de 1979".

Los diputados habían pedido a Lydia Gueiler que plantee al coronel Natush la necesidad de que renuncie en aras de un retorno a los cauces institucionales. Pero una de las verdaderas razones para ese acercamiento era bastante más banal, como muy pronto lo comprobaríamos. Luego de recibir esa importante información nos despedimos del parlamentario muy preocupadas. María Elba que era antigua amiga de Lydia Gueiler, pues ambas militaron en el MNR, se comprometió a hablar con ella.

No cabía duda que el mensaje había sido entregado a su destinatario. La prensa informaba que una comisión compuesta por varios diputados y presidida por Lydia Gueiler, había estado en Palacio de Gobierno. Al término de la reunión, Natusch había anunciado su propósito de reabrir el Parlamento.

Al día siguiente, la diputada Gueiler pasó por casa de Gutiérrez en su camino hacia el Congreso. María Elba la instó a que conminara al coronel Alberto Natusch a abandonar el Palacio, pues no concebía siquiera que pudiera hablarse de una renuncia por la naturaleza ilegítima del régimen. "Como Presidenta del Congreso tienes que decirle que retire sus tanques, que se vaya de una vez a su casa...", la amonestó con esa su voz gruesa de acento beniano.

Lydia le dijo que no actuaba por cuenta propia sino que obedecía a un mandato muy concreto que le habían dado sus colegas. Los parlamentarios querían que el Tesoro General de la Nación desembolsara las dietas correspondientes al mes de octubre que estaban impagas. Esa petición había dado al gobierno de facto un inigualable pretexto para llevar al Congreso a la mesa de negociaciones. Los honorables habían mostrado su lado flaco. Natusch los tenía ahora agarrados por el bolsillo.

María Elba quedó muy deprimida con esa constatación. Además de inteligente, era una mujer de agallas que había hecho de muy joven una opción política y la había mantenido a lo largo de su vida. No podía concebir que el Congreso enajenara sus principios por un plato de lentejas. Si los obreros hubieran razonado de la misma manera, la huelga general jamás se habría iniciado. Como el golpe se produjo el día de Todos Santos, miles de asalariados a lo largo y ancho del país estaban impagos.

Como ocurrió ya otras veces, el peso de las medidas de excepción recayó sobre los más humildes. Había que estrenar los tanques, probar que servían para algo más que los desfiles del 7 de agosto. La noche de la imposición de la Ley Marcial menudearon los enfrentamientos y al día siguiente se realizaron rastrillajes en Villa Fátima, Tembladerani, El Tejar, Villa Victoria y Munaypata, con un resultado de decenas de muertos y heridos. Detrás de cada ráfaga que se escuchaba sonar a lo lejos, podía estar cayendo un Quispe, un Mamani, un Pérez.

No había a quien quejarse. Los medios de comunicación estaban bajo el candado de la censura: los periodistas habían sido desmovilizados. El día 9, cuando las rotativas volvieron a funcionar y los micrófonos se encendieron para relatar lo ocurrido, Presencia daba cuenta de un saldo de 100 muertos y numerosos heridos. La Asamblea de Derechos Humanos informaba oficialmente sobre la existencia de 500 víctimas entre muertos y heridos.[4]

Durante los cinco días en que habían funcionado tan sólo radios Illimani y Batallón Colorados de las Fuerzas Armadas y el canal estatal de televisión, el Ministerio del Interior conciente de que la represión se les había ido de las manos inventó un cuento. Dijo que había estado operando la columna Camilo Cienfuegos y para probarlo exhibió armamento supuestamente capturado a grupos de guerrilleros urbanos. Se los responsabilizaba de ser los causantes de las bajas.

Detrás de esa retórica engañosa, era claro que la pausa marcial fue utilizada muy bien por los golpistas. Habían bastado dos pares de días para que los contactos entre Natusch, la COB y los partidos se multipliquen aprovechando una mediación eclesial que buscaba la pacificación. Sólo así podía explicarse la súbita reapertura del Congreso, el levantamiento de las medidas de excepción y la disminución del número de tanques en las calles que anunció el gobernante de facto el día 7.

[4] La nómina figura en la publicación "La masacre de Todos Santos", editada por la Asamblea de Derechos Humanos en enero de 1980.

Políticos y dirigentes pasaban el día, y también la noche, de una reunión en otra. Natusch había propuesto que se conformara un triunvirato con participación de las Fuerzas Armadas, la COB y el Congreso. La Presidenta de ese poder del Estado, Lydia Gueiler, anunció que el Congreso asumiría un papel en las negociaciones a fin de lograr el retorno a la democracia. La COB reunida en ampliado laboral aceptó ingresar en las negociaciones "para evitar que cualquier solución se dé a espaldas del máximo organismo sindical", pero desestimó la posibilidad de co-gobernar. Corría el insistente rumor de que el Partido Comunista apoyaba un acuerdo y su influencia en la COB era determinante.

Según lo que decían sus verdaderos amigos, el coronel Alberto Natusch Busch sentía que había sido usado y no tenía demasiado apego al poder. Es más, no hacía ningún problema en irse.

Se barajaban tres posibles soluciones: la del triunvirato, la de un acuerdo bipartito entre las FF.AA. y el Congreso, y la del retorno de Guevara.

Desde Caracas, el diario El Nacional afirmaba que "aún cuando algunos militares corresponsables en el golpe consideran que aceptar otra vez a Guevara sería admitir una derrota, a medida que pasan las horas y aumenta la angustia de los altos mandos, crece la posibilidad de llamar otra vez a Guevara". Como en otras ocasiones el análisis de la situación lo hacía la prensa extranjera. En este caso a través de la pluma del periodista boliviano Ted Córdova Claure.

En un esfuerzo por inclinar la balanza a su favor, Guevara decidió que se hacía imperioso tomar alguna iniciativa. Desafiando a las fuerzas de seguridad que noche antes habían allanado su casa infructuosamente, el Presidente Constitucional interino realizó una sorpresiva visita al Congreso que celebraba una sesión extraordinaria. "No he renunciado ni pienso hacerlo", dijo a los parlamentarios.

Aunque el golpe de escena fue impresionante no tuvo mayor incidencia en el juego político que estaba en pleno desarrollo. Las muestras de simpatía que recibió el Presidente y los aplausos que siguieron a su intervención, escondían un panorama que le era adverso. Natusch, o quienes actuaban a su nombre, habían introducido un elemento de división que debilitaba a la democracia. Al abrir un abanico de múltiples posibilidades para llegar al poder había

hecho que proliferen los aspirantes a la presidencia. Quien más, quien menos sentía que tenía derecho a ella. El Presidente Walter Guevara había sido marginado de ese proceso.

Una mañana, el presbítero Leónidas Sánchez llamó para decirme que necesitaba hablar urgentemente con Guevara. Quería que se considerara prioritariamente su nombre para cualquier caso. Acababa de enviar un mensaje al Vaticano pidiendo que se le diera permiso para asumir la presidencia si se brindaba la oportunidad. "¿Sabía usted que Natusch quiere entregar el gobierno a la Iglesia", me dijo. No, no lo sabía, pero esa versión me sería confirmada luego por uno de los mediadores.

Había que estar muy próximo a la cúpula para observar como actúan las personas cuando la ambición eleva su nivel de adrenalina. María Elba Gutiérrez me comentó que durante una visita que hizo al Congreso, no pudo soportar ese vaho picante que produce la angurria por el poder.

El pueblo, ajeno a lo que ocurría en la Plaza Murillo, estaba honrando a sus muertos. Aquellos que se habían inmolado en el altar de la democracia: La Confederación Nacional de Bancarios invitó públicamente a una misa en San Francisco en memoria de los caídos en las calles de La Paz. Ese lunes 11 habíamos decidido ir pese al evidente riesgo que corría el gobierno clandestino en pleno al salir a la luz pública.

La inmensa nave de la basílica rebasaba de gente. Los padres franciscanos habían colocado un par de reclinatorios - como se estila en los Te Deums - para quienes consideraban que seguían siendo el Presidente y la Primera Dama. Igual que el pueblo. Cuando Guevara y su esposa Rosa Elena ingresaron a la Iglesia, fueron largamente aplaudidos. Quienes los escoltaban tuvieron que pedir al público que se calmara por el respeto que se debía al templo y los muertos.

En primera fila estaba ubicado el ex Presidente Hernán Siles Zuazo, que acababa de llegar del Perú. Había sido detenido por algunas horas cuando ingresaba por Tiquina y fue liberado por orden de Natusch. A ambos lados del altar se habían apostado los dirigentes bancarios portando los estandartes de sus sindicatos con crespones.

Los familiares de las víctimas formaban un grupo de dolientes vestido de negro. Las mujeres portaban cruces con el nombre de los difuntos. Eran la manifestación explícita de la tragedia que el país vivía. Ante la desmesura de lo ocurrido esos días, sólo quedaba acudir al Dios de la vida pidiéndole fortaleza y amparo.

Cuando Guevara salió del templo, al concluir la misa, la muchedumbre le cerró el paso. Por encima de sus deseos y los de quienes cuidaban de su seguridad, el Presidente fue levantado en andas y subido hasta el techo de un jeep. Entonces, dejando de lado su tradicional parquedad usó la palabra para seducir a una audiencia que lo escuchó con el aliento contenido. Habló del daño que se había infringido al país con el golpe, de cómo se había afectado a la democracia y se había echado por la borda el mayor triunfo diplomático conseguido por Bolivia frente a Chile.

Un fluído eléctrico flotaba en el ambiente. Era la vibración que produce la masa presta para actuar. Una palabra demás podía haber encendido la chispa de un nuevo levantamiento popular quebrando la frágil tregua pactada en las cúpulas. A los gritos de "a la Plaza, a la Plaza..." algunos activistas intentaban que las calles explotaran nuevamente. Habían percibido con gran claridad, que el futuro de la democracia se estaba jugando en la Plaza Murillo y no en San Francisco.

El ánimo era el mismo en otras ciudades del país. Dos días antes en Cochabamba una manifestación masiva había pedido la renuncia de Natusch, en tanto que un manifiesto firmado por 250 oficiales de la guarnición de La Paz lo instaba a terminar la aventura. Guevara todavía no lo sabía, pero daba igual. No estaba en su ánimo aumentar el número de las víctimas del golpe.

Compartir el dolor del pueblo anónimo, sus ansias de libertad y su lucha por instaurar una democracia con justicia, resultó una experiencia difícil de describir. Las acciones del gobierno en la resistencia se justificaron plenamente. Estaba claro que los sucesos que vivía el país superaban la simple defensa de la legitimidad de un gobierno. Formaban parte de un acontecimiento histórico cuyos códigos no era posible descifrar en ese instante. Haber estado en el lugar y el momento precisos fue un privilegio que nos obsequió la vida.

El país llora a sus muertos.

Guevara en San Francisco es aclamado por el pueblo como simbolo de la resistencia civil. Lo que se ganó en las calles fue tranzado en la mesa de negociaciones...

El abanico de combinaciones políticas que Natusch había dejado abierto dio lugar a que se desatara una carrera por el poder que fue uno de los espectáculos más repugnantes, desde el punto de vista ético, que uno pueda imaginarse. La lista de los aspirantes a la presidencia era larga y Guevara resultaba un estorbo para todos ellos.

Los días transcurrieron grises, con tonos cada vez más oscuros. La rueda de las ambiciones había empezado a rodar. Quien más quien menos se sentía presidenciable. El doctor Guevara no perdía la esperanza de que las cosas se reviertan, pero no tenía manera de cambiar la situación.

Los "independientes" empezamos a sentir que resultábamos incómodos, una suerte de leprosos políticos. Era tiempo de replantearse las cosas. Nuestra labor, lo que pudimos haber hecho para defender a la democracia, tocó a su fin. Dijimos a Guevara que había llegado el momento de disolver el gobierno clandestino con todas las de la ley.

El 16 de noviembre nos citamos en la Asociación de Periodistas, ubicada a media cuadra de la plaza Murillo. El Directorio, nos había concedido el uso del auditorium para una conferencia de prensa. La última que realizaríamos conjuntamente.

Un centenar de policías se habían apostado en la entrada, las gradas y los corredores del edificio antes de que llegara Guevara, acompañado de "Chinito" Anze, el Ministro de Transportes, Mario Calderón de Trabajo y Jaime Aranibar del Interior. Todos del PRA.

El Secretario Permanente de la Asociación, Adolfo Ugarte, llegó agitado para advertirnos que el local había sido tomado por la policía y sugirió que si fuera necesario podríamos salir por la ventana del baño que daba a una casa contigua. Acompañada por Ugarte, decidí enfrentarme a los policías y pedí que me comuniquen con quien los comandaba. Era el Mayor Guzmán quien se deshizo en disculpas por no habernos hecho conocer sus intenciones. Habían

sido advertidos por el titular del Interior que el Presidente Guevara llegaría, de un momento a otro, y venían a protegerlo.

Jorge O'Connor fue uno de los primeros ministros en llegar a la Asociación. No bien entró observé que estaba armado. Tenía en el cinto una cartuchera que era indisimulable. Nos dijo que estaba esperando que llegara el doctor Guevara para proponerle que nos fuéramos a pie al Palacio y sacáramos a Natusch a las buenas. ¡Tan madura veía la cosa! Se abrió el saco y desenfundó una pistola Mauser que era dudoso que hubiera disparado alguna vez: se la veía flamante.

Horas más tarde, cuando Natusch dejó el Palacio de Gobierno donde había permanecido los 16 días, por la puerta del garaje, que está al lado de la catedral, salió la tanqueta que lo custodiaba. No dejamos de bromear con Jorge sobre ese duelo tan desigual que se hubiera producido si nos íbamos detrás suyo.

En la última reunión del Gabinete de la resistencia se intercambiaron informaciones sobre lo que parecía inminente: un acuerdo nada "salomónico", en el que el Congreso dejaba que los militares diera muerte a la criatura que habían engendrado el 6 de agosto. El Parlamento había obtenido una victoria pírrica, pues se dejó arrebatar por los golpistas lo que el pueblo había ganado en las calles. Las consecuencias de ese error se verían meses más tarde, concretamente en julio de 1980.

Guevara Arze estuvo poco rato en la Asociación. Debía celebrar una decisiva reunión con Víctor Paz Estenssoro y se fue caminando hasta las oficinas del Comité Político del MNR que estaban en el cine Ebro, en la calle Jenaro Sanjinés. Desde la ventana lo vimos doblar por la calle Yanacocha flanqueado por Miranda y O'Connor.

Los ministros opinábamos que si Paz Estenssoro quería una entrevista debería haber visitado a Guevara. Al final de cuentas, éste seguía siendo el Presidente Constitucional interino. Pero la lógica movimientista es un desafío a la cordura, al igual que la terquedad del doctor Guevara. Además, dígase lo que se diga, Paz ejercía sobre sus viejos compañeros una atracción de amor y odio difícil de entender para el profano. No dejó nunca de ser el Jefe.

A la media hora Guevara estaba de vuelta con muy malas nuevas. No era necesario preguntar mucho. Jorge O'Connor que lo había acompañado a la entrevista, parecía haber archivado su moción de tomar el Palacio con su Mauser. La suerte había sido echada y no le era favorable. Paz Estenssoro le había consultado a WGA cual iba a ser la composición de su gabinete si retornaba al gobierno. En concreto le había preguntando que porcentaje de participación había pensado dar al MNR. Guevara le había respondido, sin ocultar ninguna carta, que las circunstancias demandaban un gabinete de unidad nacional con todas las fuerzas que habían hecho posible el retorno a la democracia. Volvía así a reiterar, sin matices, su planteamiento previo al golpe.

Paz Estenssoro habló poco. Los testigos relataron que no dejó de mirar fijamente a Guevara mientras fumaba su pipa. En su fuero interno, bajó el pulgar como hacían los emperadores romanos cuando habían decidido la ejecución de algún cristiano. "Walter en realidad lo he llamado para aconsejarle que renuncie", le dijo. "No pienso hacerlo. No puedo hacerlo porque no cabe una renuncia. Si el Congreso quiere relevarme que lo haga", respondió Guevara.

Las negociaciones entre el Congreso y los militares tenían ya carácter público y se hablaba insistentemente de que Lydia Gueiler sería la figura de transacción.

Ese mediodía, en cuestión de minutos, el gobierno en la resistencia quedó disuelto durante una conferencia de prensa celebrada en el auditorio de la Asociación de Periodistas y presidida por el doctor Guevara. Había concluído su labor y entre sus componentes quedó sellada una amistad que duraría muchos años. Colocados ante la prueba, cada uno había sacado a relucir las virtudes que atesora el ciudadano común. El amargo sabor de la derrota, se compensaba con la satisfacción del deber cumplido.

En la tarde el acuerdo estaba oleado y sacramentado: ni Natusch ni Guevara. El Congreso ungió como nueva Presidenta Constitucional Interina de la República a la entonces Presidenta del Congreso, Lydia Gueiler Tejada, una destacada luchadora política que se convertía en la primera mujer en ocupar ese alto cargo en toda nuestra historia.

Era cerca a la media noche y en medio de mi sueño sentí que sonaba insistentemente el teléfono. Contesté. El senador Luis Ossio Sanjinés y el diputado Benjamín Miguel me pedían que acompañe a Lydia Gueiler en el gabinete. Me sorprendió su invitación pero la desestimé inmediatamente puesto que no estaba de acuerdo con la manera en que se había conducido el tema. Por decir lo menos.

Ante mi negativa, se puso al teléfono la Presidenta Gueiler en persona y me pidió que formara parte de su gobierno. Hubiera querido decirle que sí, pero no podía. Era una pena que estuviéramos pasando por esas circunstancias. Le dije que la política me había curado de espanto y que estaba decidida a retornar a mis labores periodísticas.

Lo que había visto en esos días de octubre y noviembre era suficiente para demostrarme lo mucho que les faltaba a nuestros políticos para estar al nivel de las expectativas que se había hecho sobre ellos la ciudadanía. Consideraba que a través del periodismo se podía contribuir al proceso democrático tanto o más que desde el gobierno. Deseaba retornar a la otra orilla cuanto antes.

El país volvió a la normalidad, el Congreso continuó sus labores como si nada hubiera pasado y al cabo de unos días el doctor Guevara retornó la presidencia del Senado. Los aprendices de brujo no habían calibrado la dimensión de las fuerzas que desataron. Tendrían que transcurrir algunos meses para comprobar que los "errores" que se habían cometido costarían muy caro a la Patria y a la democracia. Como tantas otras veces, la factura la pagó el pueblo.

El Gobierno en la Resistencia se declara disuelto en una conferencia de prensa.

La Presidenta Constitucional de la República Lydia Gueiler delante de una biblia y un crucifijo toma el juramento a su gabinete ministerial. A la derecha el ex-Presidente Victor Paz Estenssoro que concurrió al acto.

Radiofoto Upi/Freddy Alborta

El Comandante en Jefe de las FF.A A., General Edén Castillo, hace entrega del Palacio de Gobierno a la Presidenta Lydia Gueiler. Los observa el General Luis García Mesa que golpearía ocho meses después.

Radiofoto Upi/Freddy Alborta

Un poema como epílogo

Pensar la libertad es desgarrarme.
Vivo mi libertad, la voy viviendo
como un deber la vivo hasta sangrarme.

No se como se explica, pero entiendo
las muertes que recibo como herencia
en esta patria de explosión y estruendo.

Yo me vuelvo a caballo hasta la Audiencia
de Charcas, me derramo en las campanas
y me rebelo contra la Intendencia.

Ardo, grito, me enfundo en las cananas,
me enciendo, me disparo en las guerrillas,
me enrolo en las canciones milicianas

y canto en el dulzor de las frutillas.
(Por dentro va quemándome la brasa
del plomo derretido en mis costillas).

Por el martirio, por el miedo pasa
la libertad con su clavel morado;
su llamarada espesa me traspasa

me rechina la sangre en el costado
y grito mi verdad en las esquinas,
en la plaza, el balcón, en el mercado.

en el pulmón vacío de las minas,
en la satisfacción de los doctores,
grito en las magnolias campesinas.

Cuando morí, sobre mis estertores,
en esta patria nuestra altoperuana
se lucieron los discurseadores

y el tintero te hizo soberana,
y la palabrería, independiente,
república del odio y la macana.

¿Dónde estas libertad? No es suficiente,
oh Patria, haber roto el cautiverio
y haber sacrificado al combatiente.

Es preciso vencer el vituperio,
la opresión de la noche y las prisiones,
rosa trocada en flor de cementerio.

Es preciso decir: las represiones,

el hambre y nuestro exilio han terminado;
es tiempo de vivir nuestras canciones.

El hombre canta hoy. Siempre ha cantado.
La libertad es alma. Es la promesa,
la única promesa del pasado.

¿Podremos comer juntos en la mesa?
¿Podremos, bolivianos, beber juntos
un cántaro de chicha o de cerveza?

¿Podremos olvidar viejos asuntos,
y honrar bajo la luna de Yotala
la eternidad ganada en los difuntos?

Casa de girasol, mazorca y chala,
frescor de chirimoya y de ciruelo,
por tus laureles rosas, por tu ala

de pájaro sin molle, por tu vuelo
de piedra dolorida, por tu emblema
de nardo, encaje, raso y terciopelo,

sangra la libertad, arde y me quema
¿podré yo ser hermano de mi hermano?
Me desato el espíritu que trema,

me estalla el corazón sobre la mano,
me empueblo en el charango y en la masa.
Yo soy el enemigo del tirano.

Libertad, libertad, ¡yo soy tu casa!

Pedro Shimoshe

Bibliografía y Glosario de Términos

La masacre de Todos Santos
Asamblea Permanente de los Derechos Humanos de Bolivia, 1980.

Dictadura y democracia en Bolivia
René Canelas López, Ediciones RECAN, 1981.

El prisionero de Palacio
Irving Alcaraz, Editorial e Imprenta Amerindia, 1983.

Las masas en noviembre
René Zavaleta Mercado, en "Bolivia, hoy", compilador R. Zavaleta, 2a. edición, Siglo Veintiuno Editores, 1987.

El enclaustramiento marítimo de Bolivia en los foros del mundo
Jorge Gumucio Granier, 1994.

Doy la cara,
Guillermo Bedregal Gutiérrez, Editorial Jurídica Zegada, 1995.

Periódicos revisados:

Presencia, Ultima Hora, El Diario, Hoy, de La Paz, Bolivia. Los Tiempos de Cochabamba. De junio a diciembre de 1979.

La Nación, La Opinión de Buenos Aires, Argentina - Octubre/Noviembre 1979
El Nacional de Caracas, Venezuela, Noviembre 1979

Boletín Coyuntura - 1979, Carta informativa NOTAS de la Agencia de Noticias Fides - 1979

Revista Caretas de Lima, Perú, Noviembre 1979

Algunas siglas utilizadas en el libro

A-MNR: Alianza del Movimiento Nacionalista Revolucionario Histórico en la que participaban el MNRH de Víctor Paz Estenssoro, una de las ramas en las que se dividió el MNR, la Democracia Cristiana que presidía Luis Ossio Sanjinés y el Partido Comunista Marxista Leninista que jefaturizaba Oscar Zamora Medinacelli.

UDP: Unidad Democrática y Popular, coalición de izquierda que respaldó la candidatura de Hernán Siles Zuazo y que estaba conformaba por su partido el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Izquierda (MNRI), el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria que liderizaban Jaime Paz Zamora, Antonio Araníbar y Oscar Eid, el Partido Comunista línea Moscú.

PRA: Partido Revolucionario Auténtico, organización desgajada del MNR en 1963, creada por Walter Guevara Arze luego de su distanciamiento de Víctor Paz Estenssoro.

MNRI: Movimiento Nacionalista Revolucionario de Izquierda, desprendimiento del MNR liderizado por Hernán Siles Zuazo.

MNRH: Movimiento Nacionalista Revolucionario Histórico, corriente madre liderizada por Víctor Paz Estenssoro.

ADN: Acción Democrática Nacionalista, jefaturizada por el general Hugo Banzer Suárez en la que participaban también el APIN, la Falange Socialista Boliviana

DC o PDC: Democracia Cristiana o Partido Demócrata Cristiano.

PS-1: Partido Socialista-1 jefaturizado por Marcelo Quiroga Santa Cruz.

PUB: Partido de la Unidad Boliviana.

MITKA: Movimiento Indigenista Tupaj Katari

COB: Central Obrera Boliviana

FSTMB: Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia.

OEA: Organización de los Estados Americanos.

Agradecimientos

Quiero agradecer muy especialmente a esa querida y fiel amiga que es Norah Claros por su apoyo constante y sus sabios consejos. Ella me ha ayudado no sólo a concluir esta obra sino también a ajustarla a un período concreto de nuestra historia, lo que equivalió a constreñir el tema y abandonar la tentación de hacer un preludio y un epílogo suficientemente explicativos sobre lo que pasó antes del 79 y lo que ocurrió de ahí en adelante.

Pedro Shimoshe con su bello poema me ha permitido condensar y traducir las emociones que embargaron a todos quienes fuimos protagonistas de una página trágica de nuestra historia.

Mi gratitud a los amigos que revisaron los originales: Carlos Toranzo, Jesús Urzagasti y Rubén Vargas. Es preciso aclarar que el ejercicio crítico que realizaron no significa que compartan mis puntos de vista.

Un reconocimiento especial para Alberto Zuazo que ya en la década del 80 me animó a no archivar estas crónicas y ahora que decidí actualizarlas, estuvo siempre atento a los avances que se producían en la edición del libro.

Aprecio en alto grado la colaboración de Freddy Alborta, Alberto Torrico, Domingo Politi, Lucio Valdivia y Foto Crónica, que me cedieron gentilmente sus fotografías para ilustrar este libro, así como la ayuda que me prestó Alberto Tapia encargado del archivo de PRESENCIA. Estoy reconocida con Dalia Nogales y Richard Cornejo que se ocuparon del armado y retoque de fotos en la imprenta Edobol.

Deseo destacar el trabajo de mi hija Natalia que diseñó la tapa, diagramó el libro y aguantó con paciencia la fase de las correcciones.

Finalmente, agradezco muy de veras, el auspicio que ha brindado la Asociación de Periodistas de La Paz a la presentación de este libro, así como al historiador y amigo Alcides Parejas que aceptó presentarlo.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de julio de 1996,
en los Talleres de Editorial Offset Boliviana Ltda. "EDOBOL".
Calle Abdón Saavedra 2101 – Tels.: 410448-412282-415437
Fax: 372552 – La Paz - Bolivia

UCLA-Young Research Library
F3326 .R66 1996
yr
L 009 627 882 5

Ana María Romero de Campero

Nacida en La Paz en 1943, empezó su carrera y luego sus estudios de periodismo cuando ya era casada y madre de familia, de ahí que firmara sus artículos incluyendo el apellido de su esposo que, con el correr del tiempo, se convirtió en su nombre periodístico: Ana María Campero.

La suya ha sido una generación de periodistas, apasionada por su oficio, que sirvió de puente entre la corriente empírica y la académica, y que contribuyó a la democracia en base al ejercicio y la defensa de la libertad de expresión.

La autora ingresó al periodismo en 1968 como reportera en El Diario de La Paz, luego pasó a Radio Fides, la Agencia de Noticias Fides y Presencia. De 1989 a 1995 fue Directora del diario PRESENCIA.

Ha sido corresponsal en Bolivia de las agencias de noticias Inter Press Service (IPS) de Italia y Deutsche Presse Agentur (DPA) de Alemania. En Washington trabajó como editora en la mesa latinoamericana de la agencia United Press International (UPI) y para el servicio en español de la agencia DPA. Ha recorrido diversos países del mundo en misiones periodísticas y de estudio. En 1992 formó parte del Jurado Internacional del "Premio Rey de España" de la Agencia EFE.

Activa en los afanes de su gremio, presidió el Centro de Estudiantes de Comunicación en la Universidad Católica Boliviana, fue co-fundadora y primera Presidenta del Círculo de Mujeres Periodistas, Presidenta de la Asociación de Periodistas de La Paz y de la Asociación Nacional de la Prensa. En el plano internacional se ha desempeñado como Secretaria General de la Unión Católica Latinoamericana de Prensa (UCLAP) y Vicepresidenta de la Federación Internacional de Diarios.

En 1979, el Sindicato de Trabajadores de la Prensa de La Paz la homenajeó por su actuación en la resistencia al golpe de Todos Santos y en 1994 fue distinguida por la Asociación de Periodistas con la medalla "Bautista Saavedra" a la defensa intransigente de los intereses públicos.

Actualmente encabeza el Tribunal de Honor de la Asociación de Periodistas de La Paz, escribe la columna "Entreteclas" en el diario La Razón, y colabora en forma permanente en diarios y revistas de América Latina y Europa.

Con un estilo periodístico incisivo y ágil, este libro nos traslada al tiempo en el que se iniciaba la democracia. Las crónicas revelan detalles inéditos sobre el primer gobierno civil que tuvo el país en tres lustros y sobre la conspiración que concluyó en el golpe de Todos Santos en noviembre de 1979.

Con la autoridad que le da su límpida trayectoria profesional, la autora relata, observa, opina y logra rescatar un retazo de la historia reciente en la que fue una protagonista de excepción. De fácil y apasionante lectura, NI TODOS NI TAN SANTOS es una pieza clave para entender la difícil transición de los gobiernos de facto a los civiles, así como los avatares de la democracia boliviana.

EDOBOL • 410448